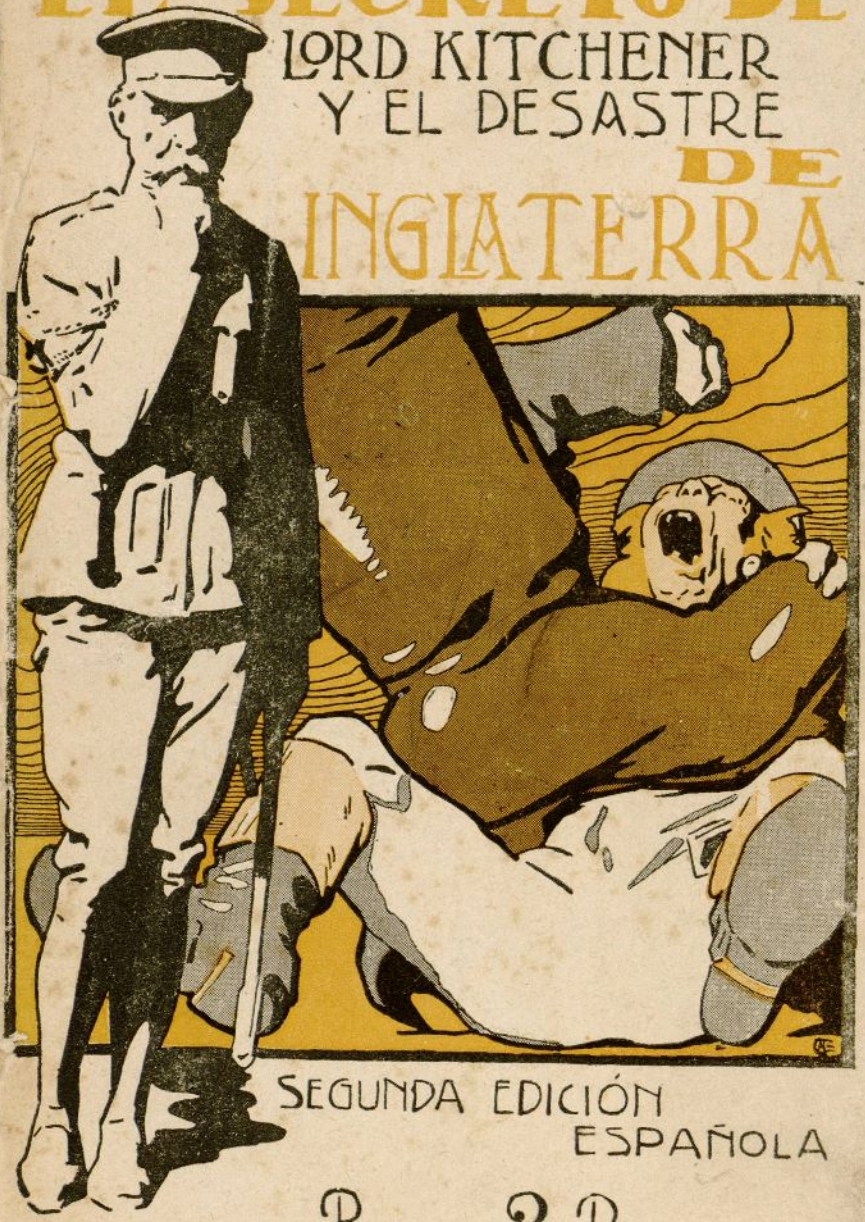
DOMINGO CIRICI VENTALLÓ

EL SECRETO DE LORD KITCHENER Y EL DESASTRE DE INGLATERRA



SEGUNDA EDICIÓN ESPAÑOLA

PRECIO 2 PESETAS

El secreto de Lord Kitchener y el desastre de Inglaterra

(FANTASÍA)

Segunda edición española, con un epílogo, en el que se trata de las enormes ventajas que ha de reportar al mundo latino la bancarrota de Inglaterra,

por

DOMINGO CIRICI VENTALLÓ

Madrid, 1915. Imp. de "El Correo Español", á cargo de D. G. Andueza. Pizarro, 14. Teléfono 294.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

EXITO RESONANTE DE LIBRERÍA

El secreto de Lord Kitchener

PRIMERA EDICIÓN ESPAÑOLA

12.000 EJEMPLARES

MADRID, NOVIEMBRE 1914

EDICIÓN ALEMANA

KITCHENER GEHEIMINS

VERSIÓN DE VON GEORG SPANDAU

40.000 EJEMPLARES

LEIPZIG, ENERO 1915

SEGUNDA EDICIÓN ESPAÑOLA

6.000 EJEMPLARES

MADRID, MAYO 1915

AL LECTOR

Obtuvo la primera edición de este libro un éxito tan positivo que, á pesar de haber sido largos en la tirada (12.000 *ejemplares*), *los constantes pedidos que de provincias y América recibimos, obligan á publicar una segunda edición.*

Hemos modificado en ella algunos de los capítulos, con objeto de adaptarlos á las circunstancias, y añadimos un epílogo en el que, partiendo de una hipótesis halagüeña para el patriotismo español, se describen las probables consecuencias del hundimiento definitivo de la influencia británica.

El mundo latino, libre de la tutela ominosa, recobra sus perdidos esplendores; España vuelve á ser señora del Mediterráneo; el Canadá corta las amarras que le unen á Inglaterra, pasando á engrosar la gran Confederación del Norte América, y las naciones y las razas del Universo, desembarazadas de la opresión británica, bendicen el esfuerzo austro-alemán liberador y saludan el ocaso de la moderna Cartago como á una aurora de paz y venturas.

Lector: Si eres español, si alientas patrióticos anhelos de redención y grandeza, yo te invito á que sumes tus votos á los míos, pidiendo al Cielo que se conviertan estos sueños en realidades históricas.

EL AUTOR

Extractos de algunos de los más importantes juicios críticos que ha merecido este libro.

De la KOLNISCHE ZEITUNG:

Hemos leído la obra sin interrupción. Ahora comprendemos cómo hasta los periódicos españoles adversarios la han elogiado. En la última parte de tan delicioso libro, se adivina la tónica patriótica del autor.

Del WIESBADENER TAGEBLATT:

El autor, como muchos de sus compatriotas, ferviente admirador de Alemania, ha ensayado una descripción de la guerra mundial usando del estilo sarcástico, demoledor. El libro todo es una sátira inimitable, muy bien tramada, que ha molestado á los portugueses.

De la SCHLESISCHE ZEITUNG:

El autor, que figura entre los más ilustrados periodistas españoles, nos ofrece un relato satírico-fantástico de la guerra mundial. Para la edición alemana del libro, que tanto éxito ha alcanzado en España, Ventalló ha escrito exprofeso una introducción muy notable que pone al lector al corriente de la marcha política de su país.

De la KOLNISCHE VOLKSZEITUNG:

En prueba de simpatía hacia Alemania y como sátira contra sus adversarios, háse publicado esta obra, cuya lectura es muy recomendable como medio para distraer algunas horas en el fragor de nuestros días.

De la NATIONAL ZEITUNG, de Basilea:

Es una descripción de la guerra mundial, debida á la pluma del eminente satírico español Sr. Cirici Ventalló, que termina con el desastre de Inglaterra. Aun para los adversarios políticos su lectura resulta sumamente divertida.

De la BAYERISCHE LEHRERZEITUNG:

El autor, uno de los más eminentes escritores satíricos españoles, es un ferviente admirador de Alemania. Su obra ha constituído un verdadero éxito editorial en España, contribuyendo mucho á despertar el odio dormido contra Inglaterra. Es una sátira política muy divertida.

Del HANDELSBLATT-HAMBURG:

Ventalló, espíritu inquieto, ha escrito en veinte días este libro para preservar á España de la simpatía injustificada hacia Rusia, Francia y, sobre todo, hacia Inglaterra. El autor, periodista muy avezado, pone de manifiesto las malas artes usadas por Francia é Inglaterra para poner á España del lado de sus intereses. Seguramente nadie podrá arrepentirse de haber leído la obra EL SECRETO DE LORD KITCHENER.

Del DEUTSCHER JAGER:

El eminente escritor satírico-político Sr. Ventlló, muy apreciado en su país y un convencido germanófilo, ha descrito en forma fantástica el desarrollo de la guerra mundial desde el principio hasta el fin. Las fanfarronadas de los directores de la política inglesa y sus frases insidiosas se quiebran contra el sarcasmo mordiente de EL SECRETO DE LORD KITCHENER. Es una obra amena y muy recomendable.

De un artículo de LA MAÑANA, diario democrático de Madrid.

Cirici Ventalló ha publicado un nuevo libro. Decir que es ameno no es decir nada; de Cirici Ventalló puede esperarse la broma cruel, el latigazo irónico, la injusticia; pero ¿un libro que pese? ¿Un artículo que fatigue? Eso es incompatible con su arte, con su temperamento literario, con sus cualidades periodísticas, con sus dotes de observador, con lo agudo de su ingenio, con su instinto de editor...

... ...

Llegaron al campo de batalla los argelinos, los senegaleses, los cipayos, los indios variados de las extensísimas Indias inglesas, y á medida que en-

traban en fuego pensábamos si aquella sería la oculta forma del militar misterioso. Llegaron—no llegaron—los rusos, y... ¿será eso lo que esperaba el orbe entero con tantos afanes? Marraron también los cálculos; las gentes que apostaban como á los gallos ingleses, perdieron bonitamente sus apuestas, y ya íbamos sospechando que lord Kitchener era un respetable señor que cultivaba el reóforo, como Cristóbal de Castro, cuando hete aquí que á Cirici se le mete en la sesera tirar de la manta, y transformándose, como otras veces, en periodista á lo yanqui y actuando, como otras veces, de Verne con las enaguas de madame de Thebes, olfatea y discurre, averigua é inventa, quita y añade y lanza á la voracidad pública estas máquinas audaces, salerosas, en que danzan Romanones, Weyler, Brocas, la Chelito y su señora mamá y otras personas conocidísimas, que van y vienen á Londres, descubren pólvoras color naranja, negocian en frutos de la tierra y hacen mil diabluras, de las cuales, espíritu curioso puedes enterarte á poco precio y con soberano regocijo si te agencias un ejemplar de EL SECRETO DE LORD KITCHENER...

De un artículo del DIARIO UNIVERSAL, órgano en la Prensa del señor Conde de Romanones.

... ...

El Sr. Cirici Ventalló no va á encontrar en lo sucesivo quien le preste dos pesetas; porque, ¡caramba, cómo las gasta con los ingleses! Hay que sonreirse de Diocleciano y de Nerón inventando martirios, ante las cosas que imagina el distinguido escritor para aplastar á los hijos de la Gran Bretaña...

... ...

Con todo, EL SECRETO DE LORD KITCHENER proporciona un rato de entretenimiento y solaz que vale mucho más de las dos pesetas que cuesta adquirirlo en cualquier librería. Y esto es lo importante...

De una crónica del publicista MIGUEL PEÑAFLOR, publicada en más de cuarenta diarios españoles.

Creíamos sinceramente que no se podía llegar más lejos de donde Cirici había llegado con su

"Muñoz Villena" y, sobre todo, con su "República en 19...", éxito el más resonante de librería en los últimos años. Esos libros, á nuestro juicio, marcaban la cumbre del escritor y toda producción que le sucediera temíamos que iniciara un descenso. Nos hemos equivocado. EL SECRETO DE LORD KITCHENER es superior á las otras novelas de Cirici, porque igualándolas en cuanto á la donosura, á la fuerza satírica, á la observación genial, las supera en lenguaje, que es más correcto y artístico. Se comprende que sea así dado que el señor Cirici Ventalló, cuando escribió la "República", por ejemplo, estaba casi recién venido de Cataluña, donde, aunque ya había escrito miles de crónicas y artículos, había usado más ó tanto como el castellano, el odioma catalán. Los progresos de Ventalló en el cultivo de la lengua oficial son notoriamente extraordinarios. Los muchísimos lectores que le hayan seguido como nosotros, paso á paso, lo habrán echado de ver: hay ya en las crónicas y en los artículos, sean serios ó jocosos, de Cirici, párrafos y giros que no desdirían junto á los períodos rotundos y armoniosos de los maestros del idioma, ó bien á las cláusulas cortadas y cortantes de los príncipes de la novela picaresca y de los más altos representantes de la sátira nacional.

EL SECRETO DE LORD KITCHENER es una gran fantasía sobre la guerra actual, en la que abundan los arañazos, quizás las puñaladas, para las figuras principales de la tragedia, y en la que de algún modo, y como personajes episódicos, figuran también los dioses mayores y chicos de nuestra política, desde Romanones á Alejandro Medina; es una obra que hará gozar á todos sus lectores, aun á los que no sean germanófilos. Y á éstos no hay que decirlo: se les hará la boca agua...

... ...

De un artículo de EL CORREO CATALAN, órgano de los Tradicionalistas de Cataluña.

... Cirici Ventalló ha saltado á la arena con EL SECRETO DE LORD KITCHENER, repleto de su humorismo característico. Ese lord Kitchener desde el principio de la guerra nos fastidió con su famoso secreto que nadie avizora. Pero la fantasía de Cirici Ventalló ha dado con él y lo da á la

voracidad pública. Un "ridiculum mus" inglés auténtico.

El popular Cirici Ventalló, conocedor como pocos de la política y del "quid" característico de cada hombre público, baraja con gracejo y oportunismo los supuestos acontecimientos, personas de todos los Estados, gestos, intervenciones, negocios... y cada uno lleva su justo merecido. Claro que en ese libro, anticipada visión de los resultados de la guerra, no podían faltar nuestros pigmeos francófilos, danzantes y esclavos de la ridícula "Europa danzante"; y ya tenéis el gráfico desfile pendantesco de esos prohombres pigmeos, con tal acierto retratados, que todos los conocen, se regocijan y acaban la lectura del libro exclamando: ¡Son ellos!

El tomo de Cirici Ventalló se coge, lo devora de corrido el lector, y al llegar á su último capítulo, lamenta tan pronto desenlace. Cómprenlo los amigos, propáguenlo entre sus conocidos, pues ¡se pasa un buen rato!...

... ...

De una crónica del crítico D. Rafael Rotlland, publicada en el diario madrileño EL DEBATE.

Pertenecen las producciones de Cirici Ventalló al género novelesco y á la manera de Julio Verne.

La primera afirmación es evidente; la segunda vamos á explicarla. Se caracteriza el juliovernismo por dos cualidades antitéticas: el "desenvolvimiento de la fantasía" y el culto de la más absoluta y "rígida verosimilitud".

El padre, en efecto de "La isla misteriosa", "Viaje á la luna", "Treinta mil leguas en viaje submarino", "La casa vapor", etc., etc., parte de una hipótesis que sólo lo es porque supera terriblemente á la realidad, no porque la contradiga y desforme; mas una vez admitido el desaforado supuesto, ya todo procede con tal rigor lógico, con tal encadenada trabazón, que la palabra verosímil es pálida para expresar la sensación, la cosa factible, indeclinable, real y fatalísima, que causan sus narraciones de aventuras y descubrimientos.

¿No es este también el mérito de Ventalló? Como su precedente, se adelanta al tiempo y á la evolución lenta y normal de la vida... Pero ha estu-

diado también la ley del desarrollo de los sucesos, y la guarda tan escrupulosamente en el progreso de los que él escogita, que á poco de enfrascado en la lectura, el curioso, si no se sugestiona hasta el punto de aceptarlos como ocurridos, los toma por proféticos y rechaza todo recelo de ficción arbitraria.

No hay otra diferencia sino que Verne manipulaba con la ciencia y Cirici opera con la política. Verne supone un cañón incomparablemente más monstruoso que los morteros del 42, y una pólvora de fuerza explosiva más grande que "la pólvora color naranja", y un proyectil en el que caben un cuarto dormitorio y otro comedor-biblioteca. Introduce en este local á sus protagonistas, carga el cañón, dispara; la bala sube hasta la esfera de atracción de la luna, cae, naturalmente, en ella, y... ¡ya está hecho el "viaje" á la luna!...

Ventalló no es un estilista. Sin embargo, su narración es flúida y desembarazada, y su lenguaje, aunque poco castizo, no es pobre...

De un artículo del cronista D. Miguel Tato Amat, en EL PAIS, órgano republicano.

... ...

Afortunadamente, Ventalló no tiene nada de profeta, y las cosas ocurrirán de diferente manera que él asegura, con victoria completa de los aliados y aplastamiento de los teutones y carlistas...

De EL PARLAMENTARIO, diario ministerial.

Cirici Ventalló, uno de los primeros periodistas de España, que también maneja una sátira fina, á la vez punzante y regocijada, acaba de publicar una nueva obra, EL SECRETO DE LORD KITCHENER, en la que la portentosa imaginación de Cirici ofrece amenísimas fantasías acerca de la actual guerra europea.

En EL SECRETO DE LORD KITCHENER hay mucho de la cáustica gracia que rebosa en la "República Española en 191...", y envuelta en ese humorismo una filosofía sutil.

Más que todo lo que nosotros podamos decir del libro en cuestión, dirá el capítulo que á continuación reproducimos, tomado al albur entre los que

componen esa fantasía rebosante de ingenio, afortunadísima muestra del gran talento de su autor...

De LA EPOCA, órgano del partido conservador gobernante.

Pocos escritores manejan la sátira política como Cirici Ventalló. Por eso su popularidad es grande.

Hoy se cotizan sus humorismos políticos como en otros tiempos se cotizaron los cuadros de costumbres de Taboada.

Ingenio fértil y conocedor del ambiente, Cirici Ventalló ha encontrado el medio de decir cuanto quiere y envolver en el ridículo á cuantos le place sin grandes molestias de los propios interesados. No hay circunstancia más recomendable para conseguir el indulto en la República de las Letras que el talento y el donaire, y justo reconocer que Cirici Ventalló reúne ambas cualidades...

Pocos serán quienes no se hayan regocijado abundantemente con producciones anteriores de Cirici Ventalló. Las "Memorias de Muñoz Villena" y, sobre todo, "La República Española en 19..." han sido viveros inagotables de risa. El libro ahora dado á la estampa, EL SECRETO DE LORD KITCHENER, no desmerece á los anteriores.

Obra satírica excesivamente germanófila, en ella ridiculízanse episodios, tipos y hasta países con estilo suelto y atractivo, y con tal enlace lógico de lo ilógico, que leído el primer capítulo no se acierta á desprenderse del libro sin llegar al final.

Unos son personajes conocidos como el Conde de Romanones, Lerroux y Emiliano Iglesias; otros fantásticos, pero bien dibujados, como el general portugués, émulo de Atila, don Carlomagno Das Vendimias, y el inventor, también lusitano, don Lucio do Bramante Portocarreiro Barreita Luenga; episodios interesantísimos como el de la batalla de las pirámides y la actuación en la contienda europea de los cosacos del Paralelo, ó legión emiliana, como se llaman los lerrouxistas que acaudilla Iglesias, y sucesos tragicómicos como la destrucción de Londres, son una invitación á la risa tan grande, que se hace perdonar el autor la idea poco piadosa de caricaturizar los momentos actuales de la historia, donde todos son sombras en las ideas y luto en los corazones.

Cirici Ventalló ha tenido acierto en la confección de la obra, hasta en su título, y tan pródigamente ha vertido en ella las sales de su humorismo, que se encuentra un placer en su lectura, olvidando lo doloroso de las circunstancias para reir con esa risa que engendra un corazón sano al servicio de una fantasía desbordante.

Del A B C, diario independiente, de Madrid.

Cirici Ventalló, el insigne autor de la fantasía "La República Española en 19...", acaba de publicar otra obra por el estilo, fundada en la guerra europea.

El gracejo inimitable de Cirici Ventalló, la amenidad de su pluma y el acierto que siempre ha demostrado en estas fantasías, le proporcionan tal seguridad de su público, que de la primera edición de su libro ha hecho una tirada de 12.000 ejemplares. ¿Para qué más elogios?

De EL DIARIO DE VALENCIA, periódico tradicionalista.

Cirici Ventalló acaba de enriquecer la literatura castellana con una obra digna de su ingenio.

Se trata de una fantasía sobre la guerra europea. En el libro juegan los principales políticos españoles y extranjeros, la intervención de Portugal en la contienda.

Se describe con gran visión de realidad la destrucción de la escuadra inglesa por la alemana, cuya catástrofe llega á España y deja en la más espantosa ruina á Lerroux, Romanones y Compañía...

De una crónica de Wenceslao Fernández Flores, en EL NOROESTE, de La Coruña.

Cirici Ventalló, seguramente el periodista más periodista de España, acaba de publicar una nueva obra, EL SECRETO DE LORD KITCHENER, que es una fantasía á la manera de su afamadísima "República Española en 191...", acerca de la actual guerra europea. No se trata, naturalmente, de una producción que supera á la que acabamos de citar, ya que muchos de sus personajes no tienen para nosotros la familiaridad de los que tan graciosamente maneja la admirable imaginación de

Cirici en "La República Española en 191...", pero aun así, está llena esta nueva producción del periodista insigne de una gran fuerza cómica, que envuelve la sátira punzante y la agridulce filosofía de su autor...

... ...

De EL CORREO ESPAÑOL, órgano del partido tradicionalista.

Nuestro querido compañero no ha menester ser presentado á nuestros amigos, los cuales saborean casi á diario en estas columnas sus crónicas y artículos, en los cuales la soltura de la pluma, lo penetrante del ingenio, la gracia fina, el humorismo delicioso, y una desenvoltura aristocrática que no se acerca á la insolencia ni cae en el plebeísmo, resplandecen siempre. EL SECRETO DE LORD KITCHENER ha de ser, será seguramente, el éxito de librería más resonante de la temporada. La fantasía de Cirici Ventalló parece culminar en esa obra, pues no se concibe después de ella otra alguna con mayores ni iguales derroches de imaginaciones ni tanta copia de observaciones afortunadísimas, regocijantes. Serán deliciosas para todas las horas que consagren á su lectura...

De Fernando Agulló, en LA VEU DE CATALUNYA.

Es entretenido el libro de Cirici como lo fué "La República Española en 191...". Los restos de la izquierda catalana, los tipos populares del Congreso, los hombres como Lerroux, Emiliano Iglesias y otros parecidos, están trazados de mano maestra. La legión emiliana, que desde el Paralelo va al Rosellón para defender á Francia, es una cosa bien divertida...

De un artículo de F. Aznar Navarro, en LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

Cirici Ventalló es germanófilo, no lo oculta á nadie; francamente, terriblemente germanófilo. Su pluma, aplicada á comentar las cosas de la guerra, sólo podía producirse en tal sentido, pero su acierto es tal, que hasta los decididamente neutros y aun los que simpatizan sin rebozo con los aliados, no dejarán de sentir su correspondiente dolor de

mandíbulas si por acaso leen, que sí lo leerán, el libro de Cirici Ventalló...

... ...

De Rodrigo Soriano, diputado radical, en su periódico ESPAÑA NUEVA.

Poeta y fantástico soñador, especie de Marc Twain ó de Leonice Terrieux, con boína y renegrido trabuco de "requeté", se nos presenta el terrible Cirici Ventalló, como fiador del porvenir, de lo que será el conflicto europeo.

Su carlista mano, siquiera más pulcra que la gitana garra en que se ventilan (hay á veces que ventilarlas) destinos de la humana fortuna, es la mensajera de los ocultos designios. Para Cirici Ventalló Europa será gobernada por el Kaiser y Ventalló se convertirá pronto en "Von Talló, feldmariscal del Wassen", ó séase de la guasa viva (traducido del alemán).

Para llegar á este resultado, el buen Cirici trisca por su fantasía, corre Portugal y España, á todos nos mezcla y nos baraja con ingenio y gracia. Perdonémosle nosotros, que por católicos no pasamos, las injurias y calumnias con que nos vilipendia á diario, en gracia siquiera á la que le sobra á él. Su libro sobre lord Kitchener es modelo de desenfado y de primores literarios...

... ...

De Ramón Campmany, en EL DIA GRAFICO, de Barcelona.

Los episodios que preceden al formidable debate de los aliados, aparecen descritos con tanta amenidad que uno se ríe por mucho que desee el triunfo de Inglaterra y de Francia y perdona al escritor la facilidad con que los aniquila. Seguros estamos de que si Poincaré y el Rey de Inglaterra leyesen el libro de Ventalló no celebrarían menos sus agudezas...

... ...

De LA GACETA DEL NORTE, diario de Bilbao.

EL SECRETO DE KITCHENER es una prueba más del envidiable ingenio del Sr. Cirici Ventalló, que tantas pruebas tiene ya dadas de su agilidad y gracia.

De Federico García Sanchís, en EL PUEBLO, de Valencia, diario republicano.

Domingo Cirici Ventalló ha implantado entre nosotros la novela bufa, disparatada, inverosímil y graciosa, el paralelo del vaudeville en el teatro. No le importa la pureza del lenguaje ni la corrección y armonía de la forma ni desarrollar un estudio psicológico. Sólo busca que se ría el lector. Y consigue sus propósitos. Hará cosa de tres años publicó una fantasía titulada "La República en 191...", y allí asistíamos á las transformaciones verificadas por los políticos con el cambio de régimen. Una historia de marionetas. Al amparo de la inquietud que ha despertado la guerra, lanza Ventalló otro libro gemelo del mencionado arriba, que se titula EL SECRETO DE LORD KITCHENER. Cada página constituye una tomadura de pelo á los personajes parlamentarios de por acá y una sátira á la flema británica.

Los ingleses acaban víctimas de su propio ingenio, y el fracaso se debe á la parsimonia de lord Kitchener. Lo que os dije, el asunto de un vaudeville de esos que arreglan Paso y Abati.

La primera tirada consta de 12.000 ejemplares, que no tardarán en venderse. Bien merecen tal éxito la donosura y la vena inagotable del admirado autor.

De EL MENTIDERO, el gran periódico satírico español.

EL SECRETO DE LORD KITCHENER, obra despampanante de Cirici Ventalló, que es capaz de tomarle el pelo á una rana (no aludimos á ningún político), ha merecido el honor, verdaderamente brutal, de ser traducida al idioma de Don Guillermo II.

El hombre se va á sacar una de marcos como para pedir una colección de estampas de la calcografía nacional y, aparte de eso, nos va á hacer el favor enorme de que en Alemania conozcan á Don Alvaro y demás faros giratorios de nuestra política, porque el libro de Cirici Ventalló, al ser vertido al alemán, lleva unas acotaciones que se le hincha á uno el estómago de reirse.

De Cristóbal de Castro, en el HERALDO DE MADRID.

Entre los libros fuera de EL SECRETO DE LORD KITCHENER, donde el agudo desenfado del señor Cirici Ventalló ha logrado tejer una fábula pintoresca y divertida, los humoristas españoles no estuvieron muy felices que digamos.

De EL DIARIO ESPAÑOL, de Río Janeiro.

Domingo Cirici Ventalló ha publicado una nueva fantasía política titulada EL SECRETO DE LORD KITCHENER, escenas de la guerra vistas al través de un criterio humorístico agudo y gracioso.

No vamos á descubrir á Cirici Ventalló. "La República Española en 191..." fué un éxito no superado. Como Manuel Sandoval, Luis Taboada, Manuel del Palacio y tantos otros, cultiva la sátira de guante blanco, entreteniéndose en amargar y sonriendo sin herir.

De LA DEFENSA, diario de Málaga.

De estos tiempos, pocos éxitos de librería pueden anotarse tan resonantes, tan halagüeños como el alcanzado por la fantasía cómico-guerrera que ha compuesto Domingo Cirici Ventalló con el título de EL SECRETO DE LORD KITCHENER.

La arrogancia enigmática del ministro inglés, que hasta ahora no ha tenido otra consecuencia que la pomposa solemnidad de la frase, ha servido á la musa lozana siempre de Cirici Ventalló para urdir una sátira tan regocijada como aceda, de la que salen maltrechos personajes principales de la tragedia que ahora se desarrolla y personajillos de esa otra tragedia, no por más callada, menos dolorosa, en que se va agotando la vida nacional, bajo la garra de nuestra política interior, vivero de bajas pasiones y de ambiciones mezquinas.

. ...

De O MUNDO, de Lisboa, diario republicano.

Es un libro infame, en el que se ofende á Portugal y á los países que, defendiendo el progreso y la libertad humana, luchan contra el bárbaro teutón. Si la neutralidad española fuese sincera, se

habría prohibido el difamador libelo de Cirici Ventalló.

De EL DIARIO DE LA MARINA, de la Habana.

Cirici Ventalló es un gran satírico y uno de los escritores más populares de España. Su último libro es una obra de fino humorismo, que ha obtenido un justo éxito editorial.

De LA GACETA DE COLONIA, gran diario alemán.

Hay en España muchos germanófilos por convicción ó por entusiasmo, y francófilos por ingenuidad, pero si se encuentra, por casualidad, un español que quiere á Inglaterra, se puede suponer sin equivocarse que cuestiones sucias de dinero son el motivo.

Esta frase de la introducción del libro EL SECRETO DE KITCHENER, "Cosas alegres de la guerra mundial", con el cual uno de los periodistas más ilustres de España, Domingo Cirici Ventalló, ha conseguido la simpatía de todas las personas de buen humor, hasta los francófilos, es el "leitmotivo" de toda la novela.

La idea de la Patria española de ese hermoso libro resalta de la última parte del libro en el que los españoles fortifican á Sierra Carbonera en vista de haberse refugiado el Rey de Inglaterra en Gibraltar. Resulta que el dominio marítimo de Inglaterra se había acabado por la destrucción de Londres por "zeppelines" (una de las descripciones más emocionantes del libro) y con la entrega de la escuadra británica. La escuadra la tuvieron que entregar los ingleses, porque los alemanes, menos avaros que Kitchener, compraron al inventor inglés EL SECRETO DE LORD KITCHENER. Este secreto, que pone en tensión al lector y al Ministerio inglés, junto con Jorge IV, es la idea de incendiar á distancia, por medio de las ondas hertzianas. Henry Kelson, ingeniero eléctrico, Board Street, 46, Londres, ha realizado este invento. Hace saltar, en un radio de 200 kilómetros, todos los explosivos, también los de las propias tropas. Por esto Kitchener no quiere utilizar su secreto más que en el último momento, cuando el Kaiser esté con sus tropas en Calais y la escuadra alemana en el Canal, á fin de aniquilar, junto con Inglaterra, á Guillermo II y

sus Ejércitos. Sin embargo, una sufragista que no le perdona á Kitchener la muerte de su "highlander", le da una puñalada con motivo de la destrucción de Londres por los "zeppelines", y cuando, después de muchas peripecias, se encuentra el sobre sellado con la dirección de Kelson, el pájaro ha volado, y el Kaiser amenaza á Inglaterra con hacer volar su escuadra, porque sus ingenieros han encontrado una perfección para el invento que protege le gente propia. Al mismo tiempo, los alemanes están en los Pirineos, y los portugueses han sido sacrificados intencionadamente en Angulema y cerca de las Pirámides. El presidente del Consejo de ministros, Dato, ha echado de España á los seductores políticos ingleses. El Don Quijote de esta novela satírica de Ventalló no es el payaso sir Winston Churchill, sino el pretencioso Kitchener.

Hemos disfrutado el libro y lo hemos leído de un tirón; comprendimos que hasta diarios contrarios lo elogian. Así dice **LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA:**

"A pesar de nuestro punto de vista contrario, apreciamos mucho este libro, porque el satírico político más importante de España fascina á uno, en contra de su voluntad."

Juicios parecidos podríamos indicar de otros diarios españoles, hasta de **EL PAIS.** La mejor recomendación es el elogio del diario de Lisboa, **O MUNDO**, que dice:

"El libro es perverso é infame; una obra en la que el noble pueblo portugués es ofendido y calumniado. Si España fuera verdaderamente neutral, se hubiera tenido que prohibir el libro. El libro está escrito con un intenso odio hacia Inglaterra. Es de desear que encuentre muchos lectores en la traducción alemana y aún más en el original..."

El secreto de Lord Kitchener

"No me preocupa el resultado de la guerra. Alemania será vencida, y cuando llegue la hora oportuna, Inglaterra le asestará un golpe de muerte, que ha de ser el asombro del mundo... Tengo mi secreto."

(Palabras de Lord Kitchener.)

I

Desastre tras desastre.—Quejumbroso mensaje de Poincaré.—El pánico en Londres.—Desagradable percance que le ocurrió al Conde de Romanones.—Servicio obligatorio.—El Parlamento británico.—Un "ultimátum".

El pueblo inglés comenzó á inquietarse profundamente á partir de la efectividad del bloqueo alemán y de los constantes naufragios de buques de guerra y mercantes británicos en el Canal de la Mancha. Las explicaciones del Almirantazgo no satisfacían á la opinión, que se daba cuenta de que el enemigo era mucho más fuerte

y audaz de lo que suponían los informes oficiales, exageradamente optimistas.

Las noticias de la guerra que se recibían de Francia y Bélgica eran cada día más desagradables, y los esfuerzos del Gobierno francés para ocultar la derrota de Joffre no consiguieron engañar á la opinión inglesa; por otra parte, la Prensa tampoco cuidaba mucho de levantar el espíritu público. Los grandes periódicos de Londres insertaban artículos llenos de pesimismos, que motivaron medidas de censura por parte del Gobierno. Por primera vez en el transcurso de medio siglo, el venerable *The Times* sufrió una suspensión, por haber dicho que la política de lord Asquith podía dar al traste con el Imperio británico. En este mismo artículo, después de abogar claramente por la paz, se censuraba la pasividad de la Marina inglesa, llegándose á poner en duda el valor heroico de sus jefes y oficiales.

Por otra parte, la recluta de voluntarios era un verdadero desastre. De Francia no cesaban de pedir refuerzos, y á pesar de que se aumentó la paga de cada voluntario hasta dos libras esterlinas semanales, la mayor parte de los alistados desertaban en los puertos de embarque. Ya Inglaterra no encontraba carne de cañón ni pagándola á los más altos precios.

Un mensaje radiográfico de Poincaré hubo de invitar al Gobierno inglés á un supremo y desesperado esfuerzo.

El documento, que produjo muy honda impresión, estaba concebido en los siguientes términos:

"Francia, fiada en la palabra de Inglaterra, continúa dispuesta al sacrificio. Retrocederemos hasta los Pirineos, haciendo de cada pueblo una nueva Numancia, defendiendo palmo á palmo nuestro territorio y regándolo con las últimas gotas de sangre generosa del pueblo francés, pero exigimos de las naciones aliadas el cumplimiento de sus solemnes compromisos.

¿Es que consentirá Inglaterra que sufra nuestro país análoga suerte á la de la pobre Bélgica? Pudimos haber firmado una paz con Alemania que, aun cuando fuese onerosa, salvaba la independencia de nuestra nación. No lo hicimos por ser fieles al Convenio que se pactó, pero Inglaterra tiene el deber de no dejarnos desamparados. El pueblo francés justifica que Rusia, con su territorio invadido, no pueda enviarnos auxilios, pero espera que la Gran Bretaña, que hasta la fecha es de los pueblos aliados el que menos ha sufrido los efectos de la terrible guerra, hará honor á su palabra y á sus compromisos."

El Gobierno inglés dió publicidad á esta nota, esperando, seguramente, que se conmoviera el país, mostrándose más propicio á realizar un esfuerzo supremo. Al mismo tiempo, se deseaba preparar el ánimo del Parlamento para que aprobase una ley de movilización de todos los ingleses solteros mayores de veinte años y menores de

treinta. En Consejo de ministros, había convenido el Gabinete inglés en que esta medida era la única que podía contrarrestar los efectos del desastre sufrido por la recluta voluntaria.

Sin embargo, la Prensa de Londres, excepto contados órganos ministeriales, no se dejó impresionar mucho por el comunicado francés. Algunos diarios, analizando la situación con fría sequedad británica, decían que Inglaterra era preciso prescindiese de ridículos sentimentalismos, atendiendo, ante todo, al interés supremo de su conveniencia y á la defensa de la integridad de su territorio. "La causa de Francia—estos periódicos añadían—es cosa perdida; cierto que somos sus aliados, pero hemos de considerar también que Francia nos engañó respecto á sus medios de resistencia, y no es justo que paguemos nosotros las consecuencias de que haya tenido gobernantes atrabiliarios, generales ineptos y un Ejército desmoralizado."

El Gobierno inglés presentó al Parlamento su proyecto creando el servicio obligatorio el mismo día en que una comunicación del Almirantazgo daba cuenta de que á la altura de Calais, en un combate con algunos submarinos alemanes, había perdido la escuadra británica dos acorazados y un crucero. Cuatro días antes, la gran escuadra, mandada por el Príncipe Enrique de Prusia, había batido en el mar del Norte á la escuadra anglo-francesa, en los Dardanelos acababan de sufrir las flotas aliadas un nuevo quebranto, y aun

cuando se desconocía la cifra exacta de las unidades perdidas, la opinión se daba perfecta cuenta de la magnitud del inmenso desastre.

El pánico á los aeroplanos y dirigibles alemanes y la obsesión del espionaje llegaron á producir entre los ingleses un estado de febril exaltación.

Nuestro compatriota, el Conde de Romanones, estuvo á punto de ser víctima de esta quiebra de la frialdad británica.

El Conde, que tenía una regular suma depositada en una caja particular del Banco de Londres, al ver que la causa de Inglaterra iba por muy mal camino, realizó un viaje á la capital inglesa pare recoger su dinero.

El Conde iba de incógnito para evitar que dieran en España una torcida interpretación á su viaje. Recogió su caudal, y esperando el vapor en que había de regresar á España, tuvo que permanecer allí unos cuantos días.

Hombre sobrio y económico, y más cuando viaja de incógnito por el extranjero, el Conde se hospedó en un hotel de quinta clase, ocupando una de las habitaciones más altas y con vistas al Támesis.

Una noche que padecía insomnio, cosa natural, dado su temperamento y teniendo en cuenta que llevaba un capitalazo en su poder y que la seguridad pública de Londres dejaba mucho que desear, el Conde no tuvo la precaución de cerrar bien la ventana de su cuarto.

Alguien advirtió aquella luz en un sitio tan

alto, y como el Conde, por el porte, había infundido ya ciertas sospechas, la Policía procedió á un minucioso registro en su habitación.

El azoramiento del Conde, algunas contradicciones en que incurrió y una carta de un hijo suyo, alumno del Colegio Alemán de Madrid, escrita en germano, junto con crecida suma de oro que llevaba encima, fueron indicios bastantes para que le tomasen por espía.

Codo con codo, y en medio de un gran aparato de fuerza, lo condujeron á una comisaría, sufriendo por el camino los insultos y hasta los golpes de la muchedumbre furiosa.

Claro está que pudo desvanecer el error, y á las pocas horas, la Embajada de España y cuatro poderosos banqueros judíos de la City conseguían que fuese puesto en libertad, pero el peligro que había pasado y la emoción le costaron estar enfermo unos días.

El Gobierno inglés dió al Conde todo género de satisfacciones, y como el prócer español reclamase además una indemnización por el susto, la enfermedad y los perjuicios que le suponía el haber perdido un vapor, falló el Ministerio de Justicia que debía compensársele con 20 libras esterlinas, rasgo de generosidad al que D. Alvaro correspondió donando cinco duros para los heridos de la guerra.

Sucesos análogos se registraban en Londres diariamente; á tal punto había llegado la falta de serenidad del pueblo inglés.

En tan desfavorables condiciones, se presentó el proyecto de ley referente al servicio militar obligatorio. Apenas el *speaker* hubo acabado su lectura, estalló en la Cámara un verdadero escándalo. Los diputados laboristas golpeaban los pupitres gritando:

—¡Jamás! ¡Jamás! Basta ya de insensatez.

Y un discurso de lord Asquith haciendo un llamamiento al patriotismo de la Cámara, fué interrumpido con denuestos y silbidos.

Sólo se calmó el alboroto al subir á la tribuna el ex ministro Burns, que pronunció frases de fogosa oposición contra la política imperialista que había llevado á Inglaterra á un trance inminente de ruina. "¿No estáis cansados de guerra? ¿No os basta los enormes daños sufridos? ¿No os amedrenta ver este pavoroso ejército de millares de obreros sin trabajo y de miles de madres que han perdido á sus hijos? ¿No habéis sangrado bastante á estas sufridas colonias inglesas, que vienen al Continente para ser testigo de nuestra inferioridad y de nuestra derrota? ¿Esperáis que una lluvia de metralla enemiga destruya nuestro Londres y os haga recobrar el juicio?"

Mientras hablaba Burns, un rumor que circuló por la Cámara, conmovió á todos los representantes, que se agitaron en sus asientos, como si sufriesen los efectos de una descarga eléctrica. Se dijo que un aeroplano alemán había volado sobre los muelles del Támesis, arrojando, además de va-

rias bombas que causaron graves destrozos, un *ultimátum* dirigido al lord corregidor de la City.

Los diputados se acercaron al banco de los ministros, comprobando la exactitud de la noticia, y Burns, sin moverse de la tribuna, interpeló con energía:

"En nombre del Parlamento y de Inglaterra, exijo que no se nos oculte la verdad, por desagradable que sea. Lo menos que puede hacer el Gobierno en circunstancias tan críticas, es no mantenernos engañados."

Un prolongado murmullo de la Cámara demostró que todo el Parlamento hacía suyas las palabras de Burns, y, en medio de la mayor expectación, lord Kitchener subió á la tribuna.

"Es cierto, milores y señores, que nuestros enemigos, buscando un efecto teatral, han realizado hace poco un acto de audacia. Un aeroplano alemán ha volado sobre Londres, aprovechando la densa neblina que hoy cubre la ciudad. Arrojó cinco bombas que mataron á varias personas. Hay también heridos, y no puedo dar en este momento detalles exactos de los daños causados, porque todavía no me han remitido las autoridades una referencia bien completa. El audaz aviador, siguiendo el ejemplo que ya ensayaron los alemanes en París, ha dejado caer, envuelto en una bandera germana, un mensaje escrito en inglés, que voy á leer para que juzgue la Cámara hasta qué punto llega la jactancia de esos insen-

satos, á quienes la Gran Bretaña dará muy pronto su merecido."

Kitchener leyó á continuación:

"*Al lord corregidor de la ciudad de Londres, por orden del Gran Estado Mayor alemán, advierto que, si Inglaterra persiste en oponerse á toda negociación de paz, nos veremos precisados á tomar una terrible represalia. Londres será destruído. Un deber de humanidad nos obliga á invitar á las personas pacíficas de la población civil, y especialmente á las mujeres, ancianos y niños, á que abandonen la City en el término de veinticuatro horas.—Firmado,* von Blook, capitán aviador."

La lectura del mensaje produjo enorme sensación, y comprendiéndolo Kitchener, después de una pausa, dijo, dando á sus palabras un tono de gran solemnidad:

"El Gobierno pide á la Cámara y al pueblo inglés que no se dejen impresionar por estas ridículas amenazas. Os ruego que no perdáis la fe, y vuelvo á repetir lo que dije al iniciarse la guerra: Yo tengo mi secreto, que todavía no puedo hacer público. Cuando llegue la hora oportuna, Inglatera castigará las audacias germanas, asestando al enemigo un golpe de muerte que ha de ser el asombro del mundo. No perdáis la fe, yo tengo mi secreto."

Se produjo un indescriptible alboroto. De distintos sitios de la Cámara gritaban:

—¡Basta ya de ridículas farsas! ¡No creemos en brujerías! ¡Abajo el Gobierno! ¡Viva una paz decorosa!

Fué preciso suspender la sesión en medio de un gran escándalo, y cuando los ujieres desalojaban casi á viva fuerza la sala, lord Kitchener, desde la tribuna, seguía repitiendo, impávido:

—¡Yo tengo mi secreto!

II

La guerra en Francia.—De Burdeos á Marsella.—El desastre ruso.—Motines y revueltas.—Gestiones de paz á espaldas de Inglaterra.—Un mal negocio de Italia.—Inglaterra buscando apoyos. Weyler es aclamado en Londres.—El fracaso de Miss Pankurst.

El pesimismo del pueblo inglés era verdaderamente fundado. Al desastre de Joffre había seguido la rendición de París, y los alemanes, dueños de las tres cuartas partes del territorio francés, amenazaban vencer la resistencia del Ejército del Loire, formado, en su mayoría, por indios, senegaleses y reservistas, faltos de instrucción militar, para dirigir sus ataques á Burdeos.

Ya en esta población se preparaba el traslado del Gobierno á Marsella, no faltando quien asegurase que, por temor á las revueltas que habían surgido en algunos pueblos del Midi, era probable que Poincaré y su Gobierno se decidieran á embarcar en un acorazado para trasladarse á Inglaterra, con objeto de hacer más eficaz su

presión cerca del Gabinete británico en demanda de socorros.

Las noticias de Rusia no eran tampoco favorables. Al gran desastre militar de los Cárpatos siguió un paréntesis en las operaciones, impuesto por la necesidad de rehacer el Ejército ruso. En varios puntos del Imperio moscovita habían estallado motines contra el Zar. Otro motivo de inquietud y desconfianza era el rumor de que Rusia gestionaba secretamente una paz con Austria y Alemania, desentendiéndose de sus compromisos con Inglaterra.

Después de la victoria de los Cárpatos, Alemania concentró el grueso de su Ejército en Bélgica y Francia. Dueña de todo el territorio belga, había tomado el Ejército alemán fuertes posiciones en la costa. Calais, Amberes y El Havre eran sus bases de operaciones contra la Gran Bretaña. En Amberes y en Calais se habían emplazado monstruosos cañones de 60, última perfección de la casa Krupp, que lanzaban á distancias de 30 y 35 kilómetros proyectiles de dos metros cargados con balas explosivas.

Más de un buque de guerra británico había servido de blanco certero á esas prodigiosas máquinas de guerra.

La intervención de Italia en favor de los aliados había sido desdichadísima. Un Ejército austriaco, al mando del Archiduque Leopoldo, penetró en territorio italiano.

Estos reveses hicieron reaccionar á la opinión

de Italia, que comenzó á enfriarse mucho en sus entusiasmos por la guerra; por otra parte, la declaración de los Emperadores de Alemania y Austria diciendo que restablecerían el poder temporal del Papa y la independencia de Nápoles y las Dos Sicilias, impresionaron hondamente á una parte del pueblo italiano. Para levantar el espíritu público, Víctor Manuel se puso al frente del Ejército que operaba en la frontera, pero el Rey Víctor Manuel nunca fué un estratega, y su presencia en el teatro de la guerra no resultó, ni mucho menos, de una eficacia decisiva...

Contribuyó á esterilizar el esfuerzo de Italia en favor de los aliados, la revolución de Milán, donde socialistas y anarquistas hiciéronse dueños de la ciudad, entregándose á horribles excesos.

Para sofocar este movimiento, el Gobierno tuvo que distraer fuertes contingentes.

Un detalle demuestra lo crítica que había llegado á ser la situación de los aliados.

Inglaterra y Francia, especialmente la primera, extremaban los resortes diplomáticos para conseguir que España rompiese su neutralidad.

La Prensa de Burdeos hablaba del refuerzo de España como de un concurso salvador, y *L'Humanité,* que tan furiosas campañas hispanófobas realizó en otro tiempo con motivo de la cuestión Ferrer, había publicado un artículo, firmado por el ministro socialista Sembat, en el que se decía:

"Pronto correréis como gallinas, ¡oh, cobardes

germanos!, cuando pisen vuestros talones los bravos soldados de la España, los descendientes de aquella raza invencible y generosa que, con caudillos como Cortés, Colón, Gonzalo de Córdova y el gran Duque de Alba, fué temor y asombro del mundo.''

La evocación de nuestros grandes caudillos y del Duque de Alba, hecha por un socialista francés, no dejaba de ser un dato curioso que revela el cambio brusco que las tribulaciones habían operado en el espíritu de la Francia revolucionaria.

Inglaterra no nos mimaba menos. Un episodio que ocurrió por aquellos días, lo demuestra.

En la costa de Inglaterra apresaron un barco de vela de la matrícula de Palamós, que conducía un cargamento de cebolla y frutas, que se sospechó iba destinado á la escuadra germana.

Los ingleses capturaron buque y cargamento, y el Tribunal marítimo declaró buena la presa.

Pero resultó que uno de los socios de la casa consignataria del barco era el general D. Valeriano Weyler, que, provisto de algunas recomendaciones, se trasladó inmediatamente á Londres, para intentar una reclamación que salvase los miles de duros que tenía comprometidos en el negocio.

A pesar de que los fallos del Tribunal de presas son irrevocables, y que Inglaterra siempre se mostró adusta con los nacionales de los países débiles, Weyler fué objeto en Londres de gran-

des agasajos y le devolvieron el barco y el importe del cargamento, junto con una regular indemnización.

El propio Rey de Inglaterra obsequió á Weyler con un banquete en Palacio, le hicieron revistar unos regimientos de voluntarios que marchaban á Francia y fué aclamado por las calles.

Una nota lanzada por los periódicos diciendo que Weyler era uno de los generales más bizarros y prestigiosos de España, y que, de intervenir nuestro país en la guerra, seguramente sería designado generalísimo, bastó para que durante cuatro días D. Valeriano fuese el ídolo de Londres, llegando el Municipio de la City á pagarle la cuenta del hotel.

Hemos citado este detalle, porque demuestra cuál era el ánimo del pueblo y del Gobierno inglés en aquellos momentos históricos.

Sin embargo, más cauto y patriota que Lerroux, Weyler, que durante su estancia en Inglaterra se supo mostrar fácil á los halagos, dando á entender que sus sentimientos eran exaltadamente anglófilos, apenas llegó á Madrid y los periódicos le interrogaron, varió de disco, diciendo que, si bien estaba unido á la Gran Bretaña por vínculos de afecto y gratitud, también simpatizaba mucho con los alemanes, y que, por encima de todos estos afectos particulares, hallábanse sus amores patrióticos, que le convertían en partidario de la neutralidad á todo trance, considerando un crimen de lesa Patria cualquier

tentativa que se realizase para romperla ó quebrantarla.

El desencanto de los ingleses cuando el telégrafo les comunicó estas declaraciones de nuestro veterano general, fué grande, y no faltaron periódicos de Londres que censurasen la debilidad con que había procedido el Gobierno inglés en el asunto de la presa del buque; pero ya no había manera de deshacer lo consumado.

Se pensaron nuevos y más eficaces intentos, y coincidiendo con una rabiosa campaña de la Prensa liberal de Madrid en favor de los aliados, se anunció el viaje á España de la generala de las sufragistas inglesas, la celebérrima miss Pankurst, que acababa de realizar una excursión por Holanda y Dinamarca, dando mitins y pronunciando fogosas arengas en pro de una liga antigermana.

Precedió á miss Pankurst un manifiesto profusamente repartido por toda España, haciendo un llamamiento á la intelectualidad y al feminismo, en nombre de la cultura europea.

El pueblo español acogió con mucha indiferencia esta propaganda, y nadie tomaba en serio el viaje de la inquieta miss, á pesar de que el ministro de Estado pretendía tributar á la Pankurst honores oficiales, á lo que se opusieron en Consejo de ministros con gran energía y muy buen acuerdo los Sres. Echagüe y Conde de Esteban Collantes.

La recepción de la generala del sufragismo bri-

tánico fué una nota pintoresca. La esperaban una Comisión del Ateneo, presidida por *Violeta,* varios concejales republicanos, la Redacción de *El Radical,* algunas profesoras de la Escuela del Hogar, y, entre otras personalidades, los señores Altamira, Gómez de la Serna y Vicente Gay. Había también unos centenares de curiosos, que no contestaron al ¡viva Inglaterra! que dió Altamira cuando la sufragista se apeó del tren.

Con estos antecedentes, no extrañará el lector que la manifestación que se había proyectado resultase un tremendo fracaso.

En un *landeaux* adornado con banderas de España, Inglaterra y Francia, entrelazadas, tomaron asiento, además de la Pankurst, que vestía un ridículo traje de campaña y llevaba el pecho cruzado por una banda con los colores del pabellón de su país, la escritora *Colombine,* como representante del Profesorado femenino español, y el publicista D. Vicente Gay, que ostentaba la representación de las Ligas feministas sudamericanas.

Seguían el coche un centenar de chicuelos, en su mayoría vendedores de los periódicos del *trust,* que daban desaforados gritos de ¡viva Inglaterra y Francia!

Al llegar á la calle de Alcalá, los policías detuvieron á dos sujetos que habían sacado un enorme cartelón en el que se leía:

¡VIVA LA CULTURA!
LIEJA. LOVAINA. REIMS

Conducidos á la Comisaría, resultó que eran albañiles sin trabajo y socios de la Casa del Pueblo, de Madrid. Por cierto que se daba la notable circunstancia de que ninguno de los dos individuos supiese leer ni escribir, lo que no fué obstáculo para que *España Nueva* protestara con gran viveza "del atropello de que habían sido víctimas aquellos pacíficos ciudadanos, que realizaban una manifestación cultural en nombre del pueblo que llora como desdichas propias los estragos causados por los alemanes en aquellas joyas, orgullo de la Humanidad, que se llamaron Lovaina y Reims."

III

La protesta neutralista.—El mitin de Price.—Miss Pankurst y D. Alfredo Vicenti.—Los oradores. Intermedio grotesco á cargo de D. Emiliano.—El discurso del ciudadano Pablo.—Lerroux y la calderilla.—El ridículo de la Pankurst y la intervención caballeresca de Vicenti.—La espada de Joffre.

El pueblo madrileño, como decimos en el capítulo anterior, no había tomado en serio el viaje de la grotesca propagandista ni el pasacalle que acabamos de narrar; pero cuando por las proporciones que los periódicos daban al asunto, empezó á darse cuenta que todo aquello envolvía una burda maniobra encaminada á crear un estado de opinión contrario á la neutralidad de España, se dispuso á la protesta.

Miss Pankurst, después de ser obsequiada en el Ayuntamiento de Madrid con una recepción y un *lunch*, anunció que daría una conferencia en el circo de Price para demostrar los infinitos beneficios y ventajas que había de reportar á España una perfecta inteligencia con Inglaterra.

A este anuncio respondió la Prensa sensata indicando el peligro que envolvía la campaña. Se habló de organizar una protesta, y todo hacía presumir que el importuno mitin sería suspendido; pero mediaron, según rumor público, ciertas indicaciones de la Embajada británica, el Gobierno fué débil y el acto del circo de Price se consintió.

Los radicales, el *trust* y los romanonistas trabajaron lo indecible para dar al mitin una gran resonancia. El Conde de Romanones, que había prometido concurrir, lo pensó mejor á última hora y se hizo representar por el ex ministro Pérez Caballero; asistieron Lerroux y la plana mayor del partido radical; Pablo Iglesias y Rodrigo Soriano; Pedregal, en representación del partido reformista, y Rodés, como delegado de los nacionalistas catalanes.

El teatro-circo estaba adornado con banderas de los países aliados contra Alemania y cartones en forma de escudos, en los que se leían los nombres de Lieja, Lovaina, Reims, Bruselas, Marne y Verdun.

Para entrar en el local era preciso una contraseña, que sólo podían dar en los centros de organismos adictos y en las Redacciones de los periódicos; á pesar de estas precauciones se vendieron más de 1.000 papeletas, concurriendo cuantas personas quisieron gastarse unos cuantos céntimos en comprarlas.

Así penetraron en el local numerosos jóvenes

jaimistas y mauristas y otros elementos muy significados por sus simpatías germanófilas.

En uno de los palcos de platea se destacaba, rodeada de varios correligionarios, la figura mosqueteril del Sr. Santos Ecay.

Cuando hizo su aparición miss Pankurst, vistiendo una estrafalaria *toilette,* del brazo de don Alfredo Vicenti, los anglófilos dieron tres formidables hurras, que fueron coreados por una carcajada general.

A partir de aquel momento, el mitin resultó de lo más regocijado y pintoresco que se ha visto jamás.

Pérez Caballero, que ocupaba la presidencia, en unión de la generala sufragista y de Lerroux, intentó contrarrestar el temporal, pronunciando un discurso de tonos suaves y almibarados, apelando á la hidalguía legendaria y al espíritu transigente del pueblo español, que siempre fué respetuoso con todas las ideas.

—Se ha dicho—añadió—que este era un mitin en favor de la intervención de España en la guerra europea, y conviene desvanecer este error. El acto que celebramos es una manifestación de solidaridad latina en honor de una representación dignísima del noble pueblo inglés, que con tanto entusiasmo defiende los intereses de nuestra raza y lucha para impedir que sean aniquilados en los campos de batalla.

(Se inició un aplauso en las galerías, y parte del público prorrumpió en siseos. En butacas y

palcos se oyeron palabras gruesas contra la Gran Bretaña. Lerroux, desde el escenario, entabló un diálogo algo vivo con Santos Ecay.)

—¡Esto es una farsa indigna! ¡Una mojiganga carnavalesca! Sois comparsas pagados—gritaba el público.

Restablecido, al fin, el silencio, Pérez Caballero quiso reanudar su discurso.

—Señores, yo pido que se nos oiga. Son estos unos instantes de una trascendencia decisiva para el porvenir de nuestro país. Los pueblos aliados están pendientes del acto que celebramos.

(*Voces.*—¡Oh! ¡Oh! ¡Qué miedo!)

—Señores, yo confío en que haréis justicia á nuestro patriotismo.

Un nuevo escándalo interrumpió á Pérez Caballero.

En las butacas le acababan de pegar á un lerrouxista que había vitoreado á la guerra. Pérez Caballero, con visibles muestras de contrariedad, pasó á sentarse.

Tenía que seguir en el uso de la palabra Pedregal, pero renunció al turno. Rodrigo Soriano dijo que le acababan de llamar por teléfono, y abandonó el escenario. Rodés, pretextando que se hallaba completamente afónico y no podía dominar el tumulto por falta de voz, también se negó á hablar.

Entonces, á una indicación de la presidencia, se adelantó hasta las candilejas Emiliano Iglesias.

El público le saludó con una ovación burles-

ca, que Emiliano tomó en serio, comenzando su discurso emocionadísimo.

—Gracias, pueblo de Madrid; yo agradezco infinito estos aplausos con que pagas el esfuerzo y las amarguras de este humilde luchador.

—¡Viva el *Rey del valor!* ¡Viva el héroe de Barcelona!—gritaron varios concurrentes.

Don Emiliano, dándose cuenta de que le tomaban el pelo, se puso furioso.

—Advierto—dijo—que aquí hay algunos elementos reaccionarios que vinieron con el propósito deliberado de perturbar el mitin. No me asustan.

—¡Viva el Cid Campeador!—gritó un chusco.

—No soy un Cid ni un Campeador—replicó D. Emiliano, descompuesto—pero estoy dispuesto á demostrar, y lo haré muy pronto, que no me duele el sacrificio de mi última gota de sangre al servicio de la gran causa del progreso y de la civilización.

—¡Que traigan serrín para secar este charco de sangre!—otro espectador gritó.

El orador, lívido, alzaba los puños con gesto de amenaza.

—Guardias, que aten á esta fiera—decía el público.

Emiliano se retiró, después de pronunciar una frase solemne que tuvo un éxito de risa.

—¡Pronto sabrá España y Europa quién es Emiliano Iglesias!

Cuando fué á sentarse, tembloroso y excitado,

los de la mesa presidencial oyeron que decía á Lerroux:

—Don Alejandro, no hay más remedio que pasar el Rubicón.

—En él estamos, y con agua hasta el cuello, querido Emiliano—le contestó Lerroux.

Pablo Iglesias, que no las tenía todas consigo, siguió á Emiliano en el uso de la palabra.

—Ciudadanos, yo pido que respetéis mis canas... Ciudadanos, yo suplico que perdonéis mis incorrecciones de lenguaje, yo no soy un hombre culto. (Rumores de asentimiento general.) Yo soy un humilde trabajador. (Sonrisas y frases maliciosas de la concurrencia.) Como trabajador os digo que Alemania representa la causa de la reacción y del oscurantismo imperialista, y las naciones que luchan contra el poder germano representan la libertad y la emancipación del trabajador.

—¿Y Rusia?—preguntó uno.

Don Pablo se quedó un momento sin saber qué contestar.

—Esta interrupción—dijo, por fin—es impertinente.

No hablábamos de Rusia, sino de Francia, y yo ruego á todos que eleven un poco la discusión, que no descendamos al terreno bajo de las pasiones...

Los trabajadores no queremos la guerra, pero queremos que Alemania sea destruída. Por esto nos hemos adherido á este acto los trabajadores.

y en su representación, este trabajador que os dirige la palabra, dice que España debe ayudar á Francia y á Inglaterra en esta obra del aniquilamiento del imperialismo. He dicho.

Unos cuantos aplausos, ahogados por los siseos de la mayoría, coronaron la incongruente peroración del ciudadano Pablo.

Al levantarse Lerroux, el público volvió á descomponerse.

El orador hizo filigranas de habilidad, pero resultaron inútiles; unos párrafos de patriotismo exaltado fueron oídos con fría indiferencia, y cuando se declaró partidario decidido de la intervención española en la guerra, estalló un espantoso alboroto, que Lerroux pretendió dominar á fuerza de audacia, no consiguiendo sino que la violencia de la protesta se acentuara.

—No me importa el sacrificio de la popularidad; mantengo mis opiniones y las mantendría aunque me quedase solo. Dije al venir de Francia que faltaremos á nuestros deberes de solidaridad latina si no enviamos un Ejército para que ayude á esos heroicos franceses que defienden palmo á palmo la integridad de su territorio patrio. La gran nación inglesa, representada aquí muy dignamente por la honorable miss Pankurst, no merece tampoco que le regateemos nuestra sangre. Tiene derecho á exigírnoslo, y la caballerosidad española reclama que, sin necesidad de que lo haya de pedir, nos apresuremos nosotros á ofrecérselo.

Un escándalo indescriptible acogió estas palabras de Lerroux.

—Traidor, afrancesado, mal patriota—la gente exclamaba.

Y sobre las contadas personas que intentaron iniciar una contraprotesta, cayeron los bastonazos y las bofetadas.

El orador, con los brazos cruzados, haciendo alarde de su estoicismo, presenciaba el tumulto, esperando que se calmasen los ánimos para reanudar el discurso.

Alguien creyó que aquella actitud retadora merecía un castigo, y desde los palcos altos arrojaron á los pies de Lerroux varias monedas de calderilla.

El público secundó el movimiento, y pronto las monedas llovieron sobre el escenario. En la platea se produjo una batalla campal, haciéndose necesaria la intervención de la Policía, que se llevó á muchos detenidos, mientras las farmacias y Casas de Socorro próximas al circo de Price se poblaban de contusos y descalabrados. La presidencia opinó cuerdamente que debía declararse disuelto el acto, pero mis Pankurst, que llevaba un largo discurso escrito en francés insistía en no marcharse sin leerlo.

Lo intentó, provocando, con su figura y sus gestos, una explosión de hilaridad que apaciguó un poco los ánimos. Muchos dejaron de pegarse para reir como descoyuntados.

Miss Pankurst comenzó su lectura con voz ás-

pera y chillona, y pronto la gente se cansó de la pesada y monótona cantinela.

—¡Que se calle y que se vaya!—gritaban todos.

La Pankurst hubo de callar, encolerizada, y D. Alfredo Vicenti se levantó apostrofando al público.

—¡Parece increíble que no detengáis vuestras pasiones ante los respetos que á todo buen nacido debe inspirar una dama!—decía Vicenti.

—¿Pero esto es una dama ó una cacatúa?—preguntaban desde abajo.

Miss Pankurst, muy á su pesar, tuvo que desistir de leer el discurso y se reanudó la batalla en la platea, mientras muchos chicuelos radicales subían al escenario para aplaudir á los prohombres de la presidencia y vitorear á Inglaterra y Francia, recogiendo de paso la calderilla que habían arrojado desde los palcos cuando hablaba Leroux.

El tumulto se prolongó largo rato y al desalojar la Policía el local continuaron los choques en la calle.

Junto á la puerta del teatro se había colocado una mesa petitoria en la que se recogían donativos con destino á la suscripción abierta para comprar una espada de honor al general Joffre.

A cargo de esta mesa se hallaban los diputados Uña y Barriobero.

En la desordenada salida del público fueron arrollados, volcándose mesa y bandeja y desapa-

reciendo las pocas pesetas que se habían recaudado.

Miss Pankurst, no renunciando á la lectura del luminoso trabajo que había traído escrito desde Inglaterra, aquella noche lo leyó en el Ateneo á un grupo de quince personas escogidas. El acto se celebró á puerta completamente cerrada, y *El Liberal* dijo al día siguiente que la Memoria de miss Pankurst era un documento notabilísimo, de gran valor educativo.

IV

Progresos alemanes en Francia.—Peste y otros males.—Lo que importaron los indios.—"Neurorum camelli".—Entre indios y franceses.—Grave suceso de Tours.—Millevoye, maltratado por un negro.—Tirantez entre Inglaterra y Francia. Evacuación de Burdeos.—Poincaré, apestado.

La situación en Francia se hacía irresistible. Todo el empeño del Gobierno de Burdeos en ocultar los reveses estrellábase ante la elocuencia de un hecho que no había manera humana de disimular: el Ejército alemán avanzaba, ganando cada día pedazos de territorio francés.

Los alemanes eran dueños de la costa y amenazaban ya caer sobre Burdeos, y Francia tenía que recibir los refuerzos, cada vez más exiguos, que le enviaba Inglaterra por el puerto de Marsella.

A la desmoralización causada por las derrotas hubo que añadir el estrago producido por las enfermedades. La mezcla de razas, los hacinamientos de heridos y la falta de higiene de los

contingentes árabes, indios, senegaleses, lusitanos y zulús que Inglaterra trajo al teatro de la guerra motivaron el desarrollo de muchas epidemias, que causaban estragos enormes entre los soldados ingleses y franceses, extendiéndose los contagios á la población civil aglomerada en las ciudades que los invasores aún no habían ocupado.

La peste bubónica, importada por los indios, causó tanta mortandad como las balas alemanas. Otra extraña dolencia que se desarrolló, especialmente entre las filas inglesas, fué motivo de honda preocupación entre las celebridades médicas europeas.

Se advertía que casi todos los camellos que trajeron las tropas indias caían enfermos de un mal que les inutilizaba en pocas horas, entre vómitos y convulsiones. Presentando igual proceso sintomático morían las personas contagiadas. Por esta circunstancia hubo millares de defunciones entre el personal de los Ejércitos que tuvieron algún contacto con aquellas tropas.

Nuestro compatriota el doctor Maestre dijo en una conferencia científica, que durante sus viajes por el Africa ya tuvo ocasión de estudiar esta enfermedad, clasificándola como *extenuatio neurorum camelli,* ó sea la neurastenia febril del camello, que puede contagiarse fácilmente á determinados seres humanos, motivando una descomposición pútrida fulminante.

Análogo dictamen al de nuestro doctor dieron

los bacteriólogos franceses que habían estudiado el microbio.

Esta peste, la bubónica y otros males de procedencia india, fueron causa de que los franceses acabasen por maldecir el triste servicio que les prestaba la Gran Bretaña con sus fuerzas coloniales, que, por otra parte, venían á ser una impedimenta y un semillero de disgustos.

Los indios, que se batían muy mal, efecto de que no se les adaptaba el clima de Europa, consideraban á Francia como país conquistado, y raro era el día que no surgían choques sangrientos, pues los rajás pretendían que los oficiales del Ejército francés les rindiesen honores principescos, y los franceses protestaban, con mucha razón, diciendo que Francia no realizó sus revoluciones derribando Emperadores y Reyes para que, al cabo de los años, tuviese que hacerse cortesana de Príncipes indios que traían camellos apestosos y soldados con bubónica.

En Tours ocurrió con este motivo un incidente muy desagradable. Había llegado el ministro de la Guerra francés, Millevoye, para revistar los contingentes cosmopolitas allí concentrados, entre ellos una división india mandada por el maharajá de Kapurtala.

Millevoye pasó delante del Príncipe indio sin rendir las cinco reverencias con las manos levantadas que impone la etiqueta del Asia, y un negrazo de la escolta del maharajá, no sospechando que aquel señor de fisonomía vulgar, abultado

vientre y traje de camarero fuese un miembro del Gobierno de Francia, le castigó, golpeándole la cabeza con una porra de plata, procedimiento que se usa en la India con las personas que cometen alguna irreverencia.

El Estado Mayor del ministro, al ver que Millevoye se llevaba las manos á la cabeza y echaba sangre por las orejas, quiso prender al negro; pero el Príncipe indio se opuso, entablándose una lucha, de la que resultaron varios heridos, llevando los franceses la peor parte.

Lo de Tours enconó los ánimos, acordando el Gobierno francés, en Consejo de ministros, pedir á Inglaterra la retirada de los contingentes indios, "de nula eficacia para la guerra y que representan, en cambio, un germen de indisciplina y un horrible peligro para la salud pública", según declaraba la nota oficial de Francia.

Inglaterra contestó, negándose en absoluto á la pretensión de los franceses, y lo hacía en términos bastante ásperos.

"Esos contingentes, de cuyo celo y lealtad está el Gobierno inglés muy satisfecho, hacen falta en Europa y los consideramos imprescindibles."

Como verá el lector por el extracto de estas notas, las relaciones entre Inglaterra y Francia comenzaban á ser tirantes.

El Gobierno francés hallábase muy preocupado por este asunto, cuando recibió un aviso urgente del cuartel general interesando la evacuación inmediata de Burdeos, ya que no había me-

dio de contener más tiempo el avance alemán. Los restos del Ejército aliado se habían de concentrar en el Loire, intentando una última y desesperada resistencia, y la capital de la República quedaría establecida provisionalmente en Marsella, al amparo de las escuadras anglo-francesas del Mediterráneo, que tenían su base de operaciones en Tolón.

Para colmo de males, Poincaré estaba enfermo, temiendo los médicos que se hubiese contagiado del mortífero microbio introducido en Francia por los camellos indianos.

La partida de Burdeos fué un episodio tristísimo, que el corresponsal de *El Liberal* refirió en una conmovedora crónica de Gómez Carrillo.

"Salía el tren presidencial á las doce de la noche. Los andenes de la estación estaban llenos de personalidades oficiales que permanecían en silencio.

A las once y media se produjo un rumor, seguido de un movimiento de expectación. El elemento oficial formaba dos compactas filas; un piquete de tropa, con la bandera enfundada, se colocó á lo largo del tren, preparándose á rendir armas.

Por una de las puertas del restaurant de la estación aparecieron cuatro criados que llevaban con gran cuidado una camilla en la que iba el Presidente de la República envuelto entre mantas de lana.

Detrás de la camilla, vistiendo severa y ele-

gante *toilette* de viaje, caminaba una bella dama. Era madame Raymond Poincaré.

Cuando, con las mayores precauciones, sacaron al Presidente de la litera para meterlo dentro del vagón, el Sr. Poincaré quiso incorporarse y saludar.

Por entre las mantas se vió que vestía de frac y que cruzaba su pecho la banda presidencial.

Su rostro estaba desfigurado por la inflamación y por enormes manchas violáceas que le cubrían la cara.

El respeto que todos profesan al primer magistrado de la nación francesa, no ha impedido que se observara en la multitud un instintivo movimiento de horror.

Partió el tren, sin que se oyesen vivas ni músicas. Sentimos una gran opresión en el alma."

V

Quebrantos comerciales de Inglaterra.—Un Consejo de ministros del Gobierno inglés.—Todos quieren la paz menos Kitchener.—Observaciones del Rey Jorge.—La neutralidad española.—Sospechas de Mr. Asquith.—Los devaneos de lord Kitchener y los descubrimientos del gran policía Shwart.—¡Era la Chelito!

El Gobierno inglés vió con la natural alarma que había perdido en absoluto su tan decantado predominio del mar.

Los cruceros y submarinos alemanes, burlando la vigilancia inglesa, sembraron el terror en el Canal de la Mancha, siendo raro el día en que no hiciesen algún ataque temerario que causase pérdidas á la Marina británica.

Menudeaban las expediciones aéreas de los germanos, que tenían aterrorizados á los pueblos ingleses de la costa. El comercio, aquel poderoso comercio cuya hegemonía mundial pretendía recabar Inglaterra en los comienzos de la conflagración, se hacía cada vez más difícil y reducido.

Las Compañías de seguros marítimos, á pesar de las subvenciones oficiales, no querían asegurar á ningún precio los buques mercantes ingleses. El

escaso comercio británico lo sostenían buques amparados por el pabellón neutral.

En estas circunstancias, el Gabinete inglés, bajo la presidencia del Rey Jorge, celebró un Consejo memorable. Había ya en el seno del mismo Gobierno tendencias en favor de una negociación de paz compatible con el orgullo británico. Patrocinaba esta tendencia el ministro de Marina, lord Churchill, que antes, al comenzar la guerra, se mostró tan implacablemente belicoso. También era partidario de una fórmula de paz Mr. Asquith, y se decía que el propio Rey de Inglaterra suspiraba por una solución en este sentido.

Examinó el Gobierno inglés en este Consejo, en forma muy minuciosa, la situación interior y exterior, se habló sin atenuaciones de los quebrantos sufridos en el Continente, del desaliento que se advertía en toda Inglaterra, del fracaso de los refuerzos coloniales, de la gran agitación de Irlanda, de las sublevaciones en Egipto y en la India y de la gran crisis económica por que atravesaba el país. La impresión general, resumida por Mr. Asquith, no pudo ser más pesimista.

Una de las pocas esperanzas que todavía quedaban en pie, la de una ruptura de la neutralidad española que asegurase un refuerzo al Ejército del Loire, fué desvanecida por los informes que comunicó el ministro de Negocios Extranjeros.

Por grande que fuese la buena voluntad del Gobierno español en favor de Inglaterra, tendría, seguramente, que estrellarse ante la resistencia del país, enemigo franco y declarado de aventuras guerreras, y menos al servicio de la Gran Bretaña.

Ante impresiones tan poco satisfactorias, el Rey Jorge habló de la conveniencia de intentar una negociación de paz.

Todos los ministros callaron, excepto lord Kitchener.

—Advierto con pena—dijo éste—que se olvi dan mis promesas. Yo dije un día, y he repetido más tarde ante la Cámara, que poseo un secreto que nos asegura el triunfo decisivo.

—Perdonad, honorable compañero; pero siempre creímos que vuestro secreto era un hábil argumento patriótico para infundir confianza en la opinión pública—contestó Mr. Asquith.

Kitchener hizo un gesto de disgusto.

—Yo he dicho siempre con una gran seriedad y hoy vuelvo á repetirlo: Tengo mi secreto.

—¿Pues para cuándo lo reserváis?—preguntó con ansia lord Churchill.

—¡Para cuando sea oportuno!—contestó imperturbable Kitchener.

—¿Y no cree el señor ministro que ha llegado esta oportunidad?—interrogó, entre tímido y angustioso, el Rey Jorge.

—Perdón, Sire. Creo que todavía, no.

—Decid, por lo menos, en qué consiste vuestro

secreto. Aquí está el Gobierno en pleno, presidido por el Rey. No creo que nuestra discreción ni nuestro patriotismo puedan inspiraros dudas...—insistió Asquith.

—Nunca he dudado, pero tengo que cumplir mi palabra de *gentleman*. Hasta que llegue la ocasión oportuna, estoy comprometido á guardar mi secreto. Al Rey sólo podré comunicar algo del misterio dentro de breves días.

Asquith se mordió los labios. Los demás ministros permanecieron en silencio, aunque allá en su fuero interno formulasen una opinión poco lisonjera respecto á los escrúpulos y reparos de su compañero de Gabinete.

El Rey Jorge fué el único que se atrevió á expresar su pensamiento en voz alta.

—Dios quiera, lord, que lleguéis á tiempo para evitar la catástrofe.

—Llegaré á tiempo, Sire—contestó Kitchener.

En vista de su aplomo, fué desechada la opinión de iniciar negociaciones de paz, pensamiento que, como hemos dicho antes, había ganado bastante terreno en el ánimo de los ministros del Gobierno inglés.

Al acabar el Consejo, el de Hacienda, Lloyd George, acercándose á Mr. Asquith le dijo al oído:

—Sospecho, amigo presidente, que el compadrito ese de Kitchener nos ha de fastidiar á todos...

—Yo tomaré mis medidas—contestó Asquith, frunciendo el entrecejo.

Y momentos después, mientras los demás ministros conversaban con el Rey, el presidente llamaba á su despacho á un individuo afeitado, de edad indefinible y mirada llena de vivacidad.

Era Shwart, el famoso detective, jefe de la ronda secreta presidencial, el Holmes londinense, reputado como el primer policía del mundo.

Asquith le instruyó brevemente de lo que deseaba.

—Comprendido—contestó Shwart.

Y haciendo una reverencia, salió del despacho presidencial.

Desde aquel momento, lord Kitchener estaba estrechamente vigilado.

Al salir de la Presidencia, el ministro fué á su despacho del ministerio de la Guerra, conferenciando con varios jefes del Estado Mayor. Luego se dirigió á su casa, saliendo poco después á pie y con diferente indumentaria.

Kitchener tomó un carruaje de punto y ordenó al cochero que le condujese á un restaurant de Picadilly.

Poco después, con el sombrero muy caído sobre los ojos, entraba en un reservado. Le esperaba una mujer menudita y hermosa, de tipo español.

—¡Creí que ya no vendrías, *so pelmazo!*—dijo la bella á su amigo, en quien nadie que no fuese Shwart, el águila del detectivismo británico, habría conocido al ministro de la Guerra.

Kitchener se deshizo en cariñosas excusas, y

poco después, el ministro y la hermosa española cenaban muy juntitos, hablando en voz baja y rociando la comida con frecuentes libaciones de Champagne.

La mujer, encandilando los ojos y ciñendo su brazo alabastrino al cuello del ministro, preguntaba, mimosa:

—¿Has arreglado lo de mi hermanito?

Kitchener parecía resistirse á dar una contestación concreta.

—¡Ya veré de hacer lo que pueda!—decía. Pero ella siguió ciñéndole y mirándolo con gran fijeza.

—¡Hazlo por mí, saleroso!

Kitchener perdió la formalidad, se le cayó el monóculo, y, dando un puñetazo sobre la mesa, exclamó:

—Tú fastidiarme llamándome *salerroso*. Haré lo que tú *quierras*. *¡Olle, olle y olle!*

—Este hombre es un punto filipino—murmuró Mr. Shwart, que desde un reservado contiguo no perdía el menor detalle de la curiosa escena.

Si el rey de los detectives ingleses hubiese pertenecido á la Policía española que dirige Méndez Alanís, la detallada referencia de las andanzas de lord Kitchener, que al siguiente día presentó á lord Asquith, habría podido enriquecerse con un detalle interesantísimo referente á la joven acompañante del ministro de la Guerra.

Nuestros lectores, sin ser detectives, la habrían conocido, desde luego: ¡Era la bella Chelito!...

VI

Patriotismo y galantería.—Extravagancias inglesas.—Españoles en Londres.—Brocas y el pirotécnico de Guadalajara.—La pólvora color naranja.—Un trato judaico.—La hospedería del Zorro Blanco.—Brocas, en campaña.

Lord Kitchener no era, sin embargo, un hombre disoluto, como parecía desprenderse de las averiguaciones practicadas por el policía.

En sus misteriosas entrevistas con la Chelito, conciliaba un fin galante y una patriótica intención.

Acaso se sonría el lector, considerando algo inverosímiles nuestras afirmaciones. Pero le recomendamos que tenga muy presente que se trata de un personaje inglés y que los sucesos que referimos han ocurrido en Londres, el país de las cosas extravagantes y paradójicas. Los acontecimientos más extraordinarios no lo parecen tanto cuando se desarrollan en Inglaterra, pueblo donde la lógica siempre tuvo un sentido irregular y peculiarísimo.

A esto se debe que los ingleses, fuera de su país, resulten unos seres absurdos y antipáticos.

Pero volvamos al caso de Kitchener y á su extraño sistema de laborar por la patria en amable compañía de una cupletista española.

La Chelito y Kitchener se habían conocido en circunstancias bien curiosas.

El ministro de la Guerra inglés, solterón recalcitrante, muy seco y desabrido en su trato con los hombres, tenía fama de ser accesible para las mujeres de buen palmito.

A Londres habían llegado por aquellos días dos españoles, uno de ellos antiguo conocido de nuestros lectores.

Retrocedamos un poco en nuestro relato.

Una mañana brumosa desembarcaban en uno de los muelles del Támesis dos individuos que, por sus indumentarias, parecían amo y criado. El primero era hombre de mediana edad, bien alhajado, que cubría su cabeza con un sombrero de fieltro.

El otro iba vestido con pobreza, y en su cara se veían impresas las huellas de una vida de trabajos y privaciones; parecía un joven malogrado por el hambre y envejecido prematuramente.

El equipaje de los viajeros lo formaban una elegante maleta de piel y un baúl grande y pesado.

Rechazando los ofrecimientos de cuantos cargadores del muelle se le acercaron, el amo ayudó á colocar sobre la cabeza del supuesto criado el voluminoso baúl, y por su parte cogió la maleta...

—Mire usted que pesa mucho esto. Casi sería mejor que tomásemos un coche—dijo el del baúl.

—¡Bah! Prescindamos de gastos superfluos. En todo caso, más adelante nos meteremos en un tranvía—contestó su amo.

Caminaron un trecho, y el del baúl tuvo que hacer un pequeño alto, apoyándose en un poste del alumbrado público.

—¡Qué flojo eres!—le dijo con impaciencia su principal.

—Es que pesa más de cuarenta kilos.

—¿Y eso qué es?—Cuando yo tenía tu edad, caminaba perfectamente dos leguas con doble peso sobre las espaldas—replicó el amo.

—¡Ah, Sr. Brocas! Estaría usted más acostumbrado que yo á cargar baúles. Además, sería usted más fuerte. Yo, francamente, no puedo, y aunque sea descontándolo de lo que me tiene usted que dar, prefiero que tomemos un coche—insistió el joven.

Desde luego habrá el lector adivinado que este señor Brocas que con tanto empeño regateaba tomar un carruaje, era el auténtico secretario del Conde de Romanones.

Con visible disgusto, al ver que su dependiente se había propuesto no adelantar un solo paso, Brocas tuvo que detenerse.

—Por lo menos — dijo — averigüemos si está muy lejos el sitio donde vamos á parar. Tendría poca gracia que gastásemos en coche para ir de aquí á la esquina. Quédate apoyado en este banco

mientras yo pregunto á un policía si dista mucho esa calle de Manchester, donde se halla situado el hospedaje que nos recomendó el señor Conde.

Brocas preguntó á un *policemen*, y la contestación le contrarió bastante.

—No tendremos más remedio que tomar un coche, amigo Quejido. Me ha dicho el guardia que hay que caminar lo menos tres kilómetros. ¡Y yo que le pedí al señor Conde las señas de un hospedaje céntrico!...

Montaron en un coche, con gran satisfacción del individuo á quien Brocas denominaba Quejido, y mientras el carruaje les conduce á Manchester-Street, bueno será que dediquemos unas líneas á satisfacer la justa curiosidad de nuestros lectores acerca de los motivos del viaje á Londres de Brocas y su macilento fámulo.

* * *

Quejido era pirotécnico de un pueblo de la provincia de Guadalajara y persona inteligente, pero pobre de solemnidad.

La pirotecnia, como todas las profesiones artísticas, está en España por los suelos, y más en esa desdichada provincia de Guadalajara, feudo de Romanones, donde no pueden prosperar otras artes que las del caciquismo. Quejido, á quien el Conde ofreció su protección, en pago de haber roto en unas elecciones muy comprometidas una

urna con gran riesgo de la vida, lo pasaba muy mal, no obstante las promesas de D. Alvaro.

Un día, preparando cohetes para la fiesta mayor de Griñón, Quejido encontró la fórmula desconocida de una pólvora cuyos efectos expansivos debían ser aterradoramente mortíferos.

Sólo la explosión de unos miligramos hizo volar el taller y dejó tuerto á un pariente de Quejido que le ayudaba en sus trabajos pirotécnicos.

Quejido, desde aquel instante, prosiguió sus experiencias con gran empeño, y mezclando la nueva substancia con potasa y picrita, concibió la producción de una pólvora color naranja que, según el pirotécnico de Guadalajara, debía ser mil veces más poderosa que el último explosivo descubierto por Turpín.

Recordando los reiterados ofrecimentos de Romanones, Quejido vino á Madrid para pedir apoyo á su padrino.

El Conde le recibió con mucha frialdad, diciendo que se hallaba retirado de los negocios á consecuencia de los grandes reveses que recientemente había sufrido, pero el inventor, á fuerza de insistencia, logró convencerle de que presenciase unas pruebas en un campo de las afueras.

A la experiencia concurrieron, además del Conde, Brocas y Daniel López.

La prueba dió un resultado tan magnífico, que Daniel López exclamó, entusiasmado:

—Este hombre ha encontrado la piedra filoso-

fal. Si ofrece su descubrimiento á Inglaterra, le darán lo que pida.

Romanones le mandó callar.

—No conviene decírselo á Quejido. Se engríen demasiado y la vanidad los estropea.

El pobre inventor llegó en aquel momento.

—¿Qué opinan ustedes?—preguntó con ansiedad.

—Pues, nada; que si se perfecciona mucho y se hacen grandes sacrificios de dinero, acaso pueda resultar... Pero yo no me atrevo á meterme en este asunto, sin embargo.

Quejido se puso muy triste.

—No se desanime usted, y véase con Brocas, que tiene afición á esta clase de cosas. ¿Verdad, amigo Brocas?—dijo, haciendo á su secretario una señal de inteligencia.

—La Química fué siempre mi delirio—exclamó Brocas.

Y dirigiéndose á Quejido, añadió:

—Ya veremos lo que puedo hacer por usted. Pase mañana por mi casa.

Brocas lo que hizo fué someter al pirotécnico á un trato leonino.

Era preciso entablar negociaciones con los ingleses, poner en juego muchas influencias, trasladarse á Londres, anticipar dinero.

No obstante, para proteger á Quejido, estaba dispuesto á entrar en el negocio, comprometiendo parte de sus ahorrillos, siempre y cuando el pirotécnico le vendiera la propiedad industrial

del invento por la suma de 1.000 duros, que Brocas pagaría en el caso de que Inglaterra comprase la patente. Además, Brocas corría con los gastos de gestión, viajes y propaganda.

Quejido, que no había cenado aquella noche, aceptó las condiciones, y Brocas le anticipó unas pesetas.

Pocos días después, provisto de unas cartas de Romanones y Daniel López, Brocas llegaba á Londres en compañía del pobre Quejido.

* * *

Cerrado el paréntesis, volvamos á encontrarlos en un extremo de Manchester-Street, en el momento en que se apean del carruaje, frente á una casa de modesto aspecto, que ostenta una muestra que dice:

Brocas contrató un cuarto con dos camas, dejando instalado á Quejido.

Era el hospedaje predilecto de Romanones cuando va á Londres por su cuenta.

Luego de cambiarse de ropa, dijo al pirotécnico, al mismo tiempo que le daba unos reales:

—Tú come en cualquier restaurant de las cercanías. Me aseguró el señor Conde que aquí los hay tan baratos, que por una peseta sirven un verdadero banquete. Yo no regresaré hasta la noche. Hay que aprovechar el tiempo...

Y, satisfecho de sí mismo, convencido de que Londres había de resultar pequeño para él, Brocas lanzóse á la calle, después de pedir al portero que le indicara qué ómnibus había de tomar para dirigirse al ministerio de la Guerra.

VII

El gran error de Brocas.—Kitchener no era un ministro á la española.—Brocas se vuelve anglófobo.—La pitanza de Quejido.—Mala fama de Romanones.—¡Hay que cambiar de rumbo! Un buen encuentro.—La hermanita de Quejido. El sueño del justo y el comentario del pícaro. Preparando un lazo.

Habituado el secretario de Romanones á las facilidades que la política española suele otorgar á los hombres de su condición, creyó que su tarjeta y las cartas del Conde le abrirían todas las puertas.

Lleno de confianza y optimismo, entró en el ministerio de la Guerra preguntando por lord Kitchener.

Pasó á secretaría, y un oficial ayudante, después de mirarle de pies á cabeza, contestó que el ministro no recibía visitas. Brocas acogió esta contestación con la sonrisa de superioridad propia del hombre que conoce muy bien la escasa importancia que debe otorgarse á ciertas excusas, y, sacando una tarjeta, dijo al oficial:

—Perfectamente, ya comprendo; pero tendrá usted, sin embargo, la bondad de hacer llegar á manos del señor ministro mi tarjeta, diciendo, además, que le traigo una carta de su amigo el ex presidente del Consejo de ministros español, señor Conde de Romanones.

El oficial oyó el recado sin pestañear, y cuando Brocas hubo terminado, se limitó á contestarle:

—Será todo esto exacto, pero el ministro no recibe. Si trae usted cartas que puedan ser de interés para lord Kitchener, tendrá que dejarlas en secretaría.

—Es que yo vengo para tratar con él un asunto de gran importancia, y necesito hablarle—insistió Brocas.

—Es que el ministro no tiene tiempo para oir á usted—replicó el oficial, volviéndole la espalda.

Brocas, contrariadísimo, pensó que si aquel oficial perteneciese al Ejército español, estaría en aquel momento haciendo méritos para un traslado á Fernando Póo, y luego de murmurar para sus adentros algún juicio poco benévolo respecto al trato que daban á las visitas en los ministerios británicos, tuvo que resignarse á entregar á un ordenanza la carta de Romanones, que él creyó había de surtir el efecto de una varita mágica que le abriese todas las puertas.

—¿Y cuándo podré volver por la contestación?

—Dentro de dos ó tres días.

—Es que tengo un poco de prisa--objetó Brocas.

—Aquí, nadie que no sea el señor ministro, puede tener prisa — replicaron, señalándole la puerta.

Brocas bajó la escalera del ministerio trinando contra los ingleses.

—Todo lo que se diga respecto á la fatuidad y grosería de esa gente, me parece poco... Si no fuera porque tengo mi dinero comprometido en el negocio de la pólvora, me haría germanófilo— murmuraba.

El pobre Quejido pagó los malos humores de Brocas. Al día siguiente, su empresario, al suministrarle la pitanza cotidiana, le dió sólo seis reales.

—Señor Brocas, que ayer no me alcanzó para cenar—exclamaba el infeliz.

—Fastidiarse, amigo; hay que hacer economías, que por ahora el negocio se presenta bien turbio—contestó el empresario.

Aquella noche se lanzó éste á recorrer Londres, mientras el pobre Quejido resolvía el problema de cenar con 40 céntimos, arreglo bastante más difícil que el descubrimiento de la pólvora color naranja.

Una de las cartas que le había entregado Daniel López, puso á Brocas en relación con el director de cierta Escuela Politécnica, individuo de costumbres algo licenciosas, que para obsequiar al forastero le llevó á un *Music-Hall* de moda.

Brocas, gracias al profesor juerguista, logró informarse de muchos detalles que le interesaban.

Supo que Kitchener era tan adusto con los hombres como cariñoso con las damas. Además, averiguó que para el Gobierno inglés no resultaba en aquellos momentos de la mayor eficacia una recomendación de Romanones, que había dejado su reputación un poco por los suelos al consentir que le indemnizaran por el percance de que fué víctima.

El detalle de dar cinco duros para la suscripción en favor de los heridos de la campaña, también mereció desfavorables comentarios, hasta el extremo de que un periódico, *The Morning Post*, había dicho:

"Después de sacarnos 100 libras con el pretexto de unos perjuicios más ó menos reales, el Conde de Romanones, político y millonario español, ha dejado un donativo de cinco duros para la suscripción abierta por el Príncipe de Gales. Demuestra este rasgo lo que podemos esperar de la excelente amistad española, en trances de verdadero apuro, el uno por ciento de lo que les hayamos dado."

Brocas escuchó aquellas noticias con verdadero terror. Era la primera vez en su vida que le decían en la cara que la influencia de Romanones resultaba de valor negativo.

Hombre de grandes recursos de ingenio, no se arredraba, sin embargo, fácilmente, y las referencias que acababa de conocer acerca de las costumbres y temperamento del ministro de la Guerra británico no habían caído en saco roto.

—Lo malo es que carezco de gente aquí. ¡Ah! Si yo pudiese traer por telégrafo á mi personal escogido de Madrid y Guadalajara, pronto le ajustaría las cuentas al tal Kitchener—murmuraba para su coleto, mientras el pedagogo amigo de Daniel López le refería los encantos de la vida alegre londinense.

De pronto, en una de las galerías del *Music-Hall,* vió Brocas la silueta de una señora coja.

Por un caso de sugestión que le honra, porque demuestra el arraigo de su gratitud, siente nuestro héroe una gran debilidad por los cojos de ambos sexos.

Olvidó un instante sus preocupaciones para contemplar á la individua.

—Es chocante—se dijo;—pero esa inglesa camina con un vaivén muy parecido al que usa mi amo el señor Conde.

La coja, que parecía buscar á otra persona, volvía sobre sus pasos, encarando casualmente con Brocas.

—¡Calle! ¡Si es doña Antonia!

—¡Caramba! ¿Usted aquí, Sr. Brocas?

—Sí. Vine para un negocio... ¿Y usted?

—¡Yo estoy aquí con la niña, que precisamente ayer terminó su contrata en este *Music-Hall.*

—¿De modo que su hija está en Londres?—preguntó Brocas con alegría.

—Sí, señor. ¡No faltaba más! ¿Cómo había de separarme yo de la niña?—contestó doña Antonia, casi ofendida en su amor maternal.

Brocas había improvisado un maravilloso plan, y despidiéndose del politécnico, algunos minutos después celebraba una detenida conferencia con doña Antonia y su hija la Chelito.

No tardaron en ponerse de acuerdo. La Chelito se presentaría como una hermana del inventor Quejido, encargándose de persuadir á todo trance á lord Kitchener de la conveniencia de que Inglaterra comprase la fórmula de la pólvora color naranja. Si el negocio resultaba, la Chelito tendría una espléndida participación.

—*¡Josú! ¡Josú!* Lo que discurre usted no es capaz de discurrirlo *naide*—exclamó, admirada, doña Antonia, después de conocer el audaz proyecto de Brocas.

Se pusieron de acuerdo, y Brocas regresó aquella noche á su hospedaje contento y esperanzado.

Cuando entró en la habitación, el pirotécnico dormía profundamente.

El empresario le dirigió una mirada de desprecio.

—¡Mentecato! — dijo entre dientes. — ¿Qué sería de ti y de tu invento sin mis esfuerzos? Con cuatro pesetas que te dé quedarás espléndidamente pagado. Aquí el verdadero inventor de la pólvora vengo á ser yo, y, sin embargo, es posible que te lleves tú la fama. ¡Esas son las injusticias del mundo!

No habían pasado diez minutos, cuando los sonoros ronquidos de Brocas despertaban al pobre pirotécnico.

—¡El señor Brocas duerme como un bendito! ¡Cómo se conoce que ha debido cenar bien!—pensó el inventor.

Y para distraer el hambre, se puso á soñar despierto en sus ideales de triunfo y de gloria.

* * *

A la mañana siguiente recibió Brocas un volante del ministerio de la Guerra, en el que le decían que lord Kitchener no podía darle audiencia, y que para cualquier asunto que necesitara tratar, se dirigiese al negociado de informaciones del ministerio.

Brocas se puso muy enfurecido por el desaire que le hacían al Conde de Romanones, y murmurando pestes de Inglaterra, cogió un pliego de papel y escribió una carta.

—¿A quién se dirige usted ahora?—preguntó Quejido, consternado.

—No te importa. Escribo á quien puede más que ese animal de ministrillo de la Guerra—contestó Brocas cerrando la carta, que contenía instrucciones para que doña Antonia y su hija comenzasen la campaña.

Quejido no se atrevió á insistir, pero su concepto acerca de la influencia del Conde y de su secretario, era tan alto, que pensaba:

—Es muy capaz el señor Brocas de haber escrito directamente al propio Rey de Inglaterra...

VIII

El triunfo de la Chelito.—Liberalidad de lord Kitchener.—Indiscreciones de doña Antonia.—Brocas, reflexivo.—Inglaterra compra el invento y Brocas realiza un espléndido negocio.—El desastre de la pólvora color naranja y trágico fin de Quejido.

El éxito de la Chelito en sus gestiones cerca de lord Kitchener, no podrá sorprender á nuestros lectores, que ya conocen la escena desarrollada en el gabinete reservado del restaurant de Picadilly.

Dos días después de aquella entrevista espiada por el detective Shwart, doña Antonia entraba una mañana como una tromba en el modesto cuarto de la Hospedería del Zorro Blanco, que ocupaban Brocas y el inventor.

—Hoy mismo sin falta, es preciso que vaya el señor Quejido al ministerio de la Guerra y se ponga de acuerdo para unas pruebas que han de celebrarse mañana en presencia de Kitchener y de otras personas *prencipales.*

Si las pruebas resultan bien, el Gobierno compra el invento y pagará por él más miles de

libras esterlinas que lentejas dan en mi tierra por cinco duros.

Quejido puso los ojos en blanco, y notando que las piernas le flaqueaban, tuvo que buscar apoyo en su camastro.

Brocas, muy nervioso, no cesaba de hacer señas á las señora Antonia, recomendándole mayor discreción.

—¡Miles de libras! Pronto lo dice usted. Así van las libras... Poco de la virgen del puño que son en esta tierra...—dijo Brocas.

—Sí, señor, miles de libras; lo ha prometido Kitchener á mi hija, y advierto á usted que ese inglés tiene palabra de Rey; si vieran los pendientes que le ha regalado á la niña. ¡Está con ellos más monísima mi niña!...

Comprendiendo Brocas que no era conveniente prolongar aquella conversación, llevóse á la señora Antonia fuera de la presencia de su socio, y una vez en la calle la reprochó por su incontinencia de palabra.

—¿No comprende que á un desgraciado como ese Quejido no se le puede hablar en la forma que usted lo hace? Creí que se nos moría de repente allí mismo efecto de la emoción. Además, se le suben los humos á la cabeza y tendrá exigencias, olvidando que hay que descontar muchos gastos, la parte de su hija y lo que yo anticipé. Conviene medir lo que se habla, señora Antonia.

—¡Ay, señor Brocas, qué pillín es usted!

—Soy sencillamente un hombre reflexivo.

—Sí, lo comprendo; pero hay debilidades. ¿Creerá que con eso de hacer pasar á Quejido por hermano de mi niña le voy tomando cariño y casi le considero como si realmente fuese hijo mío?—dijo la señora Antonia.

—Pues reprima usted un poco su amor maternal y cuide de no estropearnos el negocio—contestó Brocas con sequedad.

La madre de la Chelito inclinó la cabeza. De antiguo la señora Antonia sentía por Brocas un respeto rayano casi en la veneración.

Brocas manifestó desde luego su firme voluntad de asistir á las pruebas y tomar una parte activa en las negociaciones con el Gobierno inglés. Ofrecía este deseo algunas dificultades, pues en el ministerio de la Guerra no querían tratar nada más que con el inventor.

El ingenio y la influencia de la Chelito resolvieron este conflicto, presentando á Brocas como tío y protector de Quejido, y, por tanto, hermano carnal de la señora Antonia.

Mucho deprimió el orgullo de Brocas tener que someterse á esta superchería, pues en realidad resultaba humillante para una persona de su condición el hecho de que el papel de tío de la Chelito y hermano de la señora Antonia se cotizara en Londres más alto que llamarse Brocas y ser hombre de la confianza del Conde de Romanones.

Pero el miedo á estropear el negocio pudo más que su orgullo, y aceptó el parentesco momentáneo que le imponían las circunstancias. Así logró

asistir á las pruebas, interviniendo en la negociación para vender la patente.

El ensayo de la pólvora color naranja tuvo un éxito mediano; sin embargo, los técnicos formularon un dictamen favorable, debido algo á la recomendación de Kitchener y al afán de adquirir todos los elementos ofensivos y defensivos que se presentasen. El pánico de Inglaterra facilitaba de un modo extraordinario esta clase de negocios.

Regatearon el precio de la fórmula, rebajando los cien mil duros que pidió en un principio Brocas á cincuenta mil. En cambio, quedaría Quejido en Inglaterra para montar y dirigir una fábrica de su pólvora, contratado con el sueldo de cien libras mensuales.

Al pobre Quejido le dió un síncope de alegría, y hubo de librar una batalla con Brocas, que, además de los 49.000 duros convenidos, exigía una participación en el sueldo, pero Quejido tuvo un rasgo de energía, y Brocas se conformó, al fin, con los 49.000 duros, después de una violenta escena en la que insultó al pirotécnico, llamándole ingrato y desleal.

Su triunfo fué, sin embargo, bien efímero.

Instalada con rapidez vertiginosa la fábrica de la pólvora color naranja, comenzó el inventor sus manipulaciones al frente de un grupo de más de quinientos operarios.

Se trataba de producir grandes cantidades de la nueva pólvora, con objeto de aplicarla á los

proyectiles de artillería gruesa y á las bombas de mano.

Quejido trabajó con un entusiasmo febril. Se habían realizado sus sueños, se consideraba feliz ya, jamás volverían á torturarle los agobios y las miserias.

Pero hay hombres que no nacieron para que la felicidad les acaricie con sus alas, y el ex pirotécnico de Guadalajara era un familiar de la desgracia.

La víspera de percibir la primera mensualidad del sueldo espléndido que le había señalado el Gobierno británico, Quejido en su laboratorio combinaba una fórmula que le permitiese dar á su pólvora mayor fuerza expansiva. Era una mezcla basada en picrita y nitroglicerina.

Tuvo un descuido y se produjo tan espantosa explosión, que hizo retemblar el suelo de Londres.

Voló la fábrica, pereciendo el inventor y casi todos sus ayudantes.

Lord Kitchener, lamentando esta pérdida, dijo, sin embargo, que Inglaterra no debía preocuparse.

La pólvora color naranja no era más que uno de tantos elementos con que contaba el Gobierno inglés para la defensa de sus costas.

—Quedan otros secretos de mayor importancia que se irán conociendo cuando llegue la oportunidad—añadió el ministro.

Brocas, que había cobrado los 49.000 duros

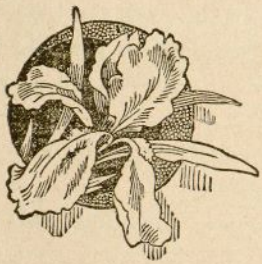
una semana antes de que ocurriese la catástrofe, salió de Londres el mismo día que enterraban los restos del pobre Quejido.

En el vapor en que iba Brocas realizaron también el viaje de regreso á España la Chelito y su madre, doña Antonia.

Cuando zarpaba el barco, las mujeres dedicaron un recuerdo piadoso al infeliz pirotécnico.

Brocas ahogó aquella ráfaga de sentimentalismo con una frase vulgar de hombre fuerte:

—¡Por la vida, se pierde la vida!



IX

Ironías radiotelegráficas.—La indignación del rajá.—Desaliento del pueblo inglés.—Esperanzas del Rey Jorge y de Kitchener.—Llueven secretos.—Don Lucio do Bramante.—Los disparos eléctricos y el desinterés de D. Lucio.

Desde las estaciones radiotelegráficas de Amberes y Dunquerque, los alemanes amargaban la vida del Gobierno y del pueblo inglés con mensajes en los que irónicamente rendían diaria cuenta de los éxitos de las armas germanas, reiterando el consejo de una pronta rendición, como único medio para salvar á Inglaterra de la catástrofe.

Algunos de estos despachos estaban concebidos en términos que exasperaban á Inglaterra.

Cuando la Prensa inglesa ó los comunicados del Almirantazgo habían dado una versión tendenciosa de cualquier suceso, los radiogramas alemanes destruían el efecto por medio de mensajes como el siguiente:

"Es una gran mentira el éxito que os habéis atribuído. En el combate de ayer vuestros solda-

dos corrieron de una manera vergonzosa. Les hicimos infinitas bajas. No quedan apenas ya en Francia restos del Ejército inglés. No engañéis á ese pobre pueblo, que harto ha sufrido la temeridad insensata de sus gobernantes."

O expedían avisos de este tenor:

"Ayer tuvimos la satisfacción de destrozar á una de vuestras divisiones indias. Hemos hecho prisioneros á varios de sus jefes, entre ellos al rajá de Reinag, un hombre inteligente y culto, que no se perdona el haberse dejado engañar por vosotros. Dice que nunca creyó llegase la mala intención inglesa hasta el extremo de hacerles batir á ellos, mientras escatimáis los contingentes de voluntarios, y que la sangre india que se ha derramado en Europa por vuestra culpa, la pagará Inglaterra muy cara.

Tan furioso estaba, que le tuvimos que calmar."

El Gobierno inglés devoró su coraje, realizando esfuerzos titánicos para contener el desaliento de la opinión. Sólo se mostraba tranquilo, seguro y hasta optimista el enigmático lord Kitchener, que había logrado comunicar sus esperanzas al Rey Jorge.

Los ministros recorrían los departamentos pronunciando discursos alentadores, y en las oficinas del ministerio de la Guerra se trabajaba con febril actividad.

A Londres habían llegado aventureros de todos los países ofreciendo fórmulas, más ó menos

extravagantes y descabelladas, que lord Kitchener adquiría, por pequeña que fuese su base científica. El caso de Brocas se repitió varias veces, con grave quebranto del Tesoro de guerra inglés.

La Gran Bretaña parecía uno de esos enfermos desahuciados que se dejan saquear por los curanderos, convencidos de que sólo por un medio maravilloso pueden recuperar la salud y la tranquilidad.

—Si fracasa el secreto de lord Kitchener, estamos irremisiblemente perdidos — pensaba la opinión inglesa.

Y Kitchener, que, como sabrán muy pronto nuestros lectores, tenía en su poder la fórmula de un secreto extraordinario, convencido de la terrible responsabilidad que pesaba sobre sus espaldas, por miedo á un fracaso que había de ser el hundimiento de su patria, procuraba fortalecerse, adquiriendo todo lo que le presentaban.

Entre aquella lluvia de fórmulas, merece una especial mención el llamado secreto portugués.

Lo trajo á Londres D. Lucio do Bramante Portocarreiro Barreita Luenga, profesor de Física y Química del Instituto de Lisboa y gran amigo del jefe de los radicales portugueses, Alfonso Costa.

Su condición de lusitano y el aparato teatral con que se presentó, le valieron un gran éxito en Inglaterra.

El señor do Bramante Portocarreiro, etc., declaró que, siendo Inglaterra aliada de Portugal,

cedería el invento al Gobierno inglés, á título de gracia y sin que le guiara el más pequeño afán de lucro.

Los ingleses se entusiasmaron mucho con tan gentil oferta, y el catedrático luso fué objeto de cariñosas muestras de gratitud, que se convirtieron en frenético entusiasmo cuando una nota oficiosa dijo que se habían verificado las pruebas con gran éxito.

El invento resolvía, en efecto, un gravísimo problema que preocupaba mucho á los aliados: el de hacer innecesario el uso de la pólvora, cuya escasez se notaba, debido á que las fábricas de Francia fueron destruídas, y las de Bélgica se hallaban en poder de los alemanes.

Don Lucio do Bramante había encontrado el medio de aplicar la electricidad á la carga de fusiles y cañones, que disparaban sus proyectiles por medio de pilas eléctricas colocadas en las culatas. El disparo ganaba mucho en rapidez y fuerza destructora.

El profesor de Lisboa explicaba su invento, diciendo que había encontrado la fórmula de hacer al hombre dueño del rayo.

Agradecido el Gobierno inglés, le concedió distinciones jamás otorgadas á un extranjero, le dieron honores de general, un título de *Baronet* y cuanto quiso, que no era poco, á pesar de que había ofrecido el invento gratis.

El profesor lusitano mantenía su promesa de no cobrar nada por la patente, pero pidió que

otorgasen un premio de 10.000 duros á cada uno de sus auxiliares. Accedió el Gobierno inglés, considerando justa la pretensión, y D. Lucio presentó una lista de 17 parientes suyos, diciendo que todos le habían ayudado mucho. Además, exigió que le confiasen la construcción de los millones de pilas eléctricas necesarias, y, según informe que más tarde dieron los técnicos, el desinteresado señor do Bramante ganaba, por lo menos, un real en cada una.

Todo parecía poco, sin embargo, para un hombre que podía sacar de apuros á Inglaterra, y el portugués obtuvo lo que se le antojó, sin que la opinión pública formulara la más pequeña queja.

Unicamente en el Estado Mayor, hubo celos y desacuerdo. Algunos técnicos llegaron á decir que ofrecería grandes dificultades imponer súbitamente al Ejército en campaña el uso de las pilas, con mayor motivo teniendo en cuenta que los contingentes africanos y asiáticos que formaban el grueso de las fuerzas aliadas sentían un horror supersticioso á la electricidad, pero estas observaciones fueron desoídas.

Los pueblos más fríos y flemáticos, cuando sufren grandes crisis, pierden la serenidad y el equilibrio, cayendo en un estado de infantilismo propicio á toda clase de sugestiones. Inglaterra, desconfiada de sí misma, necesitaba creer en el genio del inventor portugués para consolarse de los descalabros militares que había experimentado.

A tal extremo llegó la popularidad de D. Lucio do Bramante, que por consideración á él tuvo la Prensa londinense la delicadeza de ocultar su disgusto ante el gran desastre sufrido en Francia por el refuerzo que los lusitanos habían enviado á la guerra.

Fué tan ruidoso, que de no coincidir con el invento de D. Lucio, Inglaterra hubiera estallado de cólera contra los portugueses.

No era para menos, como apreciará, sin duda, el lector en el capítulo siguiente.

X

La odisea portuguesa.—Despedida emocionante.—Discurso de Arriaga.—Voladura de un transporte.—Mina fatal y torpeza de Machado do Santos.—Un rancho y unos telegramas.—Ultraje al generalísimo portugués.—Mala fe de un indio.—Los portugueses, copados.—El fugitivo de Arcachón.—Arriaga, en las líneas de fuego.—La placa de Chaves.—Irreverencia de unos salvajes.—Perfidia británica.

Triste como el *fado* de un presidiario fué la odisea de los portugueses en Francia.

Los románticos de los tiempos futuros evocarán el recuerdo de la gran catástrofe con análogo sentimiento al que ha inspirado á tantas generaciones la memoria de aquel Rey Don Sebastián que partió de las orillas del Tajo, sediento de gloria y de laureles, para morir lejos de su patria, entre salvajes, que no podían comprender la grandeza de su heroico sacrificio.

Exactamente lo mismo que á Don Sebastián, ocurrió á los millares de bravos lusitanos que, cediendo á los requerimientos de Inglaterra, el

Gobierno de la República había enviado en auxilio de Francia.

Salieron de Lisboa una tarde brumosa y melancólica, siendo su embarque contemplado por una inmensa muchedumbre. Los buques que habían de conducirlos, unos barcos mercantes alemanes, confiscados por el Gobierno portugués, lucían banderas de los países aliados, predominando el pabellón luso, que nunca ondeó al viento tan altivo como en aquel día inolvidable.

Formaban la expedición el activo del Ejército portugués y cuatro reservas, que dieron un contingente de unos 30.000 hombres, entre los que estaba lo más florido de la juventud intelectual republicana, los elementos más selectos de los grandes grupos carbonarios, muchos hijos de diputados, hijos de personalidades eminentes del Gobierno, hijos de varios ex miembros del *provisoiro,* "toda la nobleza ciudadana de la República", como dijo en *O Mundo* Franca Borges.

Los vivas á Portugal y los mueras á los alemanes atronaban el espacio. La multitud excitaba el entusiasmo patriótico de los expedicionarios con gritos alentadores.

Era corriente oir frases como estas:

—*Balanzeiro, non deixes de rapar o mostacho do Kaiser.*

—*¡Eu rapare!*—contestaba el recluta Balanzeiro.

—*Forteisa, non deixes da comunicar noticias.*

—*Eu darálas desde Berlín*—replicaba Forteisa.

Las bandas militares lanzaban al aire los acordes de La Marsellesa y de *A Portugueza.*

Momentos antes de que los barcos zarparan, el viejo presidente Arriaga, en una lancha, fué á despedir á los expedicionarios, y, acercándose á uno de los transportes, pronunció vibrante arenga.

—Vais á luchar contra uno de los pueblos más fuertes del mundo, pero esto no debe importaros lo más mínimo á vosotros, heroicos soldados de Portugal. Cumpliréis una misión grandiosa en la historia de la civilización europea. Vais á salvar á Francia, cuna de la libertad, vais en auxilio de Inglaterra, el firme sostén de nuestra República.

Soldados de Portugal: vuestro Presidente, el Gobierno y el pueblo portugués confían en que volveréis vencedores.

Un ¡hurra! frenético acogió las palabras de Arriaga, y después de una salva de treinta cañonazos, entre los gritos entusiastas de la multitud que agitaba sombreros, gorras y pañuelos, iniciaron los transportes su majestuosa marcha.

No se habría el primero alejado más allá de un tercio de milla de la desembocadura del Tajo, cuando se oyó una tremenda detonación, y la muchedumbre que llenaba los muelles pudo ver cómo entre una columna de humo y un remolino de agua desaparecía el buque sepultado en el mar.

Los demás transportes arrojaron sus lanchas intentando el salvamento de los náufragos, pero

la mar estaba picada, y de más de cinco mil individuos, entre soldados y marinos, únicamente se pudo rescatar á unos doscientos.

Creyó el pueblo indignado que la desgracia se había producido por algún torpedo alemán, y el Gobierno y las autoridades, que se dieron cuenta de la realidad en los primeros momentos, nada hicieron por desvanecer el error.

La causa del siniestro no tenía nada que ver con los alemanes, pero en aquellos momentos habría sido temerario decir la verdad á la multitud.

Se trataba de una mina submarina, la única que poseía Portugal, y que por disposición del Almirantazgo lusitano se había colocado en la desembocadura del Tajo para defender á Lisboa de un ataque del enemigo. Machado do Santos, que corrió con la colocación de aquel artefacto de defensa, lo hizo tan mal, que los prácticos del puerto no sabían á punto fijo el paradero de la mina, y quiso la fatalidad que fuese un transporte portugués cargado de tropas expedicionarias la víctima de aquella medida defensiva.

Para librar á Machado de un estallido de la cólera del pueblo, prefirió el Gobierno que se creyera en un misterioso atentado alemán, y salieron los demás transportes con el resto de las fuerzas, despedidos por los gritos de la gente, que reclamaba pronta venganza.

Más les habría valido á los pobres expedicionarios volver á tierra. Aquella catástrofe que antes de abandonar las costas de Portugal diezma-

ba sus huestes, era un aviso de la Providencia misericordiosa.

El Ejército lusitano desembarcó en Bayona, donde fué recibido con gran júbilo por las autoridades y el pueblo francés, si bien como el tiempo apremiaba, les hicieron salir inmediatamente para las líneas de fuego, no sin antes leerles unos conmovedores mensajes telegráficos de Poincaré, del Rey Jorge, de Arriaga y del jefe radical español Alejandro Lerroux.

El de Poincaré decía:

"Saludo á los valerosos Ejércitos de la libre Portugal, que vienen á reverdecer en tierra francesa los laureles de Aljubarrota."

El de Jorge de Inglaterra estaba concebido en estos términos:

"Os acompaña el cariño del pueblo inglés. Id por la victoria."

El de Arriaga era muy extenso, pero reproduciremos únicamente su párrafo final:

"Acordáos de que sois portugueses."

Lerroux había telegrafiado:

"El partido radical español sigue vuestra epopeya con patriótica envidia y noble afán de emulación."

Terminada la lectura de esos despachos, y después de un rancho extraordinario y de un discurso del prefecto de Bayona, los portugueses partieron para incorporarse al Ejército aliado, que se concentraba en el Loire.

En mitad del camino recibió el generalísimo

luso una orden del generalísimo inglés para que, unidos á dos divisiones de indios y senegaleses, marcharan los lusos hacia el Norte, con objeto de intentar un ataque contra el ala derecha de los alemanes.

Cambiaron de rumbo, dirigiéndose á Clermont, donde se hallaban las fuerzas con que habían de operar. Allí les aguardaba un agravio inmerecido.

Sin respeto á la prosapia y entorchados del generalísimo portugués, comunicaron á las fuerzas expedicionarias lusitanas que habían de colocarse á las órdenes de un brigadier indio que carecía de otro mérito que el de ser más antiguo en la campaña.

Por consideración á Inglaterra, los lusitanos no se sublevaron ante tamaña ofensa, y, soportando la compañía de los negros, de los indios y de sus camellos, llegaron hasta Angulema, donde habían de tener el primer contacto con el enemigo.

El brigadier indio que mandaba los contingentes ordenó que los portugueses emplazaran su artillería en sitios avanzados, mientras él, con fuerzas ligeras, cuidaba de atraer á los alemanes para hostilizarlos por los flancos.

No cabe duda que logró atraerlos. De pronto, las posiciones portuguesas se vieron rodeadas de hulanos, que las ametrallaban horriblemente. A la metralla siguieron espantosas cargas á la bayoneta, que los portugueses procuraban resistir

esperando el auxilio de los indios, que no llegó.

Por fin, dejando el campo sembrado de cadáveres, tuvieron que capitular, cayendo en poder del enemigo generales, jefes, oficiales, banderas y cañones. Del desastre se salvaron únicamente dos ó tres mil, que, llenos de terror, vagaron por los caminos sin rumbo fijo.

Se dió el caso de haber sido recogido en Arcachón un oficial portugués que venía por la carretera con el sable desenvainado pidiendo á la gente que le indicaran el camino más recto para llegar hasta Cascaes.

Había sido tan rápida la tragedia, que hubo portugueses que pasaron de este mundo al otro creyendo que se hallaban bajo los efectos de una penosa pesadilla.

* * *

Conociendo las informaciones de la guerra que sirven los corresponsales y las Agencias aliadas, á nadie sorprenderá que tan horrible derrota fuese presentada por los comunicados oficiales franceses poco menos que como un triunfo.

En uno fechado en Marsella, se decía que los lusitanos, batiéndose con su heroísmo peculiar, contenían al enemigo en Angulema y habían llegado á conseguir ventajas considerables en el ala izquierda y en el centro.

Estas noticias produjeron en Portugal tanto entusiasmo, que hubo fiestas populares, una sesión patriótica del Congreso, en la que se adopta-

ron, entre otros acuerdos, el de crear la "placa de Chaves" como condecoración militar lusitana por méritos de guerra, y que el Presidente Arriaga visitase las líneas de fuego donde luchaban los portugueses para imponer sobre el campo de batalla la preciada recompensa á los que se hubiesen hecho acreedores á tan alta distinción.

Pocos días después, provisto de 20.000 placas, y con un brillante séquito, salió Arriaga para la línea de fuego, bien lejos de imaginar el espantoso descalabro que habían sufrido sus compatriotas.

Al llegar á Francia salió á recibirlo Viviani, que, con algunas precauciones, le comunicó la catástrofe. Fué tan honda la impresión, que el Presidente portugués tuvo un amago de apoplejía.

Haciéndole ver que toda muestra de desfallecimiento podía ser fatal para la causa de los aliados, Viviani y el Gobierno inglés convencieron al pobre señor Arriaga que debía repartir las placas de Chaves entre los portugueses que habían sobrevivido á la matanza de Angulema y los indios que mandaba el brigadier, culpable verdadero del desastre, detalle que cuidaron mucho de ocultar al Presidente lusitano.

Débil de carácter, accedió Arriaga, repartiendo las 20.000 placas en una gran parada que se celebró cerca de Poitiers.

Estas condecoraciones, que eran de metal blanco y muy vistosas, llevaban grabadas las fechas del combate ganado en Chaves el año 1912 con-

tra las fuerzas monárquicas de Paiva Couceiro y la de la batalla de Angulema; pero los indios, salvajes al fin, hicieron tan poco aprecio del glorioso atributo portugués, que más tarde lo usaban á manera de plato para comer sus ranchos.

Inglaterra puso el *inri* al sacrificio lusitano, confesando en una nota que se había enviado á los indios y á los portugueses á Angulema con objeto de distraer á los alemanes, entreteniéndolos para dar tiempo á la concentración del Loire.

"El pequeño fracaso de Angulema—terminaba diciendo la declaración oficiosa—estaba descontado por el Estado Mayor del Ejército aliado, y el movimiento estratégico habría sido aún más beneficioso si los contingentes indios y portugueses hubiesen cumplido la consigna que se les dió de prolongar la resistencia mientras les quedase un solo hombre con fuerzas para sostener el fusil."

XI

Contra la neutralidad española.—El embajador inglés, no sosiega.—Dato, vacila.—Manifestaciones en Madrid.—Aventura picaresca.—Los tresillos de Baüer.—La suerte de Dato y la procacidad de un judío.—Cuestión personal.—Padrinos y tribunal de honor.—Los leales consejeros.—Dato no se bate.—Otra maniobra.—Caillaux en Madrid.

Coincidiendo con estos episodios, ocurrieron en España sucesos interesantes.

La presión del embajador británico para obligar al Gobierno español á que rompiese su neutralidad, se hacía cada vez más viva. Sir Hardinge, cumpliendo instrucciones de su Gobierno, torturaba la existencia del Sr. Dato, exigiendo medidas y actos que habrían supuesto un cambio peligroso en la conducta de la nación española.

Unas veces reclamaba facilidades de tránsito para las fuerzas portuguesas que se dirigían á Francia, otras que se iniciasen persecuciones contra los alemanes residentes en nuestro país y se

otorgase libertad de acción en nuestras aguas á los buques de guerra ingleses, y llegó á pretender que facilitáramos un Ejército de 100.000 hombres, aunque fuese medio desarmado, para enviarlo en socorro de Francia.

Estas gestiones las hacía el embajador cerca del Gobierno buscando apoyo en altas esferas y en los periódicos anglófilos, que acentuaban su campaña con desesperado furor.

Pero los partidarios de la neutralidad y los admiradores de Alemania ganaban terreno, imponiéndose por su número y valía. Los jaimistas no disimulaban su propósito de llegar incluso á la protesta armada en el caso de una ruptura del *statu quo*, y el Gobierno, atento á la paz interior, y por miedo á los peligros que por todas partes amenazaban, resistía con tenacidad casi heroica.

En cambio, Romanones, Lerroux y algún otro personaje, secundados por elementos sueltos, de influencia escasa en la opinión, pero de prestigio en determinadas esferas políticas, hacían de una manera descarada el juego del embajador inglés, dificultando la gestión del Gobierno, con la esperanza de ocasionar su caída y sustituirle para rectificar nuestras orientaciones internacionales.

Surgieron momentos de verdadero peligro, llegando el embajador inglés á presentar una Nota en la que amenazaba con un desembarco en Galicia en el caso de que no adoptásemos

medidas de violencia contra los buques alemanes surtos en los puertos del litoral cantábrico.

Se creyó advertir en Dato alguna vacilación, y toda España redobló sus protestas en favor de la neutralidad, exteriorizando su alarma.

En Madrid hubo manifestaciones y gritos por las calles contra los políticos traidores á la Patria, y tomó tal cariz la actitud del pueblo, que Romanones, para salir de su casa, necesitaba llevar una escolta de polizontes, mientras Lerroux iba y venía de Madrid á Barcelona disfrazado, y durante sus estancias en la corte tenía que permanecer encerrado en su hotel de la calle de O'Donnell.

A tales términos llegó la lucha, que se hablaba de que al señor Dato le habían preparado una celada entre una dama de la aristocracia y el embajador inglés, suceso que la imaginación popular adornaba con picarescos detalles.

Los amigos del presidente desmintieron el episodio, pero, en cambio, nadie negaba que fuese cierta una escena desarrollada en casa del banquero Baüer, amigo íntimo del Sr. Dato.

Parece que don Eduardo jugaba su habitual partida de tresillo con otros tertulianos de la casa, entre los que figuraba un acaudalado israelita británico. El señor Dato, gran tresillista, hizo aquella tarde honor á su fama, realizando jugadas afortunadísimas.

El judío británico, que llevaba perdida una regular cantidad, se permitió juicios un poco

fuertes acerca de la manera de jugar del jefe del Gobieron español; pero Dato, sin hacerle caso, seguía dando *codillos*. Hombre prudente y de claro criterio, don Eduardo comprendió que debía reprimir los nervios, ya que, por lo visto, el israelita, que era joven y de aspecto hercúleo, buscaba una cuestión.

Una nueva jugada que puso de relieve la suerte y habilidad del señor Dato, desbordó la impertinencia y grosería del judío, que se atrevió á preguntarle si tenía la costumbre de guardarse alguna carta entre las mangas de la levita.

El señor Dato, al oir esto, después de recoger sus ganancias, abandonó la casa del señor Baüer, diciendo al marcharse que lo hacía para no tener que castigar las insolencias del semita.

No habían pasado dos horas, cuando recibió el presidente la visita del Duque de Tovar y de don Angel Pulido, que reclamaban, en nombre del judío, una reparación en el terreno de las armas.

Contestó Dato que su posición política le impedía batirse, y menos con una persona casi desconocida para él; pero Tovar y Pulido insistieron en que el judío era hombre honorabilísimo, de gran reputación en Londres, circunstancia que le capacitaba perfectamente para medir sus armas con el jefe del Gobierno español.

Dato encastillóse diciendo que le obligaban, en último término, á rechazar el duelo, razones de patriotismo, ya que, para batirse, tenía que

dimitir la presidencia del Consejo en momentos en que su concurso era indispensable á la Patria.

—Esto no es razón. Ante un caso de honor se dimiten todos los cargos—contestaron los implacables padrinos del judío.

Tanta insistencia hizo comprender al señor Dato que, más que de una cuestión personal, se trataba de un ardid político fraguado por los enemigos de la neutralidad para desembarazarse de su persona, y se aferró más á la negativa.

Los padrinos del judío le amenazaron con la formación de un Tribunal de honor unilateral, que se constituyó bajo la presidencia del ex ministro Luque, y del que formaban parte Romanones, Villanueva y el general Auñón.

El fallo fué terminante, declarando el Tribunal que Dato debía optar entre batirse ó correr el riesgo de una descalificación.

Hombre débil de carácter y esclavo de ciertas preocupaciones, Dato pasó días muy amargos. Los correligionarios y personas de su intimidad á quienes consultó, no le aconsejaban todos tan lealmente como don Eduardo tenía derecho á esperar. La Cierva, González Besada y Sánchez Toca opinaban que debía batirse. Hasta Sánchez Guerra se atrevió á decirle que él era partidario de sacrificar la posición política á los compromisos caballerescos.

Pero Dato tuvo un arranque de gallarda energía que sorprendió á cuantos habían conocido

á fondo su vida de flaquezas, y puso término al asunto amenazando con llevar al Juzgado al judío, á sus padrinos y al Tribunal de honor.

Así fracasó aquella maniobra, que pudo tener consecuencias muy desagradables para el señor Dato, pues luego se supo que el judío procaz y retador era un famoso campeón de esgrima, premiado en varios concursos, y que había venido de Londres con el propósito deliberado de ocasionar un serio perjuicio físico al jefe del Gobierno español.

Los manejos contra la neutralidad no cejaron, á pesar de este fracaso, y poco después de haberse malogrado la diabólica estratagema del judío duelista, llegaba á España una misión secreta de los Gobiernos aliados, y, según se dijo en círculos, corrillos y tertulias, con muy abundante provisión de dinero, un nuevo agente, cuyo viaje despertó gran curiosidad. El emisario era M. Caillaux.

XII

La insaciable Inglaterra. — Egipto, sublevado. — Guerra santa.—Pidiendo refuerzos.—Nuevo ejército portugués.—A probar el nuevo invento.—El general Carlomagno das Vendimias.—Tentativa del Rey Jorge para conocer el secreto de Kitchener.—Una corazonada del ministro.

Los portugueses no escarmentaban, á pesar del horrible fracaso que habían sufrido. Antes de que la opinión lusitana tuviese tiempo de darse cuenta exacta de la magnitud de la hecatombe, Inglaterra exigió de Portugal un nuevo sacrificio.

La sublevación del Egipto adquiría proporciones aterradoras. Los contingentes ingleses allí destacados habían sido aniquilados por las fuerzas nacionalistas. El antiguo Kedive, desde Constantinopla, y con el auxilio de dinero y armamento que facilitaban alemanes y turcos, dirigía la campaña, que se convirtió en furiosa guerra de independencia.

La rebeldía contra los ingleses se había extendido por todo el mundo musulmán, que, fanati-

zado, desplegó al viento los estandartes verdes del Profeta, tantos siglos enfundados.

El grito santo de ¡muera la opresión inglesa!, hizo estremecer de patriotismo á pueblos y razas que parecían haberse resignado para siempre á sufrir el yugo británico.

Inglaterra no podía enviar nuevos refuerzos que sirvieran de dique al impetuoso desbordamiento. Dos divisiones de voluntarios cosmopolitas que partieron de Gibraltar, habían sido barridas cerca de El Cairo, y los últimos restos del Ejército inglés corrían en desenfrenada fuga hacia el desierto de Libia.

Ante aquel apuro, Inglaterra exigió de Portugal que armase un nuevo Ejército para enviarlo á Egipto.

Los portugueses alegaban su extenuación, pero la Gran Bretaña insistió en Notas muy apremiantes, haciendo ver á Portugal que perdería el afecto y la protección inglesa si no realizaba este nuevo y definitivo esfuerzo.

—Hicimos ya bastante más de lo que buenamente podíamos hacer—contestaba el Presidente Arriaga.

—¿Qué importa el pasado? Inglaterra no se preocupa de ayer para mirar únicamente el porvenir. Vuestra conducta decidirá la suerte de Portugal—replicó el embajador inglés.

Los portugueses, llenos de pánico, transigieron, organizando á toda prisa un Ejército expedicionario que, mal vestido y peor armado, sa-

lió para Gibraltar, embarcando con rumbo á Egipto.

Formaban la expedición unos doce mil hombres, últimos restos de la juventud portuguesa, y los mandaba el más valeroso de los generales portugueses, el señor Carlomagno das Vendimias, llamado por la Prensa portuguesa el Atila de la República, desde que derrotó en Tras os Montes á los conspiradores monárquicos que mandaba Camacho.

Das Vendimias fué provisto en Gibraltar de los medios necesarios para que su Ejército usara en Egipto por primera vez el invento de su compatriota don Lucio do Bramante. Siempre refinada en sus egoísmos, la Gran Bretaña quería que fuesen tropas portuguesas las que realizaran la experiencia.

Esta circunstancia, y el genio y valor probado del general Vendimias, hicieron cifrar muchas esperanzas en el éxito de la expedición.

Kitchener, pendiente del resultado del invento, había ordenado á Vendimias que por todos los medios le comunicara los frutos del ensayo, y con objeto de dirigir mejor su aplicación, fué agregado al Ejército expedicionario portugués don Lucio do Bramante.

El mismo día en que partía la expedición lusitana, el Rey Jorge llamó á Kitchener.

La salud del Monarca británico se había quebrantado mucho por efecto de los disgustos y emociones que sufría constantemente. Le aqueja-

ban frecuentes crisis nerviosas, y su estado inspiraba serias inquietudes.

Kitchener fué invitado por el Rey á exponer con entera franqueza su criterio respecto á la situación. Como de costumbre, se mostró optimista, insistiendo en que contaba con recursos extraordinarios.

—¿Pero para cuándo los reserva usted?—preguntó con angustia el Rey.

—Espero el último instante. Se trata de recursos tan poderosos y decisivos, que por su misma energía no es posible usarlos extemporáneamente.

—¿Y si fracasan, como fracasó la pólvora del inventor español, y como estoy temiendo que fracasen las pilas eléctricas del portugués?—objetó el Rey.

—No tema Vuestra Majestad. La eficacia del recurso de que dispongo ha sido bien probada. Mi retardo en utilizarlo responde precisamente á la ciega confianza que en él tengo cifrada. Sé que aniquilaremos al enemigo, pero ha de ser á costa de un sacrificio tremendo, que nos costará muchas vidas y estragos enormes. Además, necesito para el mejor coronamiento de mi plan que la escuadra germana esté muy cerca de nuestras costas y que todo el grueso del Ejército enemigo, con el Kaiser y su Gran Estado Mayor, se hayan concentrado en territorio francés próximo al Canal de la Mancha—dijo Kitchener.

El Rey demostró vivo interés por averiguar en qué consistía el secreto famoso, pero Kitchener

sólo satisfizo muy á medias la regia curiosidad.

Se trataba de un invento que causaría una revolución en el mundo, haciendo imposible ya para siempre las guerras. El inventor se hallaba en Londres al habla con el ministro y dispuesto á llevar á la práctica su formidable concepción apenas el Gobierno inglés se lo mandara.

—Es un recurso—añadió Kitchener—que nos salva, pero que acaba también para siempre con nuestra supremacía mundial. Cuando se conozca, todos los países, por formidables que sean sus Ejércitos y escuadras, quedarán reducidos á la impotencia. Es el triunfo decisivo de la ciencia sobre la fuerza; comprended, señor, mis afanes por aplazar hasta última hora el descubrimiento de mi secreto.

Jorge de Inglaterra se levantó para estrechar las manos de su ministro de la Guerra.

—En vos fío—le dijo, emocionado.

—Me haré digno de vuestra confianza, Sire—contestó el ministro.

Al salir del Palacio Real, lord Kitchener se sintió embargado por hondas cavilaciones.

La independencia y salvación de su patria estaba pendiente de su mano. El propio Rey se lo acababa de confesar.

—En vos fío—le había dicho el Soberano.

Kitchener, al llegar á su casa, sintió como nunca la opresión de la responsabilidad tremenda que pesaba sobre sus espaldas. El ministro, que en el

fondo era un verdadero patriota, experimentaba el aguijoneo insistente de una terrible duda.

—¿Y si yo muriese de pronto, llevándome á la tumba el secreto único que puede salvar á mi país?...—se dijo, sintiendo una gran congoja y hondo afán de adoptar medidas que pusieran al Imperio británico á cubierto de cualquier desgracia que personalmente le pudiese ocurrir á él.

Kitchener, lo hemos dicho en otro capítulo, era un solterón recalcitrante. Su familia estaba reducida á un joven sobrino, muchacho de poco fundamento, que sólo se había distinguido por sus aficiones deportivas y por la soltura con que gastaba los caudales del ministro, su pariente.

Kitchener le llamó á su despacho.

—Mira, Jhon—le dijo con acento solemne;—si yo muriese, quiero que te apresures á entregar en manos del propio Rey un sobre lacrado que guardo en la caja de caudales de mi despacho. Este sobre contiene la fórmula para salvar á Inglaterra.

Al sobrino le brillaron los ojos de orgullo, pensando en el gran papel que su tío le reservaba.

—¿Quién piensa en vuestra muerte?—preguntó frívolamente.

—Hay que prevenirlo todo, mi querido Jhon—contestó su tío.

El sobrino se aprovechó de la oportunidad para pedir á su tío una suma de dinero, y una vez conseguido el empréstito, marchó á sus devaneos, mientras el tío escribía sobre un pliego de

papel, que después guardó en un sobre. Puso al pliego varios lacres, y después de contemplarlo en silencio durante un rato, lo encerró dentro del *cofrefort*.

—Aunque ahora me muriese, mi patria podrá salvarse—murmuró Kitchener.

Y, satisfecho de sí mismo, buscó en el lecho descanso para su cuerpo, extenuado por la fatiga.

Sin duda, lord Kitchener acababa de tener lo que los españoles denominamos una corazonada.

XIII

El gran combate naval.—Las primeras noticias.—El telegrama del sarraceno.—Noticias oficiosas. Lema, desorientado.—Declaraciones de D. Amalio Gimeno.—El despacho de José Luis Torres.—Noticia de origen alemán.—La escuadra inglesa, destruída.—El almirante Jellicoe, prisionero.—Un juicio de Fabián Vidal.—Las fantasías del señor Martínez.—Exito del "A B C" y de "El Correo Español".—Detalles exactos.

En las primeras horas de una tarde de últimos del mes de Mayo, comenzó á circular por el Congreso la noticia de que se había librado en el mar del Norte un choque terrible entre las escuadras de Inglaterra y de Alemania. Se hablaba de docenas de *dreadnoughts* sepultados en el Océano, de radiogramas recogidos por un vapor fondeado en Vigo, de despachos misteriosos en poder de algunas importantes personalidades políticas. Hasta decíase que el doctor Maestre tenía en su poder un telegrama indescifrable de un amigo sarraceno, establecido en Gibraltar, que corroboraba la estupenda nueva. Efectivamente;

á poco se presentaba en el salón de conferencias tan distinguido é indispensable senador, con la cara de las grandes solemnidades. Interrogado al punto, confirmó aquellos rumores. Su amigo Beni-Ben y Ben, de la kabila de Anghera, le había transmitido desde Gibraltar el siguiente despacho:

"Alá Norte infiel, tragado mar. Fuego cielo irresistible. Muertos como estrellas. Ahogados como arenas desierto."

El despacho no sacó á nadie de dudas. Había que averiguar quién era el infiel para el ciudadano de Anghera. Todos deducían la conclusión de que el hiperbolismo está reñido con los partes telegráficos. A poco surgió Rafael Suárez, sirviendo de avanzada á don Daniel López, quien pasó rápidamente al despacho del presidente de la Cámara. Suárez, que se quedó fuera, no sabía nada. Unicamente dijo que el Conde de Romanones estaba muy nervioso. Alguien aseguró que el Gobierno tenía noticias, y que en Estado se estaban descifrando unos despachos. La ansiedad iba en aumento, y llegó al paroxismo cuando los periodistas de Teléfonos vinieron al Congreso. Las Agencias acababan de repartir un telegrama confirmando la batalla. Esta se mostraba indecisa, y tomaban parte en ella más de setenta grandes acorazados. Añadían que á las costas de Holanda habían llegado unos centenares de náufragos alemanes en deplorable estado de locura. Esto hizo sospechar á todos que se trataba de un

desastre alemán. A última hora, uno de esos señores aficionados que se pasan la vida en la Central telefónica, dió visos de realidad á la noticia, con los siguientes detalles: Que, interrogado el Marqués de Lema por los periodistas, confirmó la noticia, añadiendo que el almirante Jellicoe verificó una hábil maniobra para lograr que la flota germana abandonase su refugio de Kiel, con un éxito completo. Alguno preguntó si este éxito completo era de Jellicoe ó de la escuadra alemana, y el ministro sólo acertó á responder con una sonrisa, añadiendo:

—Pormenores no he recibido hasta la fecha otro que el de que frente á Ostende se señalan grandes unidades navales con rumbo desconocido.

Don Amalio Gimeno, que, por su carácter de ex ministro de Marina, era considerado como perito en la materia, formó corro y habló de esta manera:

—Indudablemente, se trata de una gran victoria de la escuadra inglesa. No cabe pensar otra cosa. Ahora lo interesante es saber la extensión del desastre alemán y las pérdidas que le ha costado á Inglaterra su triunfo. Yo me figuro que Jellicoe habrá echado de cebo en las cercanías de Kiel algunos acorazados antiguos, en bastante número, para sostener la primera embestida de los alemanes, y de la resistencia precisa para replegarse unas cuantas millas, con el objeto de apartar de su centro de operaciones á los barcos

del Príncipe Enrique. Entretanto, el grueso de la Armada inglesa, de la que formarían, indudablemente, parte el *Irunduke*, el *Centurion*, el *Bellerophon*, el *Sion* y demás *pre-dreadnoughts* y *dreadnoughts*, se deslizaría á babor de la línea alemana, atacándola por la popa y destrozándola por completo...

En esto apareció Pepe Luis Torres con un telegrama de Algeciras, firmado por un agente electoral suyo, de nacionalidad británica, que decía:

"Derrota completa. Pero, ¡viva Inglaterra!"

Este *pero* no dejó de producir sospechas, mas el optimismo de los admiradores de Jorge V avasallaba toda clase de reparos.

Parecía extraño, de todos modos, que las Agencias inglesas y francesas, y hasta los propios Gobiernos de las mismas naciones, no se apresurasen á confirmar el triunfo de un modo concreto, pues realmente, bien depuradas las noticias, no se sacaba en claro sino que en Londres había una gran emoción, que en Marsella se sucedieron las manifestaciones de entusiasmo, que Poincaré había salido al balcón de su domicilio, y que en Lisboa pasearon en triunfo por las calles al Presidente Arriaga, y nada más...

Ya se disolvían los últimos corros de comentaristas del salón de conferencias, cuando apareció Rafael Carvajal, que con aire sibilítico comunicó un notición formidable, que, según dijo, acababa de recoger en la Embajada alemana.

Era que, según radiogramas del Estado Mayor,

á la altura de Rosyth había sido destruído por completo y en absoluto el poder marítimo de la Gran Bretaña. El despacho añadía los siguientes detalles:

"De nuestros submarinos y dirigibles, es la victoria. Los grandes acorazados están intactos. Nuestras pérdidas, aunque lamentables, son, por la magnitud del triunfo, de muy escasa importancia. Está prisionero el almirante Jellicoe."

Excusamos advertir que el portador de la noticia tuvo que aguantar á pie firme el chaparrón de burlas ingeniosas y carcajadas homéricas con que le obsequiaron todos los ex gobernadores civiles averiados que forman las huestes aliadas.

Una hora después, los periódicos de la noche eran arrebatados de manos de los vendedores; pero la curiosidad de la gente no quedó satisfecha. Nada concreto, nada oficial. Sólo referencias, y en unas titulares de á pulgada, epígrafes por el estilo: *Gran batalla en el mar del Norte.—¿La escuadra alemana, destruída?*

La Correspondencia de España iba más allá. A toda plana, y con la letra mayor de sus cajas, exhibía el siguiente título: *Espantosa derrota de la flota alemana. Corren rumores de que el Kaiser se ha suicidado al saber la noticia.*

Encabezaba la información un desahogo estratégico de Fabián Vidal que, entre otras cosas, decía:

"Era de esperar la catástrofe. En repetidas ocasiones lo habíamos anunciado. Si el alto man-

do alemán hubiese hecho caso de nuestras advertencias, quizás el Imperio del Kaiser no lloraría sobre la ruina de su poderío naval. A la hora en que escribimos estas líneas, nos faltan detalles para juzgar la extensión del desastre, que ha debido ser definitivo, por las impresiones que hasta nosotros van llegando por diversidad de conductos. Al poner el punto final á estas impresiones, recibimos una nota de la Embajada alemana en que se dicen cosas tan fuera de lo natural, que sólo las disculpan la extensión enorme del daño recibido. Generosos con los vencidos, nos abstenemos de publicar la referida nota, que sólo añadiría el ludibrio de las gentes á la desgracia sufrida."

El *Heraldo de Madrid se concretaba,* en sus grandes titulares, al anuncio de la batalla, y en su última hora insertaba la nota de la Embajada de Alemania, sin darle mayor importancia.

Al día siguiente, los periódicos de la mañana descorrieron el velo. *El Imparcial* insertaba un telegrama de Londres que decía lo siguiente:

"El Almirantazgo comunica este despacho:

Cobardemente, ayer, á las once de la mañana, fué agredida por los submarinos alemanes la primera división de *super-dreadnoughts.* Hemos perdido el *Centurion* el *Hercules,* el *Superb,* el *Iron Duke,* el *Malboroch* y algunos otros. En la bahía de Rosyth, también hubo combate, con pérdidas para nosotros. Actuaron los *zeppelines,* favorecidos por la niebla que se levantó á última

hora. El pueblo inglés sabrá recibir con sereni dad la noticia de este contratiempo, en la convicción de que tan grande es el poder de la Gran Bretaña, que gastará hasta su última libra en hundir el militarismo é imperialismo de nuestro enemigo."

El comunicado oficial de Marsella, entregado á las once de la noche, decía:

"En el mar del Norte se ha librado un serio y violento combate naval entre las escuadras de Inglaterra y Alemania. A causa de la niebla no se pudo precisar el resultado definitivo, pero parece que nuestros aliados han conseguido algunas ventajas.

Todos los buques del tipo *Niobe,* hasta el número de 85, no han sufrido desperfecto alguno. Los alemanes han perdido 10 de sus mejores *zeppelines* en la bahía de Rosyth. La situación general, es favorable."

El *A B C* y *El Correo Español* fueron más explícitos. Sus bien montados servicios de corresponsales les proporcionaron un indiscutible triunfo periodístico. Según los telegramas de dichos periódicos, el combate naval había comenzado por un ataque de los submarinos al grueso de la flota británica, á unas 50 millas de la bahía de Rosyth.

Un sumergible alemán logró echar á pique al *super-dreadnought Malboroch,* de 28.000 toneladas, recién salido de los astilleros ingleses. El combate continuó casi en la entrada del citado

fondeadero, donde se hundieron siete unidades más de la escuadra inglesa.

El ataque se reanudó por la noche, dentro de la misma bahía, y en ella fué aniquilada la casi totalidad de las fuerzas navales inglesas, por la acción de los *zeppelines* y de los submarinos. Las grandes unidades de combate de la Marina germana no tomaron parte en la acción. Se calcula en 53 los acorazados perdidos por la Gran Bretaña, además de otras unidades de menor importancia.

La impresión producida por tamaño desastre en el mundo entero, fué enorme. En Londres, á pesar de que el Almirantazgo afirmaba que el contratiempo estaba previsto, y de que los grandes estadistas aseguraban que los recursos de la Gran Bretaña eran inagotables, la opinión comenzó á agitarse y las protestas adquirieron caracteres violentos.

Todo el mundo esperaba con ansiedad un relato minucioso de lo acaecido, pero pasaron dos días sin llegar detalles concretos. Por fin, el *Giornale d'Italia* insertó una crónica del ilustre escritor Berzini, que todos los periódicos de España se apresuraron á copiar. Antes de hacerlo nosotros, hemos de anotar que la catástrofe inglesa produjo en el mundo político español algunas víctimas. El ex gobernador conocido por el *Espía de los paraguayos*, se suicidó en un retrete del Congreso, después de sostener con Soldevilla una violentísima polémica. Dejó escrita

una cuartilla que decía: "No puedo sobrevivir al desastre de la justicia y del derecho." Otro ex gobernador, el Sr. San Martín, se retiró á la vida privada; el general Barrasa se volvió loco, diciendo que él era un biplano, y el diputado Ayuso fué muerto en desafío por el secretario del Congreso, señor Del Moral.

He aquí el relato de Barzini:

"Amaneció un día claro, espléndido, de esos que lucen en invierno como un recuerdo de la primavera, como un presente que el cielo envía á la tierra, entristecida por las nieblas. El sol, rey de los astros, quiso presenciar las catástrofe de la reina de los mares. La mar, serena; el cielo, azul; los horizontes, despejados... El almirante Jellicoe quiso desentumecer á las tripulaciones de sus poderosos navíos, encerrados en Rosyth, y dió orden de que se despejase la entrada de las defensas puestas para evitar cualquier ataque audaz de los submarinos alemanes. A las nueve estaban en presión las máquinas, y media hora después, el *dreadnougth Iron Duke*, que arbolaba la insignia del almirante, franqueaba, soberbio, la salida al mar. Inmediatamente avanzaron, hasta adelantarle una milla en servicio de exploración, los grandes cruceros *Sion*, *Indifatigable*, *Indomitable*, *Inflexible* é *Invencible*. Más tarde fueron apareciendo *Saint Vicent*, el *Superb*, el *Bellerophon*, el *Vanguard*, el *Orion* y el resto, hasta el número de 15. Ya en plena mar, formaron una sola línea. A mayor

distancia seguían el *Nelson*, el *Hindustan*, el *Africa*, el *Glory*, el *César*, el *Majestic*, el *Magnificent* y 16 grandes unidades más, formando como una línea doble de reserva.

A las doce, el almirante, ebrio de soberbia, en presencia del poderío de su patria, ordenó una maniobra que era un reto. Hizo que el *Malboroch*, el *Audacions*, el *King George V*, el *Orion*, el *Bellerophon*, el *Neptune* y el *Hércules*, se destacasen de la primera línea y avanzaran dos millas al frente. La diafanidad del día, la transparencia de la atmósfera y la vigilancia de los hidroplanos que surcaban el aire por todo el horizonte visible, permitían la audacia. Jellicoe, con el objeto de levantar el espíritu de las tripulaciones, mandó que cada barco de los destacados bordase con su estela sobre el mar una de las letras de esta palabra: *England*, como sello de dominio sobre los mares. De esta manera el nombre de Inglaterra quedaba escrito en las olas como marca de esclavitud. Forzaron la máquina los navíos, y en un perímetro extensísimo se comenzaron á mover los grandes buques...

Los hurras atronaban el espacio... De repente se da la señal de alarma... A una distancia de 800 metros, el vigía del *Neptune* acababa de descubrir el periscopio de un submarino, y no pasaron dos minutos sin que un trueno espantoso conmoviese la placidez de los mares. La artillería de los barcos británicos disparaba sobre el insignificante enemigo... De repente, una colum-

na de agua se alza al costado del *Malboroch*, y éste, poco á poco, se tumba sobre su costado de babor, hasta desaparecer bajo las aguas. El desorden reinó en los primeros momentos, pero atento Jellicoe á las órdenes dadas por el Almirantazgo á raíz de la pérdida del *Aboukir* y de los otros dos cruceros, ordenó que ningún acorazado se acercase á salvar la tripulación del buque perdido, mandando que toda la escuadra virase en redondo y fuese en demanda del refugio de Rosyth, y que quedasen para perseguir á los audaces submarinos las fuerzas sutiles que acompañaban á los grandes navíos. Así se hizo, y la escuadra, con rumbo á la bahía de Rosyth, pronto desapareció en el horizonte... Pero al franquear la entrada el *Inflexible*, se hundió rápidamente. Igual suerte corrió el *Bellerophon*, y más tarde el *Centurion* y hasta ocho grandes unidades... ¿Qué había pasado? Los alemanes, suponiendo que después del primer ataque en alta mar, los barcos ingleses, siguiendo las órdenes del Almirantazgo, volverían á la bahía de Rosyth, les esperaron á su entrada...

El espanto, el pánico, la confusión que se produjo no es para descrita. Eran ya las seis de la tarde, y comenzó á levantarse una niebla tan densa como claro había sido el día. Sin embargo, el grueso, la totalidad de la escuadra pudo ganar el fondeadero... Pero no repuestos aún de la impresión recibida, á las nueve de la noche comenzaron á caer sobre los barcos anclados una

nube de proyectiles... Eran diez *zeppelines* que arrojaban toneladas de explosivos. El desastre fué completo; las escenas, horribles. Los buques chocaban los unos contra los otros, y ninguno se atrevía á forzar la salida, por temor á perecer por la acción de los torpedos de una nube de destroyers, submarinos y torpederos alemanes que cerraban la embocadura. Llevaron éstos á tanto su audacia, que, pereciendo algunos en la empresa, lograron penetrar en la bahía, rematando lo que aún á flote quedaba. El almirante Jellicoe fué recogido á bordo de un destroyer alemán.

El siguiente fué otro día claro y espléndido como el anterior. El sol quiso presenciar el campo de la lucha y pudo ver á la escuadra imperial abandonar su refugio de Kiel y recorrer como señora aquellos mares.

Parecía que la proa de los navíos del Príncipe Enrique de Prusia iban dibujando, sobre las mismas aguas que trató de sellar Jellicoe con el nombre de Inglaterra, esta leyenda: *Finis Britaniae.*"

XIV

Los portugueses, en Egipto.—Víctimas del destino. Un telegrama conmovedor.—Arenga vibrante.—La batalla de las Pirámides.—El invento de don Lucio. — Un ejército electrocutado. — Pirámide destruída.—La capitulación.—Das Vendimias, en una jaula.

Las desgracias nunca vienen solas. A la catástrofe naval de la Gran Bretaña siguió la horrible derrota de los portugueses en Egipto.

Había llegado la hora de que Inglaterra expiase sus perfidias, y á ninguna fuerza humana era dable contener el avance triunfal y arrollador del Destino justiciero.

Raza de bravos hombres, que jamás conocieron el miedo, es la raza lusitana, pero su valor había de estrellarse contra los fallos inapelables de la fatalidad, que decretaron la ruina de Inglaterra.

La fuerza de Portugal, con ser mucha, no era posible que variase los designios del destino; los portugueses, al interponerse entre la cólera del Cielo y los británicos, fueron reducidos á polvo.

No hay en ello mengua para el honor de las armas lusitanas, que antes de ser abatidas escribieron una página heroica que fué asombro del mundo.

Lo que le pasó al general Carlomagno das Vendimias, el Atila portugués, habría sucedido, igualmente, al auténtico Atila, su maestro; á Carlomagno, su tocayo; á Jerjes, á César, á Napoleón y á nuestro invicto general Weyler. Ni aun disponiendo de pilas eléctricas para sus cañones y fusiles, pueden los hombres, por heroicos que sean, luchar contra la fatalidad.

Das Vendimias concretó admirablemente las causas de su derrota en el despacho enviado á su Gobierno, al entrar en El Cairo, prisionero de los nacionalistas egipcios.

"Venzudos y escachifollados, nao per falta de bravura. Mal sino angleises ha poudido mais que heroímo as portugueses.—*Carlomagno das Vendimias.*"

Referiremos la breve historia de la espantosa derrota lusitana:

Das Vendimias había combinado un plan estratégico lleno de audacia, contando desde luego con el invento de su compatriota Lucio do Bramante.

Los portugueses tendrían como principal objetivo la toma de El Cairo. No importaba la superioridad del enemigo. Para un Ejército que cree disponer del rayo, no hay enemigo temible.

La expedición portuguesa, engrosada con los

restos del batido Ejército inglés, se concentró en los alrededores de las Pirámides.

El generalísimo Das Vendimias dispuso que la Infantería lusitana, provista de fusiles eléctricos y formando un semicírculo, esperase los ataques del enemigo.

A retaguardia se colocaron las baterías de Artillería para completar el exterminio del Ejército egipcio una vez éste, aturdido y maltrecho, iniciase la retirada.

El propio Bramante dirigió la operación de adaptar á los fusiles la maquinaria eléctrica que tan formidables efectos había de producir.

Antes de que rompieran el fuego los egipcios, Das Vendimias pasó revista á sus fuerzas, pronunciando una vibrante arenga:

"Un ilustre colega mío, Bonaparte, decía en este mismo sitio á su Ejército, antes de una memorable batalla: Soldados de Francia, cuarenta siglos os contemplan. Yo, imitándole, os digo: Soldados de Portugal, os contemplan más de cuarenta siglos, y el mundo entero está pendiente de vuestro valor."

Los lusitanos prorrumpieron en gritos de fanático entusiasmo.

En aquel instante iniciaban el ataque los egipcios, y el general portugués dispuso que, avanzando en orden de batalla, la Infantería disparase sus fusiles eléctricos.

Nadie mejor que el redactor de *O Mundo*, que formaba parte de la expedición como correspon-

sal de guerra, puede describirnos lo que sucedió entonces.

Reproduciremos su relato para que nunca se nos pueda tachar de parciales.

"Fou espantouso. Resonou estrepitoisa detonacao, temblou a terra a nosas plantas e lo celo sobre nosas cabecas. Os valentes soldados facían horribles brincadeiras, como si con as maos quixeran llegar as nubes. Desprendéronse das mortíferas armas, que solas continuaban o fogo. As brincadeiras dos regimientos enteiros durou mais de dos horas. Fou espantouso."

En efecto; el invento de don Lucio tuvo un resultado trágico. A las primeras descargas, los fusiles se dispararon por la culata, electrocutando á toda la Infantería fusilera.

Hubo soldados que saltaron á 10 y 15 metros de altura, retorciéndose en convulsiones epilépticas. Algunos, al caer, se clavaban en sus propias bayonetas.

Explicando los portugueses tan horrendo fracaso, decían que había sido la causa del desastre un exceso de teoría. La fórmula resultaba exacta, las pilas disparaban demasiado bien, tanto, que superaron en un 500 por 100 los cálculos del inventor.

En la Artillería, la reforma de do Bramante obtuvo también resultados muy desiguales. No llegaron á dispararse los cañones por la culata, pero no hubo manera de apuntar con ellos debidamente, y la trepidación fué tan enorme, que

muchas de las piezas dieron casi una vuelta en redondo sobre sus cureñas, descargando los proyectiles contra los artilleros que las gobernaban.

Una de esas baterías locas, redujo á escombros una Pirámide, destrozando aquella obra que había resistido las injurias y los embates de los siglos.

Las momias venerables de Sesostris, Ransés y de varios de sus hijos, fueron deshechas dentro de sus tumbas por la metralla portuguesa.

Por cierto que esta catástrofe arqueológica ocasionó polémicas muy apasionadas, pues la Prensa inglesa la imputó á los jefes alemanes que mandaban algunas de las fuerzas egipcias.

Catedráticos italianos y franceses publicaron una enérgica protesta: "Enemigos de la vieja civilización, después de haber destruído las joyas del arte gótico, desahogan su barbarie contra las riquezas que nos legaron las más antiguas razas."

"La Humanidad está de luto. El furor teutón no ha respetado ni las tumbas de los gloriosos Monarcas del Egipto—dijo *Morning Post.*"

Y en Londres hubo manifestaciones y llantos académicos por el ultraje de que acababan de ser víctimas las momias egipcias, y en Madrid se celebró una velada en el Ateneo, y un mitin en el Círculo reformista, dedicado á enaltecer la memoria de Sesostris y Ransés.

La campaña cesó como por encanto cuando, por propia confesión de los portugueses, se supo que habían sido ellos los culpables del desastre.

Desmoralizadas las fuerzas lusitanas por el fracaso del armamento, que las dejó reducidas á la más mínima expresión, resultó fácil á los egipcios realizar un movimiento envolvente.

El general Das Vendimias no tuvo más remedio que capitular sín condiciones. Fué una escena de gran vigor dramático la de la entrega de su espada.

Don Carlomagno se mordía los puños de rabia viendo que tenía que rendirse sin haber apenas luchado.

A don Lucio do Bramante quiso la Providencia librarle de pasar por este trance de amargura. El pobre había perecido víctima de su propio invento.

Los egipcios, implacables con el vencido, condujeron á Das Vendimias á El Cairo, encerrado en una jaula, para ser exhibido en las plazas públicas, con un rótulo que decía: "He aquí el Atila portugués."

XV

La campaña de Caillaux.—Enemigo temible.—Un comité francófilo.—Agasajos á Caillaux.—Jira intelectual.—Las lágrimas de "Colombine".—Bromita trágica.—El artículo de Mataix.—Un atentado.—El retrato de Canalejas.—Caillaux, aburrido, se marcha.—El postrer desengaño de "Colombine".

Dejemos al pobre generalísimo portugués llorando su desgracia dentro de la jaula, y á los egipcios saboreando la satisfacción de su fácil triunfo, para trasladarnos de nuevo á España, donde ocurrían acontecimientos que interesarán, de fijo, la curiosidad del lector.

Caillaux, investido de amplios poderes como agente oficioso del Gobierno de su país, había llegado á Madrid con objeto de realizar un esfuerzo decisivo á fin de obligarnos á romper la neutralidad. Hábil diplomático, gran conocedor del corazón humano, y disponiendo de dinero sin tasa, Caillaux era un enemigo temible.

La Prensa del *trust* preparó el viaje de Cai-

llaux, haciendo un gran reclamo al famoso político, y por iniciativa de Tomás Romero constituyóse un Comité, que no había de tener otra misión que la de agasajar al emisario de Francia.

Formaban parte de este organismo Lerroux, Pérez Caballero, un republicano conjuncionista y algunas de estas personalidades que tanto abundan en Madrid, siempre dispuestas á ejercer cargos que lleven aparejado cierto estrépito gacetilleresco.

Caillaux fué obsequiado, claro está que á sus expensas, con un banquete en el Hotel Palace y una jira intelectual á Aranjuez, en la que Gómez de la Serna, el doctor Gay y la imprescindible *Colombine*, leyeron inspiradas composiciones dedicadas á llorar los daños sufridos por las ciudades francesas que habían caído en poder del invasor.

Colombine, vestida de riguroso luto, y con la cabellera suelta como una sacerdotisa romana, dió una nota teatral sumamente conmovedora, y produjo gran emoción al relatar la ya conocida historia de los atropellos de que había sido víctima en Hamburgo, cuando los alemanes la tomaron por un cosaco disfrazado de mujer.

Después habló de las torturas que producía en su alma, eternamente tierna, el espectáculo triste de Lovaina abatida.

El fuego de sus palabras arrancó lágrimas á los intelectuales, y Caillaux, impresionado, estrechó entre sus brazos á la literata española, mien-

tras el señor Gómez de la Serna lanzaba vítores desaforados á la solidaridad latina.

Desde la excursión á Aranjuez, *Colombine* fué compañera inseparable de Caillaux, tomando parte en los diversos actos de propaganda francófila que se organizaron.

Este detalle, y los artículos exaltados en favor de nuestra intervención, que publicaba en el *Heraldo*, motivaron una broma de *El Mentidero*, que pudo tener consecuencias muy trágicas.

Dijo este periódico satírico, que en ciertos centros literarios y pedagógicos se aseguraba que la influencia del sol de España había motivado un estallido pasional en el alma de M. Caillaux, siendo muy posible que la campaña de propaganda del ex ministro francés acabase con una demanda de divorcio y su matrimonio por amor, con cierta española exaltadamente francófila.

"Lo único que falta es que algún acto heroico de la nueva señora de sus pensamientos desaloje del corazón del político francés el recuerdo de otra mujer que por cariño hacia este hombre extraordinario llegó hasta el crimen"—decía *El Mentidero*.

Almas tan complejas como la de *Colombine*, no son fáciles de sondear. Sin embargo, es muy posible que la nota irónica de *El Mentidero* sugestionase profundamente á la distinguida escritora.

Colombine redobló sus asiduidades cerca del ex ministro, y en una crónica que publicó en el

Nuevo Mundo haciendo la semblanza de Caillaux, decía en términos apasionados que después de Leopardi, al que sólo conoció por sus obras literarias, ningún otro hombre le había producido una emoción tan intensa.

Por aquellos días, *El Mundo,* que al llegar Caillaux á Madrid se había mostrado benévolo con la campaña del político francés, en un artículo firmado por Santiago Mataix, dió una nota estridente y personalísima, refiriendo, en términos de gran violencia, que Caillaux sobornaba Prensa y hombres públicos á fin de precipitarnos á una temeraria intervención en favor de los países aliados.

Mataix recordaba el suceso de *Le Figaro,* de París, y decía que la sombra ensangrentada de Calmette venía persiguiendo al antiguo ministro de la República.

Amenazaba también con publicar unos papeles que eran, á su juicio, palpable demostración del cohecho realizado por Caillaux á costa de la sangre del pueblo español.

La noche del día en que apareció aquel artículo, Mataix tomaba tranquilamente sus aperitivos, cuando el ordenanza le dijo que una dama semitapada deseaba verle.

Mataix ha sido siempre valeroso y galante. Preguntó al ordenanza detalles acerca del aspecto de la dama, y bebiéndose una nueva copa de cocktail, ordenó:

—Haz pasar á esa señora, y cierra la puerta.

La dama entró en la dirección, y al quedar sola con Mataix, levantó el velo que le cubría la cara.

Mataix no pudo contener un gesto de sorpresa.

—¿Usted aquí, *Colombine?*

—Sí, yo soy...

—¿Tomará un cocktail conmigo?...—insinuó, amable, Mataix.

Colombine, que daba muestras de gran agitación, retrocedió unos pasos.

—Mataix, no estoy en este momento para bebidas ni bromas de ninguna clase—dijo, algo trémula.

Y añadió con dramático ademán:

—Vengo para que me dé usted inmediatamente esos papeles que, según dice, comprometen á mi Pepe...

Mataix quedó un poco perplejo.

—¿Su Pepe? Ante todo, necesito saber quién es su Pepe.

Colombine hizo un esfuerzo para serenarse.

—Me refiero á esos papeles referentes á Caillaux.

—Hablaremos del asunto—contestó Mataix, ofreciéndole asiento en un sofá.

No lograron entenderse.

—Quiero esos papeles—gritaba *Colombine,* fuera de sí.

Mataix, temiendo una agresión, se refugió detrás de la mesa-despacho.

Colombine avanzaba resuelta. Sus ojos brilla-

ban vengadores, como debieron brillar los de Judith en la tienda de Holofernes.

Cuando estuvo á tres pasos de Mataix, sacando rápidamente la mano derecha de un gran bolso de seda, apuntó al propietario de *El Mundo* con un enorme pistolón.

Mataix, al ver el arma, lanzó un grito estridente, casi al mismo tiempo que resonaban dos detonaciones.

Los redactores y ordenanzas del periódico, que acudieron en socorro de su jefe, vieron, al disiparse el humo de los disparos, que Mataix se había desplomado sobre un sillón.

—Esta mujer acaba de asesinarme—dijo el insigne periodista.

Pero le reconocieron y se advirtió que Mataix se hallaba ileso, mientras *Colombine* se retorcía en el suelo presa de un síncope nervioso.

Las dos balas del pistolón se habían incrustado en un retrato de Canalejas que adorna el despacho de Mataix.

Estaba escrito que, hasta después de muerto, había de perjudicarle al inolvidable D. José su amistad con Santiago Mataix.

Colombine fué conducida á la Jefatura de Policía, donde tuvieron que habilitarle una cama, pues sufría intensos ataques nerviosos.

Allí la visitó M. Caillaux, interesándose mucho por su salud.

Los periódicos de Madrid y provincias publicaron extensas informaciones del suceso, y en

vista del escándalo que se produjo, Caillaux abandonó Madrid, dando por terminada su campaña contra la neutralidad española.

Se dijo que había logrado parte del objeto de su viaje, pues dejaba entablada una estrecha relación con determinados elementos de la extrema izquierda.

Caillaux se marchó de España sin despedirse de la mujer que, por su culpa, no había reparado en llegar hasta el asesinato.

Pocos días después dijeron los periódicos que había sido visto en Biarritz con su esposa, y que, preguntado por un corresponsal acerca de los rumores de su probable divorcio, contestó negándolos terminantemente y diciendo que jamás había existido entre *Colombine* y él otra relación que la de una fraternal amistad, fundada en una estrechísima coincidencia de ideas.

Colombine lloró aquel desengaño, y cuando los Tribunales la absolvieron en la causa que se le seguía por el frustrado homicidio de Mataix, hizo voto de consagrar el resto de sus días á las prácticas de beneficencia.

Las circunstancias le depararon muy pronto una ocasión para demostrar la sinceridad y firmeza de sus propósitos.

XVI

Recluta en Barcelona.—Una legión española.—Campaña belicosa.—Los cosacos del Paralelo.—Voluntarios de buena fe.—Enfermedad de Lerroux. Emiliano, caudillo de los legionarios.—La concentración de Bourgmadame.—Marcha penosa.—El fuego de Portus.—Una mixtificación.—Recompensas y telegramas.

Los frutos del acuerdo entre Caillaux y determinados políticos españoles de la extrema izquierda, no tardaron en salir á la superficie.

Pronto se supo que el ex ministro francés había dejado situada en España una suma considerable para organizar una recluta.

Se dijo también que la leva se realizaba en Barcelona, bajo la dirección de Lerroux.

El compromiso era formar una legión de republicanos y francófilos que, en un plazo lo más breve posible, hiciese su entrada en Francia por la frontera de Puigcerdá.

Para evitar que el Gobierno español opusiese dificultades, los legionarios no recogerían sus

equipos y armamento hasta llegar á Bourgmadame. Sin embargo, en las Plazas de Toros de Barcelona y en los locales de la Casa del Pueblo, se les instruía militarmente y hacían prácticas y ejercicios con palos y cañas, actuando de instructores tres militares retirados, de ideas republicanas.

La recluta no era muy selecta, pues admitieron á todo el que se presentaba, mientras pasase de los diez y seis años, y no excediera de los cincuenta. Según se susurró, el contrato con Francia se hizo sobre la base de un premio por cada individuo alistado, y á los organizadores lo que les interesaba era que los inscriptos sumasen una buena cifra.

Incluso fueron admitidas gentes que tenían defectos físicos, y en la legión había tuertos, cojos y algún manco.

Se les prometían dos pesetas de soldada, calzado, buena comida, dos litros de vino y un cuartillo de aguardiente por día.

En una semana se alistaron cerca de cinco mil individuos de diversas provincias de España. La gran masa de aventureros que pulula por Barcelona, contribuyó mucho á nutrir las filas de la legión.

La Prensa lerrouxista realizó una campaña muy activa. *El Progreso* y *El Radical* diariamente publicaban vibrantes arengas excitando á los ciudadanos de ideas liberales para que se alistasen en el Ejército expedicionario.

Violeta escribió un himno para la legión, que, puesto en música por Calleja, se cantaba con entusiasmo en los Casinos republicanos.

Las dos primeras estrofas enloquecieron á los francófilos, á pesar de que no eran un modelo de métrica ni de originalidad.

¡Hurra, cosacos del Paralelo!
Germania os brinda espléndido botín.

... ...

Sin duda, el mayor empeño de la Prensa lerrouxista fué convencer á los voluntarios de que tendrían, aparte las dos pesetas, las botas, el suculento rancho, el vino y el aguardiente, un brillante porvenir con los saqueos que podrían realizar apenas entrasen en Alemania.

Los periódicos publicaban artículos, algunos de Lerroux, refiriendo los encantos de la vida de campaña y recordando el legendario tipo del aventurero español, que guerreaba por oficio, conquistando riquezas y placeres con la punta de su espada.

El entusiasmo belicoso que cundió entre las masas demagogas, lo demuestra un curioso detalle.

Por aquellos días en un teatro del Paralelo, de Barcelona, se representaba *Don Juan Tenorio*, y cada vez que el actor encargado del papel de Luis Mejía, declamaba los versos aquellos de

Entramos á saco en Gante
el palacio episcopal...

el público de las galerías aplaudía locamente y daba gritos entusiastas de ¡viva Francia!

Poco fuertes en conocimientos geográficos, y creyendo que Gante se hallaba situado en Alemania, se consideraban cada uno de ellos un pequeño D. Luis Mejía, saqueador de palacios episcopales.

Aparte la gentuza sin ideal que se alistó con la esperanza del botín y de la soldada, hubo entre los inscriptos algunos, contadísimos, republicanos de buena fe que creyeron que sus opiniones de toda la vida les obligaban al sacrificio de su sangre para defender la independencia de la nación francesa.

Entre estos pocos figuraban el batallador periodista Miguel Tato Amat, Rosendo Castells, el diputado Albert y el ex diputado Puig Calzada. Hombres entusiastas y soñadores, hicieron, desde luego, renuncia de las pagas que se les ofrecían, declarándose dispuestos á servir al ideal sin esperanza de recompensas materiales.

Su conducta fué premiada por el Comité reclutador dándoles unos nombramientos de capitanes, que más tarde habían de ser ratificados por el Gobierno francés.

A última hora, cuando la legión estaba organizada, Lerroux se puso enfermo. Los médicos que le asistían declararon que se trataba de un desarreglo intestinal que requería unos cuantos días de tratamiento y reposo. Este contratiempo aplazaba indefinidamente la salida de la expedi-

ción, los reclutas mostraban impaciencia y el Gobierno francés apremiaba con sus telegramas.

Uno de los que tenían mayor prisa, era Emiliano Iglesias, deseoso de acabar de una vez con las bromas de las gentes acerca de su falta de valor personal, y resuelto á realizar algo heroico que demostrase su bravura.

Fiel á este propósito, celebró varias conferencias con Lerroux, y acordaron, por fin, que éste publicaría un manifiesto cediéndole, por motivos de salud, el mando provisional, pero dispuesto, desde luego, á incorporarse á la expedición apenas el estado de su dolencia se lo permitiera.

El documento estaba concebido en términos vibrantes. Lerroux, después de ponderar la misión trascendental que los republicanos realizaban, les decía que iban á continuar la historia de España, y que él, imposibilitado de ponerse al frente por efecto de una traidora enfermedad, les acompañaba, sin embargo, en espíritu.

"Envidio vuestra suerte—añadía—porque vais á pelear bajo la bandera más grande y bella que jamás ondeó al viento. Felices vosotros, felices los que caigan en la lucha y puedan legar á sus hijos un apellido glorioso. Nunca imaginaréis la gran pena que me causa no compartir desde los primeros momentos vuestras alegrías y vuestras fatigas."

Iglesias se hizo cargo del mando, y congregó á los legionarios de Bourgmadame para reci-

bir los armamentos y uniformes que Francia les había prometido.

El *Diario Oficial* francés había publicado los nombramientos de los jefes de la expedición. A Emiliano le designaban coronel, y á Zurdo de Olivares, capitán cajero. Para Castells, Tato Amat, Albert y Puig Calzada, sólo aparecían unos nombramientos de simples caporales, á pesar de la promesa que les hicieron al alistarse.

El uniforme de los expedicionarios lo constituían unos chalecos de Bayona con listas rojas, unos pantalones colorados y unos gorros frigios. Los oficiales llevaban las insignias en los gorros.

De jefe sanitario de la expedición iba Rosendo Castells, y á sus órdenes, un Cuerpo de enfermeras de la Cruz Roja, dirigido por *Colombine*.

Emiliano Iglesias, apenas tuvo á su pequeño Ejército armado y equipado, se puso en comunicación con el generalísimo Joffre, y, siguiendo sus instrucciones, inició el movimiento de avance.

No dejó de ofrecer esto serias dificultades. La disciplina de las huestes era muy mediana, y á las dos horas de marcha, los cánticos y gritos de entusiasmo con que la legión hizo su entrada en Francia, se habían convertido en un horrible concierto de lamentaciones y blasfemias.

Los zapatos de los equipos que la Administración militar francesa facilitó en Bourgmadame, procedían de franceses y alemanes muertos en los campos de batalla, y no se ajustaban á los

pies de los voluntarios de la legión emiliana. Un soldado que, por llevar botas pequeñas, no puede caminar bien, resulta el rigor de las desdichas, y si este soldado, además, es bisoño y poco sufrido, no hay medio de aprovecharlo.

Iglesias pasó grandes angustias, y, á pesar de que Joffre le había ordenado ruta distinta, en vista de que algunos desertaban y otros iban quedando rendidos por el camino, se dirigió al pueblo de Portus con objeto de dar descanso á su gente.

Ya de noche, y sin previo aviso, después de un alto para comer, en el que ordenó se repartiese doble ración de aguardiente, con objeto de calmar un poco el disgusto de la tropa, hizo Emiliano su entrada en Portus.

Mientras el Estado Mayor adoptaba medidas respecto á los alojamientos, se oyeron en las calles del pueblo algunos tiros, y á los pocos momentos corrían los expedicionarios de un lado para otro disparando sus fusiles en las tinieblas.

—¡Los alemanes, los alemanes! ¡Ya están aquí! —gritaron millares de voces, aterrorizadas, y el fuego se generalizaba, invadiendo á la legión una ola de pánico que se comunicó á los vecinos del pueblo, que abandonaban sus lechos para disparar también desde ventanas y balcones.

El tiroteo duró hasta el amanecer, hora en que los jefes practicaron un reconocimiento por el pueblo y sus alrededores.

No se vió rastro de alemanes, y todos los heri-

dos y muertos, tanto voluntarios de la legión como vecinos de Portus, lo habían sido por proyectiles de arma corta ó por balas del calibre usado por el Ejército expedicionario.

Seguramente la catástrofe había sido motivada por un movimiento de falsa alarma, cuyos orígenes no fué posible averiguar.

Las bajas ascendían á más de trescientas, y entre los muertos figuraba el ex diputado Puig Calzada, que, al intentar contener el desorden de la tropa, fué alcanzado por una bala. El valeroso caporal Puig oprimía entre sus manos rígidas la bandera tricolor de los legionarios, una bandera bordada por las damas rojas de Barcelona, que el abanderado abandonó al producirse la espantosa confusión.

Emiliano Iglesias y su Estado Mayor acordaron que debía ocultarse al Gobierno francés la causa del siniestro, inventando una versión más honrosa para el honor de los legionarios.

Dieron un parte oficial diciendo que al llegar á Portus les habían atacado fuerzas alemanas infinitamente superiores en número, y que después de varias horas de fuego, habían conseguido ahuyentarlas.

El Gobierno francés fingió creerlo, aun cuando no tenía noticia de que los alemanes hubieran avanzado tanto. No sería extraño, sin embargo, que lo hubiese creído sinceramente, ya que, tratándose de hazañas germanas, nada parecía imposible á los atribulados franceses.

La contestación del Gobierno fué muy satisfactoria. Rendía un tributo de admiración á los heroicos legionarios, un recuerdo á los muertos, y comunicaba que, en Consejo de ministros, se había resuelto conceder la Legión de Honor á Emiliano Iglesias.

Este, satisfecho del buen resultado de su estratagema, después de dejar en Portus una sección de la Cruz Roja para el cuidado de los heridos, continuó el avance con mayor facilidad, pues á los soldados, con lo mucho que corrieron durante la noche triste de Portus, se les habían ensanchado algo las botas.

Antes dirigió á Lerroux el siguiente telegrama:

"Anoche tuvimos primer contacto enemigo. Fuego duró varias horas. Alemanes huyeron, llevándose sus bajas. Nosotros, escasas pérdidas, comparadas importancia operación. Entre muertos figura caporal Puig Calzada y 20 soldados. Mañana daré lista más completa. Salgo en busca enemigo. ¡Viva Francia! Coronel jefe legión, *Emiliano Iglesias.*"

En Barcelona y Madrid, los republicanos organizaron manifestaciones y veladas para conmemorar la gran victoria de Portus.

XVII

Emiliano Iglesias no quiere batallas campales, y, en pugna con Joffre, es partidario de los recintos fortificados.—Camino de Ceret.—Los alemanes se acercan.—Fuego al que huya.—Ceret y Numancia.—Misteriosa desaparición del capitán cajero.—Aprestándose á la defensa.—Emiliano, en la iglesia.—La bandera blanca y el Derecho internacional.—Emiliano aboga en favor de un templo.—Contestación del general alemán.—Fuga de Emiliano y desastre de la legión.

El quebranto que acababan de sufrir, además de diezmar sus filas, produjo en los legionarios una honda depresión moral; el número de desertores aumentaba por momentos.

Fué preciso forzar la marcha, porque recibieron avisos de que se habían visto avanzadas alemanas en algunos puntos de la Cerdaña francesa, y Emiliano Iglesias comprendió que no era prudente arriesgarse á un choque con el enemigo en campo abierto, pues á los primeros disparos su gente le habría dejado solo.

Se acordó buscar el refugio en una población que ofreciese medios para intentar una defensa,

y escogieron la villa de Ceret, que distaba únicamente tres ó cuatro leguas.

Pronto circuló entre los voluntarios el rumor de que los alemanes no se hallaban muy lejos, cundiendo el pánico entre las filas.

Muchos tiraban el fusil, y despojándose del gorro frigio, del chaleco de Bayona y hasta de los pantalones, con objeto de que no se pudiese adivinar su procedencia, emprendían la fuga, corriendo en paños menores camino del Pirineo. Algunos, los menos, tuvieron el rasgo de atención de despedirse del caudillo, produciéndose pintorescas escenas, pues Emiliano Iglesias reprochaba su cobardía, recordándoles los deberes que la disciplina militar impone, y ellos protestaban diciendo que aquel lenguaje no era digno de ser empleado entre hombres de ideas avanzadas, educados en los principios libres.

Para contener las deserciones, Iglesias, con sus oficiales, se colocó á retaguardia, disponiendo que las vanguardias y los flancos de la legión fuesen vigilados por columnas de jóvenes bárbaros, con orden terminante de hacer fuego contra el que intentase huir.

Así llegaron á Ceret, siendo recibidos en triunfo por el pueblo y las autoridades, que creyeron ver en la legión una esperanza salvadora contra el ataque alemán, que se juzgaba inminente.

El jefe de la gendarmería y el de la escasa guarnición territorial de la villa, se apresuraron á resignar el mando en Emiliano Iglesias, y la po-

blación, que contaba algunas defensas atrincheradas, se dispuso á resistir el asedio de los alemanes, en el supuesto de que no retrocedieran éstos al saber el refuerzo que Ceret había recibido.

Iglesias distribuyó fuerzas, asegurando ante la municipalidad que el enemigo sería rechazado, y que en el caso de que no fuese la victoria fácil, Ceret caería gloriosamente, rivalizando ante la Historia con Sagunto, Numancia, Gerona y Zaragoza. Los de Ceret, país pródigo en vinos excelentes, pero que nunca tuvo fama de ser fecundo en héroes ofrecieron apoyar con gran entusiasmo los viriles propósitos del jefe de la legión española.

Por esto, cuando al amanecer del siguiente día se dijo que habían sido divisadas unas patrullas de hulanos, los vecinos de Ceret sonrieron con desdén. En cambio, Emiliano Iglesias se puso muy serio al saber que las fuerzas enemigas no eran simples patrullas, sino una división con artillería gruesa que tomaba posiciones para cercar la plaza.

Un contratiempo que se ocultó cuidadosamente á la tropa, con objeto de impedir que aumentara su desmayo, había contribuído á postrar el ánimo del jefe.

Durante la noche anterior se advirtió la desaparición del capitán cajero, señor Zurdo Olivares, del que suponían que, habiéndose rezagado en el camino, cayó en poder de los alemanes. La pérdida, sensible siempre, por tratarse de un elemento que acreditó su bravura en las barri-

cadas de Barcelona durante la semana trágica, era más dolorosa en aquellos instantes, ya que Zurdo llevaba consigo los fondos de la legión, unos 80.000 duros.

Emiliano tuvo que realizar un esfuerzo para vencer su desaliento. No era posible la retirada, y mientras los alemanes emplazaban sus baterías, procuró levantar algo el decaído espíritu de su gente, hablándoles de la libertad en peligro y de la obligación en que se hallaban los legionarios de dejar bien sentada la buena fama del republicanismo español.

Sus arengas y el aguardiente repartido con alguna profusión, alentaron á la tropa, y Emiliano, después de organizar las defensas, quedó instalado con su Estado Mayor en la iglesia parroquial. Allí, en presencia del *maire* y de los consejeros municipales, que le admiraban enternecidos, ratificó su firme propósito de inmortalizar el nombre de Ceret, y, dando ejemplo de sangre fría, ordenó á uno de los jóvenes bárbaros, que había sido músico, que interpretase La Marsellesa en el órgano. Luego se subió al púlpito, pronunciando una vibrante arenga.

En pleno mitin sacrílego recibió la noticia de que se había presentado un parlamentario alemán intimando la rendición de la plaza. No dejó de sentir el caudillo un impulso de duda, pero apresurándose á disimularlo, por miedo al paisanaje y un poco ebrio de belicoso entusiasmo, contestó, lleno de altivez:

—Decid al parlamentario, que Ceret no se rinde, y que si quieren venir á tomarlo, tendrán que pasar por encima de nuestros cadáveres...

Y dándose cuenta de la gravedad que su contestación entrañaba, muy pálido y agitado por un temblor nervioso, Emiliano, deseando aturdirse, ordenó, imperativo, al organista que de nuevo tocase La Marsellesa.

No habría pasado media hora, cuando un estampido formidable resonó en el pueblo, conmoviendo los cimientos de las casas.

Al disparo siguieron otros. Los legionarios corrían por las calles como fieras acorraladas. La misma iglesia donde se hallaba instalado Emiliano con su Estado Mayor parecía sufrir los efectos de un terremoto. El suelo y las paredes oscilaban, y en las bóvedas aparecían alarmantes grietas.

El caudillo dijo al *maire*:

—Esos bárbaros se ve que usan proyectiles monstruosos de los que pugnan con las leyes de la Humanidad. Opino que debemos darles una lección de Derecho internacional.

Y dispuso que en lo alto del campanario de la iglesia izasen una bandera blanca.

El fuego, que había causado en pocos minutos grandes daños y numerosas víctimas, cesó en el acto, y Emiliano envió á Tato Amat de parlamentario cerca del generalísimo alemán, solicitando que dejase salir de Ceret á los legionarios con todos los honores de la guerra, y en el caso

de que no accediera, concretar unas peticiones que Tato llevaba formuladas por escrito.

Primera. Respeto para la iglesia gótica de Ceret, con objeto de que no se repitiera el triste caso de la Catedral de Reims y sufriese los efectos del bombardeo un monumento arquitectónico tan notable.

Segunda. Que no usasen morteros de 42 contra una población mal artillada.

Tercera. Que respetasen una zona del pueblo, en la que se instalaría el hospital de sangre.

La contestación del general alemán no se hizo esperar, y Tato la comunicó muy afligido.

Decía que ni la iglesia de Ceret era gótica, sino de un gusto marsellés moderno, muy deplorable, ni habían usado morteros de 42, por creer que Ceret, con todos sus defensores, no valían lo que cuesta un solo disparo de aquellos proyectiles. A los legionarios no les quería otorgar trato de beligerantes, considerándoles una horda desharrapada, y las únicas concesiones que ofrecía eran la de respetar los hospitales de la Cruz Roja y consentir que saliesen de la población las gentes pacíficas y desarmadas.

Por medio de Tato Amat avisó también el general alemán que una hora después reanudaría el bombardeo, resuelto á no dejar piedra sobre piedra en la villa de Ceret.

Iglesias escuchó aquella contestación como habría podido oir su sentencia de muerte.

Desde luego dispuso que la bandera blanca del

campanario se sustituyese por otra de la Cruz Roja, y que se colocaran banderas de la misma clase en los sitios donde hubiese algún herido.

Faltó paño en Ceret para tantas enseñas de la Cruz Roja, y no hubo un solo legionario que no la pusiera en su alojamiento. En un cuarto de hora quedó todo el pueblo convertido en hospital de sangre.

El jefe del Ejército alemán sitiador creyó que aquello era una burla, y, lleno de indignación, ordenó el bombardeo por medio de artillería gruesa, sin respetar ninguna clase de banderas.

Un certero disparo de obús derribó el campanario de la iglesia donde se hallaba refugiado Emiliano, arruinando el edificio. Entre los escombros perecieron el *maire,* varios notables de la población y casi todo el Estado Mayor del jefe legionario.

Emiliano, que salió ileso, se apresuró á resignar el mando en el diputado Albert, autorizándole para que hiciese lo que juzgara más oportuno, mientras él salía de la plaza con objeto de formular ante los países neutrales una enérgica protesta contra el proceder de los alemanes, que no respetaban las joyas arquitectónicas ni los hospitales de la Cruz Roja.

Albert aceptó, llevado de su afán de obtener la jefatura, aunque fuese en circunstancias tan desagradables, y Emiliano, al amparo de la tolerancia de los sitiadores, con los vecinos pacíficos y desarmados, pudo atravesar las líneas enemi-

gas, tomando el camino de Marsella, donde pensaba embarcar con rumbo á los Estados Unidos, llevando al Presidente Wilson una protesta enérgica y documentada contra los alemanes por los atropellos que habían cometido en Ceret.

Entretanto, Albert hubo de rendirse, cediendo á la presión de sus correligionarios, y el Ejército alemán se posesionó de la villa, haciendo prisioneros á todos los legionarios supervivientes, que fueron dedicados por los alemanes á faenas agrícolas.

Algunos legionarios declaraban poco después que habrían preferido mil veces morir peleando antes de someterse á la dura prueba de que se les hiciera trabajar en los campos.

Tan enorme impresión produjo esta conducta tiránica de los alemanes, que muchos, que carecían en absoluto de aptitudes y temperamento para dedicarse al trabajo, prefirieron suicidarse.

Y mientras Albert, Tato Amat y otros varios republicanos españoles, por mandato del vencedor, tenían que dedicarse á la vendimia y á la explotación de minas, Emiliano Iglesias embarcaba en Marsella para dirigirse á los Estados Unidos en busca del Presidente Wilson y entregarle su documentada protesta.

Así acabó la malaventurada expedición de los cosacos del Paralelo, fruto del esfuerzo de los francófilos españoles, de la campaña de Lerroux y del dinero que había traído Caillaux.

XVIII

A los franceses ya no hay fracaso capaz de impresionarles.—El odio á Inglaterra.—Los insoportables aliados.—Hazañas de los indios.—Setenta mil salvajes más.—Un caso de antropofagía, en Dax.—Costumbres bárbaras y falta de ropa.—El indio bravo y la ex ministra.—Protestas de Inglaterra.—Un movimiento sedicioso.—El Gobierno de Toulouse y el Gobierno de Marsella. ¡Estamos perdidos!

El fracaso de la legión emiliana en Francia no impresionó apenas á los franceses. Se sucedían los quebrantos tan vertiginosamente, que el pueblo estaba casi acorchado. El pesimismo de la opinión pública era demasiado intenso para que las malas nuevas le pudieran afectar. Francia estaba persuadida de su vencimiento y había perdido la confianza en sí misma y en los aliados. El anhelo unánime del país era una paz próxima, inmediata, por dolorosa que fuese; paz que le permitiera reconstituirse y quedar desembarazada de los políticos que la empujaron al desastre y á las alianzas funestas con Inglaterra.

El odio á la Gran Bretaña se manifestaba profundamente arraigado en los corazones franceses.

Acusaban á Inglaterra de ser la culpable de la guerra, y de no haber auxiliado á Francia en la forma que tenía derecho á esperar. No perdonaban tampoco el sarcasmo inicuo que representaba el envío de los contingentes indios, africanos y portugueses, bastante más temibles que los invasores alemanes.

Hubo pueblos que para librarse de las guarniciones indias, esperaban con ansia que llegasen los alemanes. Un enemigo civilizado no inspira nunca los recelos que causa la convivencia con un aliado salvaje.

El último refuerzo que había enviado Inglaterra lo formaban setenta mil individuos, reclutados en tierras exóticas.

Había entre ellos doce mil cafres y más de cuarenta mil indios bravos; el resto lo formaban unas tribus de pieles rojas y guerreros zulús.

La mayor parte iban armados con flechas envenenadas y lanzas, y no hubo medio de convencerles para que aceptaran fusiles.

Se les quiso uniformar, y protestaron, alegando escrúpulos religiosos que les impedían cubrir sus desnudeces. Por otra parte, habiendo nacido en tierras cálidas, no podían resistir el frío de Europa, y se pasaban los días bailando danzas sagradas alrededor de las hogueras.

Así, al mismo tiempo que cumplían con sus

deberes religiosos, procuraban defenderse del clima. No atreviéndose á llevarlos á las líneas de fuego, se les reservó para guarnición de las ciudades, y fueron causa de muy graves conflictos.

La principal dificultad estribaba en proporcionarles alimentación adecuada á sus gustos, pues no querían aceptar otra carne que la de cabra silvestre ó la de camello, amenazando con sublevarse si no se les atendía.

En Dax, unos zulús que formaban parte de la guarnición, exigieron del *maire* que les proporcionase cabras, y como no fuesen atendidos, asaltaron la Casa Consistorial, cogiendo al honorable *maire* y á un consejero municipal, ambos personas obesas, que fueron sacrificados y devorados en mitad de la plaza pública.

Los salvajes dijeron, cuando se les pretendió castigar por su acción, que allá en su país era cosa corriente sacrificar á ciudadanos civiles que han cumplido cuarenta años, para dar de comer á los guerreros. Francia protestó del monstruoso caso de antropofagía de Dax, y el Gobierno inglés, que ya tenía holgada preocupación con la marcha de sus asuntos, contestó que estas eran minucias de poca monta, de las que no podía ocuparse, y menos en tiempo de guerra.

Motivó también reclamaciones la desnudez de muchos de aquellos aliados. La moral del Estado no es en Francia rigurosa, pero hay padres y maridos que velan por el pudor de sus hijas y de sus mujeres, á los que molestaba muy fundada-

mente la presencia de tanto negrazo en traje paradisíaco. Las protestas resultaron inútiles, porque ya hemos dicho que muchos de aquellos salvajes consideraban como una grave ofensa que se les hablase de cubrir sus desnudeces.

Los daños que por este motivo sufrieron las buenas costumbres fueron grandes, y algunos de difícil reparación. En Perpignan dió mucho que hablar la fuga de la esposa de un ex ministro socialista en compañía de un gigantesco indio bravo.

Cuando la indignación de los franceses era más viva, se recibió una nota de Inglaterra quejándose de que los indios no fuesen alimentados con arreglo á sus gustos. "Francia—decía en su reclamación sir Grey—no debe olvidar que esos hombres vinieron á defender su independencia, y son, por tanto, dignos de que se les trate como á huéspedes privilegiados."

Esta salida de tono colmó el coraje de los franceses, motivando violentos choques entre galos y salvajes de diversas castas, y en algunos sitios en que los ingleses quisieron salir en defensa de los salvajes, el pueblo atacó á los británicos, causándoles bajas.

Una nueva nota de Inglaterra pidiendo el castigo de los franceses que hubiesen tomado parte en estas colisiones, sirvió de fulminante, y en varias poblaciones estalló un movimiento al grito de ¡Francia para los franceses, y viva la independencia!

El Gobierno de Poincaré, desde su refugio de Marsella, condenó la sedición, reiterando su incondicional respeto á Inglaterra, pero los revolucionarios, que contaban con gran parte del Ejército, desautorizaron al Gobierno de Marsella, diciendo que la voluntad nacional estaba representada por una Junta de la Defensa Patria, que, bajo la presidencia de Clemenceau, se constituyó en Toulouse.

Cada uno de estos Gobiernos daba órdenes y declaraba rebeldes y facciosos á los que no las obedecieran.

Los de Marsella reclamaron auxilio del Ejército para reprimir el movimiento, y los de Toulouse llamaron á los militares que simpatizaban con sus ideas para derribar violentamente al Gobierno de Poincaré. Se produjeron los primeros chispazos de guerra civil, y entretanto, los alemanes continuaban su avance hacia el Pirineo.

El Gobierno de Marsella cifraba sus últimas esperanzas en Inglaterra.

Pero una mañana, Viviani se presentó en la residencia de Poincaré, todavía convaleciente de la peste que contrajo en Burdeos, y mostrando al Presidente la traducción de un largo radiograma que acababa de recibir uno de los buques surtos en el puerto, le dijo:

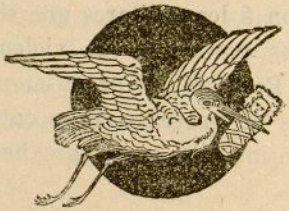
—¡Todo acabó! Lea el señor Presidente este despacho.

Poincaré, incorporándose, leyó con avidez el

telegrama, se puso lívido, y después de una pausa exclamó con profundo abatimiento:

—¡Estamos perdidos! ¡Pobre Francia!

Por lo que narraremos en el próximo capítulo, comprenderá el lector que se hallaba muy justificada la desesperación de M. Poincaré.



XIX

No vienen "taubes".—Infundios ingleses.—Renace la calma.—El buen humor de Kitchener.—Más refuerzos.—Los "zeppelines".—Comienza el bombardeo; cuadro de horror.—Londres, incendiado.—Saqueos.—Vértigo de pánico.—La danza del cipayo.—Inmensa hoguera.—La muerte de lord Kitchener y la venganza de la solterona.

Había transcurrido una pequeña temporada sin que ningún *taube* visitara Londres. La serenidad imperturbable de los ingleses se decoraba con una sonrisa de satisfacción y de tranquilidad.

Indudablemente, eran verdaderos los optimismos que destilaban las comunicaciones oficiales y aun hubo quien creyó la noticia echada á rodar de que los *pieles rojas* aportados de América cazaban los aeroplanos con lazo. Por aquellos días circularon infundios que rayaban en lo estupendo. Se dijo que el Ejército alemán había proclamado la República, que Caillaux se había desposeído de toda su fortuna, cediéndola al Estado, y que tan ejemplar resultó el *bello gesto* del estadista francés, que la mayoría de los hombres de

Francia que habían de administrar el Tesoro público, se apresuraron á imitarle. Se calculaba en seis mil millones la cantidad que este rasgo generoso había proporcionado á las cajas del Erario.

En cambio, de los desastres ocurridos en Francia, gracias á la buena organización de la censura, el pueblo inglés no sabía una palabra.

Tantas y tantas fueron las patrañas inventadas, que en un rasgo de humorismo *The Times* dijo:

"Mientras vuelan los *taubes* y *zeppelines* alemanes, nosotros echamos á volar bandadas de *canards* para que los destruyan. Siguiendo tales procedimientos, nuestra caída, que pudiera ser trágica, se convertirá en cómica."

Esta sincera declaración del acreditado diario londinense, le cerró por quinta vez la entrada de Francia.

A pesar de todo, el público había comenzado á tranquilizarse. Lo cierto era que los *taubes* no interrumpían la digestión de los ciudadanos de la Gran Bretaña.

Contribuyó mucho á que renaciera la confianza, un hecho.

Londres llevaba tres días envuelto en una espesísima niebla. La ocasión era soberbia para un *raid* aéreo de los *zeppelines*. La primera noche de niebla, la gente no pudo conciliar el sueño. Los londinenses se la pasaron en un continuo sobresalto.

Hemos de advertir que éste fué exacerbado

por las borracheras, que abundaron como nunca. Lo mismo que las penas, también el miedo se ahoga en vino, y para pasar de este mundo al otro, más vale ir alegre que no atormentado por la tristeza. Pero transcurrió la noche, y... nada. La siguiente, y tampoco. La tranquilidad era tal, que lord Kitchener, la tercera noche, invitó á sus compañeros de Gabinete á una velada familiar en el ministerio de la Guerra, que transcurrió agradable y deleitosa. Este rasgo de los consejeros británicos acabó por tranquilizar al público, y se hicieron chistes á costa de los aviadores alemanes...

Y llegó la noche del día... de...

En el ministerio de la Guerra conferenciaban, á eso de las doce, lord Kitchener, lord Asquith y lord Churchill. También asistieron á la reunión un capitán recién llegado de un viaje por los países más salvajes de la tierra, adonde había sido enviado en comisión secreta por el Estado Mayor inglés. Lord Asquith, por centésima vez, trataba de arrancar á Kitchener su famoso secreto, y con objeto de excitar su amor propio, le decía:

—Yo creo, lord y querido compañero, que el secreto de usted es el secreto de todos, es el gran secreto de Inglaterra...

—No os comprendo...

—Sí, el secreto de la debilidad de la Gran Bretaña. La gran mentira que hemos venido sosteniendo durante tantos años. La farsa con que hemos dominado al mundo. El gran engaño de que hicimos objeto á la Humanidad.

—No están los tiempos para burlas, querido compañero. Yo le he llamado á usted á fin de consultarle sobre un proyecto. Aquí está presente el capitán que acaba de hacer una recluta voluntaria entre los hotentotes y los caníbales... Sus reyezuelos y caciques están dispuestos á venir á Europa para luchar por la civilización y el derecho á nuestro lado. Los recursos de Inglaterra son inagotables. Para el mes de Agosto traeremos á los esquimales... Lo que he desechado es el ofrecimiento de las sufragistas. Querían formar unos regimientos de caballería. Me parece que se han enfadado, y alguna me ha amenazado particularmente; pero, ¡qué importa!

Lord Asquith escuchaba estupefacto al ministro de la Guerra. Por primera vez pasó por su mente la idea de si lord Kitchener, en lugar de habitar en el ministerio de la Guerra, estaría mejor en un manicomio...

—¿Os maravilláis, lord? Reservad vuestro pasmo para cuando estalle la bomba...—añadió Kitchener.

En aquel momento, las paredes del ministerio retemblaron, y los cristales de las ventanas cayeron hechos añicos. La bomba había estallado, ¡pero con qué estrépito y con cuánto destrozo! Todos se precipitaron á las puertas, menos el capitán, que se arrojó por la ventana.

Cuando el pueblo de Londres se hallaba más tranquilo, á la hora de la salida de los teatros, los *zeppelines* hicieron su visita. La niebla era

densísima... Las gentes, al principio, creyeron en un *taube* solitario. Pero poco les duró la creencia. Una lluvia de bombas de todos los calibres comenzó á caer por todos los ámbitos de la populosa capital. En medio del desorden más horrible, las gentes corrían sin rumbo, tropezándose, derribándose, pisoteándose, horrorizadas, locas de espanto.

Pronto comenzó el incendio. La Catedral de San Pablo era una inmensa hoguera, cuyos resplandores, velados por la niebla, daban un matiz siniestro á la trágica escena.

Oxfort Street era un río humano. Revueltos, hombres, mujeres, corrían sin tino. Los caballos, desbocados, atropellaban á la multitud. Las casas de esta calle aristocrática caían desmoronadas, como si fueran de cartón. Sus propietarios. á medio vestir, se precipitaban por los balcones...

Picadilly, Pall Mall, Fleet Street, ofrecían el mismo cuadro de espanto.

La gente huía hacia los parques y las grandes plazas. En la de Trafalgar, el hormigueo era espantoso. De pronto, una bomba derribó el monumento á Nelson, causando millares de víctimas.

En los barrios Homdsditch y Minories, el cuadro era horripilante. Los judíos que los habitaban se lanzaron sobre sus tesoros, y las gentes desheredadas asaltaban las casas de los ricos, puñal en mano, excitados por la pasión del robo, que se sobreponía al amor á la vida.

Manos intencionadas prendieron fuego por

varios puntos á los barrios de Vapping Bow, Limehouse, Stepney, Witechapel, Clerkenwel y Spitaltields, en que se albergaba la gente corrompida, ladrones, prostitutas, *apaches* y criminales de toda especie.

Una multitud de gentes infames abandonaron sus guaridas, y por Oxford Street se lanzaron frenéticas á los barrios aristocráticos.

El olor de la sangre les excitaba, y en medio de la hecatombe cometieron los actos más reprobables é inauditos... Millares de ciudadanos se refugiaron en los túneles que atraviesan el Támesis y en los tubos del Metropolitano. ¡Nunca lo hubieran hecho!... La fuerza penetrante de los explosivos derrumbó las techumbres, incendiando las cañerías del gas, y achicharrados y aplastados perecieron millares de personas. Un estrépito horrible anunció la ruptura del puente de Londres, abarrotado de gentes que huían. Poco después se desplomaba el de Alberto, el de Wéstminster, el de Waterlóo, cayendo sobre los buques que se disponían á zarpar llenos de fugitivos. A las dos horas ardía la torre de Londres, y gentes feroces se precipitaban en la de Wakefield para robar las alhajas de la corona, allí depositadas. Una bestia feroz, con figura de hombre, bailaba entre las llamas y los escombros, llevando en las sienes la famosa corona de la Reina Victoria. Era un cipayo, procedente del Ejército de Francia.

La multitud buscaba la salida á los parques, y el Regent's, el Hide Park y los jardines de

Kensington y demás, fueron teatro de escenas de desolación. Las fieras de las colecciones, rotas las jaulas, se lanzaron entre la muchedumbre, aumentando el terror de los allí refugiados.

En la Catedral de San Pablo quedaron destruídas las tumbas de Nelson y de Wéllington, lo mismo que las de Shakespeare, Newton, Darwin, y otras en la abadía de Wéstminster, donde también reposan los Reyes de la Gran Bretaña.

¿Para qué relatar más?... Al día siguiente, el extenso perímetro de Londres era una hoguera, y donde las llamas no coronaban la catástrofe, un montón de ruinas señalaba la destrucción. En Victoria Embarkment, el destrozo fué horrible, pero se mantenían en pie, como enigmas mudos, las esfinges de bronce y la Aguja de Cleopatra, traídas de Egipto.

... ...

Durante las horas que reinó el desorden y el caos, los ministros y las autoridades no pudieron reunirse. Terminado el bombardeo, en lo que quedaba en pie del ministerio de la Guerra se celebró un Consejo.

Lord Kitchener no acudió á él. Había perecido en la catástrofe. Uno de sus ayudantes declaró haber visto su cadáver en las escaleras del ministerio. Se fueron reconstituyendo los hechos. El ministro de la Guerra, el poseedor del secreto, había sido víctima de la venganza privada de una sufragista cuarentona. Esta mujer mantenía honestas relaciones con un *higlander* que pereció

en una batalla en Francia. Loca de amor, desvanecida la gran ilusión de su vida, juró vengarse de Kitchener, al que consideraba principal culpable de su desgracia.

Llevaba mucho tiempo persiguiendo al ministro, sin que se le presentase una oportunidad para consumar sus siniestros planes, y aquella noche, como tantas otras, la vengadora rondaba las inmediaciones del War Office.

Al estallar las primeras bombas arrojadas por los *zeppelines*, cuando la gente corría por las calles enloquecida de terror, la vengadora entró en el ministerio, y aprovechando la confusión que se produjo por los pasillos, llenos de escombros, y sin preocuparse de los techos que crujían amenazando hundirse, buscó el despacho de Kitchener.

Se detuvo un instante junto á una escalera con objeto de orientarse, cuando vió á dos hombres que, alumbrándose por medio de una linterna, se acercaban al sitio donde ella estaba.

El que llevaba la luz pronunció unas palabras imprudentes.

—Por aquí, por aquí, señor ministro.

La sufragista tembló de satánica emoción. Tenía junto á ella al odiado Kitchener.

Se dispuso á consumar su obra, y de un enorme bolso que llevaba colgado del brazo, sacó unas tijeras largas y afiladas.

En aquel instante Kitchener, apoyándose en la pared, pasó rozando á la sufragista.

Resonó un alarido de dolor, al mismo tiempo que unas palabras implacables:

—¡Muere, miserable!

Kitchener había caído de bruces, herido mortalmente en la espalda por las tijeras de la sufragista.

El ayudante que le acompañaba, que, como buen inglés, era hombre práctico, se dió cuenta de que aquello no tenía ya remedio, y sin detenerse á realizar averiguaciones, echó á correr.

La sufragista pudo huir, y con las tijeras ensangrantadas en la mano fué vagando por las calles, uniéndose á las turbas incendiarias que recorrían la City.

Al amanecer, después de cometer bárbaros excesos, del brazo de un voluntario hotentote, como ella ebrio de vino y de sangre, se arrojaron á una de las inmensas hogueras de Oxford Street.

Kitchener sufrió una horrible agonía, revolcándose entre los escombros, sin que nadie acudiera en su auxilio.

Su tormento era mayor, porque se daba perfecta cuenta del bombardeo de Londres, y temía morir sin declarar algo muy esencial para la defensa de su patria.

Gastando en un supremo esfuerzo sus últimas energías, logró arrastrarse hasta la escalera.

Sus voces no encontraron eco.

—¡Soy Kitchener, soy el ministro, vengan á mí!—clamaba.

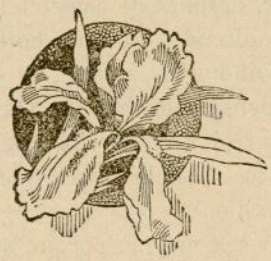
Era inútil. Todos habían huído.

Kitchener se retorcía desesperado.

—¡Mi secreto! ¡Mi secreto, mi secreto...!

Al día siguiente lo hallaron atenazando con sus manos crispadas un fragmento de una de las columnas de mármol que sostenían la monumental escalinata.

Fué aquel frío pedazo de piedra, el único testigo de las ansias patrióticas postreras del desventurado ministro de la Guerra.



XX

Después de la catástrofe.—Un Consejo de ministros, desolador.—La última esperanza de Churchill.—El dolor del Rey Jorge.—Buscando el secreto de Kitchener.—¿Todo perdido?—Un premio de veinte mil libras.—Otra vez el detective Shwart.—Rasgo democrático.

—Si, como temo, nuestro compañero Kitchener se ha llevado su secreto á la tumba, no queda otra solución que capitular—dijo Asquith en el Consejo que se celebró al siguiente día de la catástrofe.

Los demás ministros asistieron, á excepción de Churchill, que todavía confiaba en los dispersos elementos navales de la Gran Bretaña para intentar una desesperada resistencia capaz de impedir un desembarco alemán.

—En último término, teniendo las costas bien defendidas por minas, podemos prolongar nuestra situación en espera de los socorros rusos y japoneses—añadía Churchill.

Los miembros del Gabinete oyeron consternados aquel razonamiento. ¡Inglaterra, la ex reina

de los mares, la que había sido el árbitro de Europa, verse reducida á la defensa como una plaza sitiada! ¡Era horrible! Sir Grey lloraba como un chiquillo.

Cuando los ministros estaban entregados á estas deliberaciones, les sorprendió la llegada del Monarca inglés.

Jorge V, que durante la noche anterior, al iniciarse el incendio de Buckingham Palace, había buscado refugio con su familia en los sótanos de una casa particular cercana á la residencia real, venía de recorrer á pie una parte de la urbe, logrando pasar desapercibido entre la muchedumbre, que contemplaba la ruina de sus hogares.

El afligido Rey estaba más pálido que nunca. Sus ojos conservaban la huella de recientes lágrimas. Al entrar en la sala donde se había reunido su Gobierno, se dejó caer desplomado sobre un sofá.

Los ministros contemplaron con respetuoso silencio la explosión del dolor de su Soberano.

Hubo una larga y penosa pausa, que, por fin, rompió el Rey:

—¿Es cierto que Kitchener ha muerto?

—Cierto, señor—contestó Asquith.

Y refirió á continuación el crimen de la sufragista.

Jorge V se cubrió la cara con las manos.

—¡Qué castigo, gran Dios, qué castigo!—murmuró sordamente.

Permaneció así algún tiempo, y luego, reali-

zando un esfuerzo para serenizarse, se irguió, diciendo con voz muy entera:

—Es preciso, señores ministros, que realicemos una última tentativa para salvar á Inglaterra.

Los ministros le contemplaron admirados. En aquel momento, la figura del Rey Jorge, que siempre fué de una relativa vulgaridad, incluso había adquirido cierto continente majestuoso.

—Hay que llevar inmediatamente á la práctica el plan secreto de Kitchener—añadió Jorge V.

—Pero, ¿cómo hacerlo, Sire, si nuestro pobre compañero, por un exceso de reserva, jamás comunicó á nadie sus planes?...—dijo con desconsuelo Asquith.

—¡Oh, no! Kitchener me había prometido adoptar medidas para el caso de que le sorprendiera la muerte. Hay que registrar su casa, ir en busca de sus herederos, abrir su testamento, pero pronto, pronto, antes de que vuelvan esos alemanes del infierno...

Y el Rey, al decir estas palabras, señalaba con su puño cerrado el espacio, cubierto por una inmensa nube gris.

Inmediatamente un ministro, el del Interior, en compañía de dos policías, se dirigió al domicilio de Kitchener, mientras Asquith ordenaba que se hiciese un minucioso reconocimiento en el despacho del ministerio de la Guerra.

El Monarca y el resto del Gobierno esperaban llenos de ansiedad el resultado de estas pesquisas-que fueron completamente infructuosas.

La casa del ministro era un montón de escombros, y en su despacho del ministerio no fué posible hallar el más pequeño rastro del secreto codiciado.

No quedaba otra esperanza que la de inquirir el paradero del sobrino de Kitchener, y esto era difícil, imposible casi en aquellos momentos de confusión, en un Londres medio en ruinas y después de una catástrofe que había causado cientos de miles de víctimas, cuyos cadáveres era preciso incinerar con gran rapidez y sin tiempo para su identificación.

Asquith tuvo una idea, y la expuso inmediatamente.

—Sólo hay un hombre capaz de averiguar el paradero del sobrino de lord Kitchener—dijo.

—Pues llamadle y le podéis prometer en mi nombre todas las riquezas y honores que apetezca. Su ambición será la medida de su fortuna—exclamó el Monarca, febril.

Asquith hizo llamar al detective Shwart, y en presencia del Rey le impuso del servicio que el Gobierno inglés á su celo confiaba.

—Aparte mi gratitud y la de Inglaterra, tendréis una recompensa de 20.000 libras esterlinas —dijo el Monarca.

Los ojos del detective brillaron con centellas.

Shwart era un buen inglés, pero su codicia no iba, ni mucho menos, á la zaga de su patriotismo.

—Si no ha muerto, yo encontraré á ese hombre, y si murió, yo prometo averiguar el secreto

de lord Kitchener—dijo con resolución el estupendo policía.

El Rey Jorge, olvidándose de la etiqueta y de la rigidez británica, dió un abrazo al detective.

No debe causar extrañeza el detalle. Nadie más demócrata en este mundo que un Rey verdaderamente apurado.

XXI

Los procedimientos científicos del detective.—Razonando á la inglesa.—Ya llegó el sobrino.—Un pingüe negocio.—Buscando la caja de caudales. El pliego, robado.—Las defensas del Támesis, desdeñadas.—Pesimismo y resignación.

Un policía español, con el estímulo del abrazo del Monarca y la promesa de las 20.000 libras esterlinas, se habría lanzado á correr calles como un loco. Shwart, detective científico y hombre frío como todos los de su raza, salió del ministerio lentamente, con el aire de sosiego propio del burgués que quiere aprovechar una mañana dominguera paseando por la ciudad.

Después de caminar corto trecho, se detuvo en uno de los pocos cafés de la City que tenían sus puertas abiertas, por no haber sufrido el edificio grandes daños con el bombardeo, instalóse en una mesa, encendió su pipa y se hizo servir unas copas de wisky.

Al verle con los ojos entornados, indiferente á todo lo que le rodeaba, vaciar copa tras copa, era fácil confundirle con uno de tantos bebedo-

res en el primer grado de una fúnebre borrachera británica.

¡Qué lejos están á menudo las apariencias de la realidad! En aquellos momentos, el cerebro del gran policía laboraba por Inglaterra. Su estómago habría empapado el líquido de diez botellas sin que los vapores del alcohol perturbasen lo más mínimo la claridad diáfana de las ideas del detective.

Shwart, entusiasta de los métodos deductivos, iba razonando con arreglo á su sistema.

—Jhon Kitchener es un muchacho mujeriego, amigo de divertirse... la vida debe parecerle amable... Jhon Kitchener espera heredar de su tío... nuevo motivo para que sienta verdadero amor á la vida, sabe que si no sobrevive no hereda... Jhon Kitchener, como pariente tan allegado á un personaje político de gran influencia, debe ser un escéptico respecto á patriotismo... En estas condiciones, lo natural es que haya procurado ponerse en salvo apenas los *zeppelines* arrojaron anoche las primeras bombas... Siendo mujeriego, es de presumir que no se marchase solo... Acaso utilizando un automóvil se dirigió á cualquier pueblo de las cercanías, donde habrá pasado la noche... Seguramente todavía está durmiendo á estas horas... Ya puedo lanzarme en su busca utilizando á los más expertos de mis sabuesos, y dedicándoles á recorrer los puntos de los alrededores de Londres que ofrecen mayor atractivo para un muchacho joven y alegre... Pero esto

tiene su exposición... ¿Y si mientras le buscamos, él se presenta?... Esto sería tu fracaso, Shwart, y, además, te haría perder las hermosas 20.000 libras... ¡Nunca, nunca! Es indispensable asegurar el golpe.

Shwart siguió bebiendo copas y razonando deducciones hasta llegar á unas premisas definitivas. Se dió un palmetazo en la frente, guardóse la pipa en un bolsillo, y, pagando los wiskys, abandonó el *bar*. Ya tenía un plan y una solución.

El rostro del detective estaba más congestionado que de ordinario. Si un psicólogo á lo La Bruyére le hubiese visto caminar apresuradamente hacia Oxford Street, al advertir su aire de resolución y el brillo de su mirada, habría exclamado:

—He aquí un hombre que marcha en busca del triunfo.

Shwart llegó frente á la casa en ruinas donde Kitchener tenía establecido su domicilio, examinó con atención á varios curiosos que comentaban los sucesos de la noche anterior, y luego fué á instalarse en la terraza de un establecimiento de bebidas cercano, se hizo servir un wisky y consultó su reloj.

—Muy bien—murmuró con satisfacción—son las diez de la mañana. Los suplementos de los periódicos que publican la noticia de la muerte de Kitchener ya habrán llegado á los pueblos de las cercanías. En estos momentos el señorito Jhon

se estará enterando de la desgracia, y, como buen heredero, es lógico que regrese inmediatamente á la casa. Desde aquí le veré. ¡Oh! ¡Muy bien, Shwart! Eres el rey de los *detectives*.

Y, encantado de sí mismo, creyendo que tan admirable razonamiento bien merecía una recompensa, Shwart apuró otra copa de wisky.

No habría transcurrido un cuarto de hora, cuando frente á la casa de Kitchener se detuvo un automóvil de camino, del que se apeaba un joven con cara de haber trasnochado.

Shwart, al reconocerle, se apresuró á salir á su encuentro.

—Míster Jhon Kitchener, doy á usted mi pésame más sincero, y tengo el honor de manifestarle que Su Majestad el Rey y el jefe del Gobierno, míster Asquith, desean hablarle inmediatamente—dijo Shwart al recién llegado.

—Acudiré pronto, pero antes quisiera conocer algunos pormenores...—objetó el joven.

—Perdón, señor; yo puedo satisfacer su curiosidad; pero se trata de una orden real que debe ser cumplimentada inmediatamente...—insistió el policía.

Jhon Kitchener no opuso reparo, y en el mismo automóvil que le había conducido, se dirigió al ministerio de la Guerra en compañía de Shwart.

Unos minutos más tarde se hallaban en presencia del Rey Jorge y de los ministros reunidos en el War Office.

El Rey Jorge, al verles entrar, dirigió una

mirada de intenso reconocimiento á Shwart, y éste, al mismo tiempo que se inclinaba, dijo para sus adentros:

—He aquí el más lucrativo y señalado de los éxitos de mi procedimiento científico... Shwart, has hecho el negocio más fabuloso que jamás conocieron los humanos. Veinte mil libras esterlinas en el tiempo que necesito para beberme veinte copas de wisky...

... ...

La breve conferencia de Jhon Kitchener con el Rey dió motivo á un nuevo movimiento de alarma.

El sobrino del ministro refirió que, efectivamente, su tío le había hablado de un misterioso pliego cubierto de lacres que guardaba dentro del *cofrefort* de su despacho particular, pero la casa estaba en ruinas y era muy posible que las turbas que saquearon la población hubiesen removido los escombros, violentando la caja de caudales.

—¡Oh! ¡Sería horrible que este pliego estuviera en manos de algún malhechor!—exclamó Jorge V, dirigiendo una mirada suplicante al detective, que permanecía silencioso en un rincón de la estancia, echando cuentas acerca de la inversión que había de dar á sus libras.

—Si el pliego estuviera en manos extrañas, lo recuperaríamos—dijo Shwart con acento de firmeza.

—¡Oh! Inglaterra os deberá mucho—contestó el Rey.

—No hay sacrificio que no merezca patria tan

hidalga—repuso el detective, acariciando con el pensamiento sus 20.000 libras esterlinas.

—¡Pues no debemos perder tiempo!... Conviene que inmediatamente sea reconocido el *cofre-fort*—añadió el Rey.

El sobrino de Kitchener, el policía y el propio Mr. Asquith, que quiso acompañarles, salieron precipitadamente.

Una hora después, Asquith, aterrorizado, se presentaba á su Rey.

Entre los escombros de la casa de Kitchener habían encontrado, en efecto, la caja de caudales, pero violentada y sin otros papeles que unas cartas sin importancia y unos planos de las defensas submarinas del Támesis, que los ladrones habían desdeñado, considerándolos, sin duda, cosa perfectamente inútil.

Jorge V casi se desmayó.

—¡Estamos perdidos! ¡Pobre Inglaterra!—dijo con amargura.

—¡Pobres de nosotros!—exclamó Lloyd George.

Los demás ministros se miraban unos á otros, atontados, como si acabasen de recibir un mazazo en la cabeza.

XXII

Buscando el pliego.—La debilidad del ministro George.—Un inoportuno.—El mal humor del consejero.—La buena suerte del detective.—¡Por tres guineas!—Ya tengo el pliego.—Un gran negocio de Shwart.—¡Que esperen!...

Se pensó en ofrecer una fabulosa suma por el pliego desaparecido de la caja de Kitchener, pero Shwart combatió este pensamiento, por juzgarlo muy expuesto. Sin duda, en Londres había espías alemanes, y el afán del Gobierno por recuperar el documento, y hasta la noticia de su pérdida, podían ser aprovechados por el enemigo.

Era justo recompensar con esplendidez el hallazgo, pero convenía proceder cautelosamente.

Prevaleció el criterio de Shwart, y de nuevo la salvación del Reino Unido quedó pendiente del tino maravilloso del célebre detective.

Al caer la tarde de aquel aciago día se hallaba Shwart entregado á sus luminosas deducciones en un café de Picadilly, cuando hizo su entrada en el establecimiento el ministro de Hacienda, Lloyd George.

Shwart, que sentía una gran debilidad por George, de quien fué amigo y compinche cuando éste no soñaba ser consejero ni aquél rey del detectivismo británico, interrumpió sus cavilaciones deductivas para salir al encuentro del ministro de Hacienda.

—¿Cómo viene usted por aquí en este día, y hallándose reunido el Gobierno en Consejo permanente?—preguntó Shwart á su amigo.

George encogióse de hombros, y señalando el reloj, se limitó á contestar:

—Amigo Shwart, yo por nada del mundo, y pase lo que pase, interrumpo mis costumbres. Había llegado ya mi hora.

Shwart no preguntó más. Conocía muy bien el significado de las palabras del ministro. George, gran economista, tenía desde su adolescencia muy arraigado el vicio de la bebida. Trabajaba bien por las mañanas, entregándose en cuerpo y alma á cumplir con los deberes de su cargo, pero en cuanto daban las cinco de la tarde se operaba una transformación completa en su manera de ser, y abandonando sus ocupaciones, por urgentes que fuesen, se lanzaba á la calle para comenzar á recorrer cafés y cervecerías, haciendo en todos ellos consumo abundante de wisky, hasta que algún amigo bondadoso le acompañaba hasta su casa.

En estas horas era inútil hablar con el ministro de cuestiones de Estado. No admitía otros temas de conversación que el boxeo, la bebida y las ca-

rreras de caballos, asunto este último que le apasionaba mucho, pues Lloyd George, en su juventud, fué un afamado *jockey*, profesión que abandonó para dedicarse á la economía, cuando por los años y la falta de templanza había comenzado á engruesar.

El detective se limitó á decirle que obraba muy cuerdamente no alterando su vida por cataclismo más ó menos, y se dispuso á prestar auxilio á su amigo el ministro en la tarea de beber unas copas.

Hablaron de cosas incoherentes, y estaban presenciando con cierta devoción cómo el camarero destapaba la tercera botella de la tarde, cuando un hombre mal vestido y con la cara y las manos tiznadas, se acercó á la mesa del ministro.

—Yo desearía—dijo—hablar unos minutos con el señor George acerca de un asunto de gran importancia.

Advirtiendo el gesto de contrariedad del ministro, se apresuró á añadir:

—Soy un correligionario de usted, y por esto he preferido ver al señor George, en vez de hablar con cualquier otro miembro del Gobierno.

George descargó un puñetazo sobre la mesa que puso en peligro el equilibrio de las botellas, y sin dignarse mirar al recién llegado, dijo, dirigiéndose á Shwart:

—Y luego habrá gentes imbéciles que ponderen la corrección británica. ¿Vió usted un caso igual de impertinencia? Ni las horas que uno ne-

cesita para su sosiego y para refrescar el espíritu, nos dejan libres. ¡Yo no aguanto esto!

El individuo se quedó atónito.

—¡Una vez que me siento patriota, me maltratan! ¡Cuánto razón tiene Amílcar Cipriani!— murmuró.

Y encasquetándose la gorra, se dispuso á marcharse.

Pero Shwart salió en su persecución, y en la puerta le detuvo por un brazo.

—Lo que tenga que decir al ministro, comuníquemelo usted á mí, que soy su secretario— dijo el detective.

—Ahora nada quiero comunicar. Vine para prestar un servicio al Gobierno, y me han insultado... De buena gana vendería por tres guineas á los alemanes los papeles que llevo encima...— contestó el sujeto, pugnando por deshacerse de la mano férrea del detective.

Shwart tuvo que ahogar un grito de júbilo.

—Veamos esos papeles, y quizás podré daros las tres guineas. Respecto al ministro, no le hagáis caso. El señor George está muy preocupado, y su mal humor es lógico.

—Pues un socialista como él tiene el deber de recibir bien á los ciudadanos...—insistió el desconocido.

—Bien, pero dejemos aparte detalles, y entregadme esos papeles, si no queréis que ahora mismo os lleve á la cárcel para purgar los crímenes y saqueos que habéis cometido la noche anterior—

repuso Shwart, mirando con fiereza al desconocido.

—Pero usted me ha prometido tres guineas— contestó éste un poco trémulo.

—Sí, tres guineas y la libertad, pero vengan los papeles.

El sujeto, un poco receloso, sacó del bolsillo un pliego arrugado.

Shwart lo reconoció, procurando disimular su emoción. En los lacres se veía el sello del ministerio de la Guerra y la cifra de lord Kitchener, y en el sobre aparecía esta dirección:

Para Su Majestad el Rey Jorge V.

Los facinerosos que saquearon el *cofrefort* del ministro, no se habían dignado romper los lacres para mirar los documentos.

—Conste—dijo el sujeto—que yo no he robado esto. Yo lo encontré por la calle, y ni siquiera quise enterarme de su contenido, porque yo soy socialista y pobre, pero muy honrado.

A Shwart no le importaban aquellas excusas. Despidió al infeliz diablo, dándole las tres guineas prometidas, y apretando contra su pecho el precioso pliego, se marchó prestamente al puesto de Policía más cercano.

Por el camino había trazado un admirable plan, y al llegar á la oficina escribió febrilmente las siguientes líneas:

Honorable sir Asquith.

Mis esfuerzos sobrehumanos dieron el resultado apetecido. Dentro de breves momentos tendré intacto el pliego testamentario de lord Kitchener si usted me autoriza por escrito para ofrecer diez mil libras por su rescate.

SHWART.

Envió la esquela por uno de sus ordenanzas, y frotándose las manos, esperó la contestación.

Bien poco tardó en recibirla.

Querido Shwart: Podéis ofrecer las diez mil libras y contad con otra suma igual que os regala el Gobierno inglés como premio por vuestro señalado servicio.

Espera con ansia,

ASQUITH.

—*¡All right!* Shwart, eres un gran hombre— dijo el detective al leer la carta del primer ministro.

Y después de guardarla cuidadosamente en su cartera, encendió la pipa y se tumbó en un diván, exclamando:

—¡A veces conviene hacerse esperar algo!

Y Shwart aspiraba con delicia el humo, pensando voluptuosamente que la impaciencia devoraría en aquellos momentos al Rey Jorge y al Gobierno de Su Majestad.

XXIII

El pliego salvador.— La Memoria de Kitchener y la explicación de su secreto.—El ingeniero Kelson.—Explosiones á gran distancia.—Buscando al ingeniero.— Un nuevo "ultimátum" alemán. Optimismo del Rey.— Desaliento del Gobierno inglés.

Después de someter al Monarca y al Gobierno á una espera prudente, hizo Shwart su aparición en el ministerio de la Guerra.

A las miradas de ansia del Monarca y de los ministros, contestó mostrando el precioso pliego.

Asquith se lo arrebató de las manos.

—¡Hurra, el gran policía!—dijo el Rey Jorge.

Shwart, con afectada modestia, se inclinó profundamente.

El jefe del Gobierno rompió los lacres. Dentro del sobre había otro, también sellado y lacrado, y roto éste apareció un tercero.

Reinaba un silencio sepulcral. Habrían podido escucharse los latidos de los corazones.

El tercer pliego encerraba una tarjeta y unas líneas manuscritas, que Jorge V se apresuró á leer.

Los ministros contenían la respiración, y la voz del Rey resonaba temblorosa:

"Señor: Como manifesté á Vuestra Majestad, he creído que sólo en un trance desesperado debía Inglaterra usar del secreto que asegura el exterminio de nuestros enemigos á costa de un inmenso sacrificio.

Vuestra Majestad y el pueblo inglés justificarán mi resistencia cuando conozcan la magnitud del medio defensivo y ofensivo que la suerte ha colocado al alcance de nuestras manos.

Hace dos meses, poco después de iniciarse la guerra, me visitó un ingeniero electricista, de nacionalidad británica, gran patriota, proponiéndome la venta de un invento colosal. Consistía en producir explosiones á gran distancia, empleando las ondas hertzianas y por medio de un mecanismo que ha ideado este benemérito ciudadano, cualquier antena radiotelegráfica sirve para provocar la explosión de los polvorines y proyectiles cargados que se hallen dentro de un radio de 200 kilómetros. La única dificultad del invento estriba en que su autor no ha encontrado el medio de orientar sus efectos ni limitarlos, por lo que la destrucción alcanzaría por igual á nuestros buques y puertos y á los del enemigo.

Desde Londres podemos, en un momento, aniquilar la escuadra y los Ejércitos alemanes que amenazan las costas inglesas, pero sucumbirán también los aliados que pelean dentro de estos 200 kilómetros, quedarán destruídos nuestros bu-

ques de guerra, ya que no es posible dejar Inglaterra sin defensa en un radio tan extenso.

Estas consideraciones me movieron á reservar el secreto para el trance de una invasión. Si los alemanes, batida nuestra escuadra, intentan un desembarque, jugando el todo por el todo, aunque reduzcamos á ruinas medio territorio inglés, apelaremos á este recurso decisivo, pero hacerlo antes me parecería una temeridad imperdonable.

Buen patriota, el ingeniero inventor vende su secreto á Inglaterra, y esperará nuestra decisión, á pesar de que le consta que los alemanes le pagarían con tanta esplendidez como podamos hacerlo nosotros.

Pide 100.000 libras esterlinas, suma que no me pareció muy crecida, tratándose de la salvación de nuestra patria.

Las señas del inventor van en la tarjeta que incluyo.

KITCHENER."

El Rey leyó la tarjeta.

Enry Kelson Diguewible
Ingeniero electricista.
Board Street, 46.—LONDON

Los ministros se miraron, sin atreverse á despegar los labios.

Habló por todos Jorge V, murmurando con sincera convicción:

—¡Pobre Kitchener! ¡Su alma era tan grande como su patriotismo!

Y los ministros repitieron á coro:

—¡Pobre Kitchener!

Sólo Churchill se aventuró á decir:

—¿Y si Kelson no corresponde á la confianza que había depositado en él nuestro compañero?

Asquith calló, pero en aquellos momentos no pudo menos de acordarse del fracaso de la pólvora color naranja y de los fusiles eléctricos del portugués, que tanto habían apasionado también á Kitchener.

Pero Jorge V se mostraba entusiasmado y no se atrevieron á desvanecer las ilusiones del Monarca, que había dispuesto salieran en busca del ingeniero y lo condujesen ante su presencia.

No tardó el Rey en dar una prueba de que sus optimismos eran sinceros.

Lleno de consternación el lord de la City, se presentó al Monarca, entregándole un nuevo *ultimátum* alemán que acababa de arrojar un *taube* que realizó varias evoluciones sobre Londres.

Decía la comunicación que si el Gobierno británico persistía en no capitular, se reanudaría el bombardeo hasta que no quedase un solo edificio en la ciudad, y que Liverpool, Manchester y todas las poblaciones inglesas de alguna importancia, sufrirían la misma suerte de la capital.

Jorge V acogió la lectura del *ultimátum* con una sonrisa olímpica.

—Muy pronto contestaré debidamente á estas baladronadas de mi primo el Kaiser—dijo, lleno de altivez.

El ministro Balfour, después de felicitar al Rey por su serenidad, pidió permiso para retirarse, pretextando negocios oficiales de gran urgencia.

—¿Se va usted sin ver en qué para todo esto? —le preguntó Asquith por lo bajo.

—Amigo presidente, preveo el resultado y quiero aprovechar el tiempo para poner en orden mis asuntos particulares. No creo en las ondas ni en la salvación de Inglaterra.

Asquith nada hizo por detenerle.

También él desconfiaba de todo y daba vueltas á la imaginación buscando un medio que le permitiera poner pies en polvorosa.

XXIV

La fuga del ingeniero.—Kelson había vendido el secreto á los alemanes.—Un nuevo "ultimátum". La paz ó la revolución.—Los aliados, contra Inglaterra.—Hasta Montenegro amenaza.—La defección del ministro George.—Todos vuelven la espalda al Rey.—Jorge V, camino de Gibraltar.—Triste despedida.—El desembarque alemán.—Guillermo II, en Inglaterra.—Las viejecitas de Windsor y el recuerdo de la abuela.

Esta vez las habilidades de los detectives únicamente sirvieron para que el Gobierno inglés tuviese bien pronto plenas pruebas y detalles amplios de la inmensidad de su desgracia.

Minuciosos informes recogidos por la Policía permitieron conocer noticias exactas referentes al ingeniero Kelson.

La moral del electricista dejaba mucho que desear, y respecto á su patriotismo, que tanta confianza infundió á Kitchener, el desengaño no pudo ser más horrible.

Kelson, fiando en la promesa del ministro de la Guerra de que Inglaterra compraría su in-

vento, contrajo muchas deudas. Gran parte de la suma que le había ofrecido Kitchener, la tenía ya comprometida.

En esta situación le sorprendieron el bombardeo de la capital y la muerte del ministro de la Guerra, desapareciendo Kelson de Londres al siguiente día de la catástrofe.

Por la dueña de la pensión donde se hospedaba el inventor, se supo que antes de partir había celebrado misteriosas conferencias con unos desconocidos que le visitaban de noche y que por su aspecto parecían espías alemanes.

La Policía completó sus indagaciones averiguando que el inventor había sido visto en Plymouth, acompañado de dos personas, y luego embarcaron en un buque pesquero, consiguiendo burlar la vigilancia de los cañoneros ingleses que guardaban la costa.

Kelson, al ver que transcurrían los días sin que Kitchener se decidiera, había optado por aceptar una oferta de los alemanes, poniendo su invento al servicio de la causa germana.

Era un buen inglés, pero su gran sentido práctico le hacía sentir una invencible debilidad ante la tentación del oro extranjero.

Coincidieron estas noticias aterradoras con un nuevo y apremiante requerimiento alemán.

"Disponemos de medios para destruir en pocos instantes vuestras mejores ciudades. Si en el término de veinticuatro horas los buques de guerra ingleses que navegan por el Canal no han izado

bandera blanca, procederemos sin contemplaciones.''

—Nos han ganado por la mano y utilizarán para completar nuestro hundimiento los propios medios en que fiábamos la resistencia suprema— dijo, anonadado, el Rey Jorge.

Y por primera vez asomó á sus labios, fría y sorda como eco de tumba, la trágica palabra *capitulación.*

Se contestó á los alemanes por medio de un radiograma pidiendo un armisticio de dos días para que Inglaterra pudiese consultar con los países alheridos al Convenio de Londres, que prohibía negociaciones de paz á ningún país beligerante sin previo acuerdo de todos los aliados.

Magnánimo, el Estado Mayor alemán accedió, ampliando el plazo á cuatro días.

Inglaterra envió comunicaciones telegráficas á sus aliados, exponiendo la situación crítica en que se hallaba la Gran Bretaña y rogando que la autorizasen para gestionar una paz lo menos onerosa que fuese posible.

Mientras esperaba el Gobierno contestación á su consulta, se advirtieron en casi toda Inglaterra síntomas alarmantes. El pueblo estaba exasperado contra el imperialismo insensato que, creyéndose árbitro de los destinos del mundo, arrastró á la Gran Bretaña y á toda Europa á una catástrofe irreparable. De no hacerse la paz, era inminente la revolución, preparada por numerosos elementos obreros y de la clase media, dispues-

tos á lanzarse á la calle apenas hubiese noticia de que se reanudaban las hostilidades.

Asquith comunicó sus temores al Rey, añadiendo algunos detalles que colmaron el dolor del atribulado Soberano. En la conjura estaban comprometidos elementos gubernamentales de gran significación, entre ellos el propio ministro de Hacienda, George.

Para complemento de tan lúgubre cuadro de amargura, las contestaciones que se recibieron de los países beligerantes no podían ser más desagradables.

Exceptuando Portugal, que dió una nueva nota de sumisión, diciendo que la República, fiel aliada de Inglaterra desde el siglo XIV, aceptaría sin discutir todas sus resoluciones y designios, las demás naciones replicaron en forma muy desabrida.

De Francia, el Gobierno de Poincaré manifestó que, siempre que no se mermase la integridad del territorio que poseía la República cuando comenzó la guerra, no se opondría á que la Gran Bretaña negociase una paz honrosa. Lo contrario sería una traición que Francia no esperaba de su aliada.

Clemenceau, en nombre del Gobierno constituído en Toulouse, telegrafió en términos insultantes, diciendo que no admitía solidaridad de ninguna clase con el pueblo inglés, pareciéndole muy justo que Alemania cobrase á Inglaterra todos los daños que la guerra había ocasionado.

El Rey de Italia contestó diciendo que no admitía la tutela inglesa, y que consideraba una cobardía de la Gran Bretaña someterse sin sacrificar antes el último hombre y la última libra esterlina, como reiteradamente había ofrecido.

Rusia empleaba un lenguaje amenazador, calificando de defección de Inglaterra sus intentos de paz. El Zar recordaba que, cediendo á las instancias del Rey Jorge, acudió á la guerra, en la que había sucumbido la flor de sus Ejércitos.

"Si ahora me abandonas—añadía—procederé por mi cuenta, que aún tengo fuerzas para indemnizarme á costa de los restos de tu Imperio."

El Japón replicó en términos muy enérgicos, diciendo que no consentiría una paz que no fuese con la base de que la compensase Inglaterra con dinero y territorios, de los perjuicios que había sufrido por secundar á la Gran Bretaña en su aventura.

Servia envió un telegrama tan expresivo como lacónico:

"Caigan sobre Inglaterra y sobre su Rey las maldiciones del pueblo servio."

El telegrama de Montenegro no era menos contundente:

"Pueblo de hombres valerosos el mío, rechaza vuestra cobardía. Puedes entablar las negocia-

ciones que te acomoden, pero te advierto que, vencedor ó vencido, jamás olvidaré tu traición.

NICOLAS."

Jorge V, con el alma traspasada, convocó á sus ministros. Acudieron todos, á excepción de George.

La lectura de las comunicaciones de los países aliados produjo la más deplorable impresión.

Los ministros convinieron en que no había consideraciones de solidaridad capaces de obligar á Inglaterra á un sacrificio superior á sus fuerzas. Además, fué unánime la opinión de que, prolongándose la guerra, era inevitable un estallido revolucionario.

Sir Grey abogaba elocuentemente por una paz hecha como se pudiese, una paz que evitara mayores males.

De la misma opinión fueron todos, á excepción de Churchill, que se sentía belicoso, y dijo que era preferible que Inglaterra desapareciera del mapa antes que conformarse á ser potencia de quinta clase. Pero se impuso la mayoría, partidaria de la capitulación.

Jorge V tuvo un arranque digno.

—Yo no puedo firmar esta paz, pero tampoco quiero ser obstáculo para su negociación. Esta noche partiré de Londres con mi familia y aquellos ministros que deseen acompañarme. Voy á Gibraltar.

Todos los ministros callaron.

Asquith se limitó á contestar con unas palabras enigmáticas.

—¡ Siga cada cual su destino !

Aquella noche embarcó el Rey en un buque de guerra, sin que lo supiesen nada más que muy contadas personas.

La despedida fué tristísima. El jefe del Gobierno, Asquith, pretextando una indisposición repentina, se hizo representar por su secretario, y Churchill, esperado hasta última hora, no compareció.

Había marchado á su casa para preparar el equipaje, y se quedó dormido.

La misma noche de la partida del Rey Jorge, Asquith dirigió un mensaje al Kaiser ofreciendo la rendición de la Gran Bretaña.

El Kaiser contestó que sólo admitiría negociaciones con el Rey de Inglaterra, y que la capitulación tenía que comprender á todas las posesiones y colonias británicas. Además, imponía que los ingleses consintieran el desembarque de los alemanes, ya que la paz había de ser tratada y ultimada en la propia capital del Reino Unido.

Por todo pasó el Gobierno inglés, y el día en que finalizaba el armisticio pactado, las baterías de Dowres saludaron con una salva de cincuenta cañonazos al acorazado alemán que izaba el pabellón imperial.

Al mismo tiempo, fueron arriadas las banderas inglesas de todos los edificios oficiales, y el

Kaiser desembarcaba, al frente de su Gran Estado Mayor.

El Gobierno inglés no escatimó las humillaciones, lamentando el lord de la City, en su discurso de bienvenida, que, por efecto del reciente bombardeo, no tuviese la población un palacio suficientemente digno de servir de albergue al augusto huésped.

Para inclinar el ánimo del Kaiser á que no fuese muy duro en las condiciones de paz, no perdonaron los londinenses ninguna clase de resortes, llegando á enviarle una Comisión de señoras ancianas, antiguas damas del palacio de Windsor, para que le recordasen los tiempos de la niñez que residió en Inglaterra, y, sobre todo, evocaran el nombre de su abuela la Reina Victoria.

El Kaiser las recibió muy afable, y hasta se conmovió un poco cuando le hablaron de su abuelita, declarando, sin embargo, que, por encima de sus sentimientos íntimos, colocaba el cumplimiento de su deber y los intereses del pueblo alemán.

XXV

El desastre de Inglaterra.—Impresión en Portugal. Justicia popular.—Trágico fin de Arriaga.—Manifestaciones en Madrid.—Entusiasmo germanófilo y pataleos anglófilos.—Fuga de Romanones y Lerroux.—Amargos desengaños.—El portazgo de Gibraltar.

La noticia de la fuga del Rey de Inglaterra y de la entrada del Kaiser en Londres, produjo entre los portugueses verdadero paroxismo de terror.

Protestando los unos contra el Gobierno que comprometió los destinos del pueblo portugués por servir á Inglaterra, y los otros contra la fatalidad, culpable del desastre de la Gran Bretaña, los exasperados lusos se lanzaron á las calles, y una ola de revuelta conmovió á todo el país.

En Lisboa hubo manifestaciones y atropellos, estallando varias bombas y siendo asesinados algunos sacerdotes.

Bandadas de fugitivos que habían huído de Inglaterra el mismo día de la destrucción de Londres, pintaban con sombríos tintes aquella horrible catástrofe, enardeciendo la exaltación popu-

lar, que temía que Lisboa fuese también objeto de una visita de los monstruosos *zeppelines*.

Alfonso Costa intentó calmar á la muchedumbre, y abrazado á un farol de la plaza del Rocío, inició una arenga de carácter patriótico, que fué coreada con una algarabía insultante, seguida de una lluvia de piedras y ensordecedores gritos de *¡morra!*

—Es preciso—decía Costa—que Portugal se prepare á ser la barrera opuesta por la civilización europea á la marcha triunfal del bárbaro teutón. Sacrifiquemos para conseguirlo hasta la última gota de nuestra sangre.

La gente, al escuchar aquellas excitaciones belicosas, se lanzó enfurecida contra el tribuno, gritando:

—*Nao mais guerra. ¡Morran os guerreiros!*

Costa fué derribado. Algunos individuos le ataron á las piernas una larga cuerda y lo arrastraron por las calles, acabando el jefe de los radicales lusitanos sus días en manos de la plebe, á la que tanto halagó.

Mientras arrastraban á Costa por las calles, un grupo numeroso, armado de pistolas y navajas, asaltó la Redacción del periódico *O Mundo*. Su director, Franca Borges, que conferenciaba en aquellos momentos con Machado dos Santos, huyó en compañía de éste hacia la Embajada de Inglaterra, pero fueron reconocidos y perseguidos de cerca por las turbas, que gritaban:

—*¡Morran os traidores de patria portugueiza!*

Pudieron ganar las puertas de la Legación, y el embajador los recibió, flemático, brindándoles hospitalidad y unas copas de ginebra para reanimarles. Sin embargo, el pueblo, que cuando está furioso no repara en respetos diplomáticos, asaltó la casa, y á los pocos momentos eran arrojados á la calle desde una ventana, Franca Borges, Machado do Santos y el propio embajador del Reino Unido. La muchedumbre recogió sus cuerpos, y formando con las tres personalidades un racimo, las izó en el asta donde antes flameaba, orgulloso, el pabellón inglés.

En la residencia del Presidente de la República reinaba, entretanto, la más viva inquietud. Los familiares de Arriaga aconsejaban á éste que huyese á Gibraltar.

Ofrecía esta solución algunas dificultades, pues en el puerto no había otro buque de guerra que un submarino, el único de la flota portuguesa, y se presentaba el obstáculo de carecer de oficiales capaces de dirigir un buque de tan complicado manejo. En aquellos momentos de angustia, el acreditado revolucionario español Alejandro Medina, brindando, como tantas otras veces, su protección al Presidente Arriaga, expuso una idea salvadora.

Vivía en Lisboa un amigo suyo, español expatriado por sus ideas radicales y por no haber sabido dar cuenta de unos fondos del Municipio de Madrid fiados á su cobranza. Este ciudadano había trabajado como buzo en el estanque del Re-

tiro, y Medina lo presentó al desolado señor Arriaga en calidad de ingeniero submarino.

Disfrazado de bombero, el Presidente de la República portuguesa embarcó en el sumergible, que se hizo á la mar en el mismo instante en que las muchedumbres asaltaban el palacio presidencial.

El submarino navegó á flor de agua hasta la desembocadura del Tajo, pero allí, á pesar de que la mar estaba serena, en una torpe maniobra se hundió para no salir más á la superficie. Aquel submarino sirvió de féretro al primero y último Presidente de la República portuguesa, al ex buzo del estanque del Retiro y al ciudadano Medina. ¡Que el peso de las aguas sea leve á tan esclarecidos patricios!...

En Madrid también el pueblo se alborotó. La noticia de que el gobernador general de Bélgica, por razones de ornato público, y rindiendo un homenaje á España, había ordenado el derribo de la estatua de Ferrer, en Bruselas, fomentó los entusiasmos germanófilos, que habían ganado, por otra parte, inmenso terreno al conocerse las victorias de las armas alemanas. Algunos ateneístas insensatos, secundados por reformistas y radicales, intentaron contrarrestar aquella campaña y se produjeron violentos choques.

El día en que fué conocida la noticia de la destrucción de Londres, los anglófilos trataron de manifestarse, siendo disueltos á palos por un impulso espontáneo de indignación popular. Entre

las exaltadas gentes había circulado la consigna de ir á casa del Conde de Romanones y á la de Lerroux, y el pueblo se precipitó en dirección de los domicilios de los mencionados personajes, que, afortunadamente, habían sido avisados por algunas personas caritativas.

Don Alvaro, al saberlo, sin perder un minuto, se lanzó á la calle, y tomando un coche de punto dirigióse á la casa de Baldomero Argente en demanda de asilo.

Argente le recibió en la puerta, frío y reservado, y dando inadmisibles excusas se negó á ofrecer un refugio á su antiguo jefe. Parecidos desengaños reservaban al Conde muchos que le debían favores y que siempre se habían titulado sus amigos.

No sabía á quién acudir el desesperado don Alvaro, cuando la Providencia quiso que encontrase á Rafael Suárez, que, rindiéndole una prueba de lealtad y de agradecimiento, brindó al Conde su domicilio y el amparo de Bolivia, República de la que Suárez era vicecónsul en Madrid. Allí se dirigieron, y Romanones quedó instalado en la casa de su fiel amigo, en cuyo balcón fué izada la bandera boliviana.

Por una poco caritativa indiscreción del señor Villanueva tuvieron los manifestantes noticia del refugio del Conde, pero, magnánimos y caballeros, respetaron el pabellón extranjero, con mayor motivo por tratarse del de una pequeña República de origen hispano.

Sin embargo, como las muchedumbres son tornadizas, y el Conde tenía muchos enemigos, no se creyó muy seguro, y al día siguiente, en un tren de mercancías, usando barba postiza y llevando á mano una bandera de Bolivia, por lo que pudiera suceder, salió de Madrid, dirigiéndose á Algeciras.

Al pasar por Aranjuez, un impulso de curiosidad le hizo asomarse para ver si en el andén distinguía alguna cara conocida.

Entre las personas que había por la estación hubo una que atrajo su interés. Era un hombre corpulento, con la cara afeitada, que á primera vista parecía un canónigo vestido de seglar. El Conde, sin embargo, lo reconoció en el acto. Aquel sujeto era Lerroux, y Romanones se apresuró á llamarle por su nombre de pila.

—¡Alejandro! ¡Alejandro!...

Lerroux no pudo contener un estremecimiento y se volvió, receloso, hacia la persona que le llamaba. Romanones le hizo una seña, y cuando lo tuvo cerca, le dijo unas palabras al oído. Ambos se abrazaron, y Lerroux subió al coche, explicando á D. Alvaro su odisea.

Había salido de Madrid en una bicicleta que le prestaron en la Embajada de Francia, con objeto de tomar el tren en Aranjuez para dirigirse á Gibraltar. En la estación le dijeron que el primer convoy que pasaría era un mercancías con unos carneros destinados á embarcar en un puerto andaluz para la República de Bolivia.

—¡Cuál no habrá sido mi sorpresa, querido Conde—exclamó—al ver á usted entre el cargamento!

Soñolientos, bastante sucios y con hambre, llegaron á Algeciras. Allí, á propuesta del Conde, se dirigieron á la casa del diputado á Cortes por el distrito, D. José Luis Torres.

Llamaron á la puerta y salió á abrir un moro, que los condujo á la presencia de su amo D. Pepe Luis.

Romanones pidió familiarmente cama y comida por unos días para él y para Lerroux, pero el bueno de Torres, adoptando una actitud solemne, se apresuró á contestar:

—Bien sabe usted, querido D. Alvaro, que por usted daría la vida, pero mi honor es patrimonio del alma y de mi familia. El ex Sultán de Marruecos Muley Hafid me ha honrado nombrándome gran chambelán de su Corte, y usted comprenderá que, sirviendo á un ex Soberano neutral, no puedo significarme como amigo de ustedes, que tanto se han distinguido por su parcialidad en favor de algunas potencias beligerantes... Váyanse á Gibraltar, que allá van todos, y la población ofrece seguro asilo á los que han sido buenos amigos de Inglaterra.

El Conde quedó asombrado al ver aquel monstruoso ejemplar de ingratitud humana, y tristes y silenciosos, á pie por la carretera, emprendieron el camino de Gibraltar.

En las puertas de esta plaza les aguardaba

otra sorpresa bien amarga. El Gobierno inglés, deseando aprovechar el movimiento de inmigración convirtiéndola en saneada fuente de ingreso, había establecido un impuesto de dos libras esterlinas por cada persona que quisiera entrar en la plaza con el propósito de residir en ella. Este detalle sacó al Conde de quicio. Se dió á conocer, enumerando los sacrificios que había realizado por la causa de la Gran Bretaña; pero le contestaron diciendo que las leyes inglesas se inspiran en un principio de gran igualdad y deben ser observadas por todo el mundo.

Tenía que pagar ó volverse atrás.

—¿Qué hacemos?—preguntó á Lerroux.

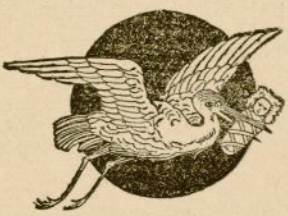
—Pagar—contestó éste.

Pero el caso era que el Conde no llevaba dinero, y Lerroux, poseedor de una enorme suma en *cheques* contra el Banco de Francia, tampoco tenía en efectivo contante lo necesario para satisfacer el portazgo.

De tan difícil trance sacó al Conde un agente comercial de los hermanos Mannesman, que, por consideración al Duque de Tovar, abonó las dos libras esterlinas de Romanones, estregándole, además, unas cuantas monedas para que pudiese comer algo en Gibraltar.

Lerroux salió del paso gracias á la famosa moneda del "¡Maura, no!", regalo de sus incondicionales de Barcelona, que, después de algunos reparos, fué admitida al peso por el cobrador del impuesto.

Así entraron en Gibraltar, de arribada forzosa, las dos figuras de la política española que más se habían distinguido por sus entusiasmos anglófilos.



XXVI

El último refugio británico.—Gibraltar, asilo de los aliados.—Miseria, incomodidades y mal humor. Nuevas amarguras.—Cien mil millones de indemnización de guerra.—El único consuelo.—La espada de los catalanes.—Los reformistas.— Trágico fin de Pedregal.—Angustioso requerimiento de Jorge V.—Un rasgo de Don Alfonso.—Fortificando Sierra Carbonera.—Protesta de Inglaterra y actitud enérgica de Dato.—Justa expiación. El mensaje del Sultán.

Un día nebuloso y triste fondeó en Gibraltar el acorazado que conducía al Rey de Inglaterra y á las contadas personalidades que le quisieron acompañar en el penoso éxodo.

Durante la travesía estuvieron varias veces muy expuestos, pues navegaban por el Atlántico algunos cruceros y submarinos alemanes.

Por fin, forzando sus máquinas, el acorazado pudo ganar aquel puerto de salvación que había de ser el baluarte postrero del derruído Imperio británico.

A Gibraltar llegaron también en un transpor-

te, con bandera de la Cruz Roja, el Rey Alberto de Bélgica y su Gobierno. Y dos días más tarde Poincaré, acompañado del Gabinete francés de Marsella, que había salido en unos buques de guerra huyendo de la revolución y del avance alemán. Con Poincaré iban algunos de los Príncipes indios aliados que al perder los contingentes que trajeron á Europa, se hallaban en situación muy difícil, pues no podían volver á sus países, sublevados contra Inglaterra. Las cabezas de estos Príncipes habían sido pregonadas en los mercados de Calcuta y de Bombay, por traidores á su raza.

También se hallaba en Gibraltar el ex Sultán Ab-el-Aziz, que buscó el amparo de los restos de grandeza franco-inglesa.

La primera dificultad enorme con que todos tropezaban, fué la escasez de dinero, de víveres y hasta de alojamientos. Príncipes, Soberanos y ministros vivían casi amontonados, quejándose de las deficiencias de la hospitalidad británica. Además, la situación era insoportable por la falta de armonía que reinaba entre los refugiados.

El Rey de Bélgica y Poincaré tuvieron desagradables choques con el Monarca inglés. Los desesperados próceres indios acusaban furiosos á Inglaterra de ser la causa de su ruina, y el martirio del Soberano británico era verdaderamente horrible, pues la fatalidad le había deparado tener que convivir con sus propias víctimas.

Las informaciones radiográficas que recogían los buques de guerra surtos en el puerto, cada día participaban nuevas amarguras.

Se supo el desembarque triunfal del Kaiser en Londres y su propósito de obligar al Rey de Inglaterra á que firmase una paz que había de ser el hundimiento definitivo de la Gran Bretaña, como potencia de primer orden.

Entre aquellas amargas nuevas hubo una que heló de espanto al Soberano inglés.

Guillermo II exigía indemnizaciones de guerra por valor de cien mil millones de francos, y que los ingleses indemnizasen á su vez á Bélgica y Francia de los daños sufridos con motivo de la guerra.

Sólo España pudo proporcionar al Soberano británico algunas ráfagas de consuelo.

A Gibraltar acudió nutrida representación de nacionalistas catalanes francófilos, portadores de un mensaje de simpatía hacia Inglaterra, en unión de la espada de honor que se había comprado, por suscripción pública, para el generalísimo Joffre y que por hallarse este general prisionero de los alemanes, acordaron, en Barcelona, regalar á Poincaré.

El mensaje, redactado por el poeta Alomar, decía que los pueblos empiezan á ser verdaderamente grandes cuando están más caídos, argumento que no convenció mucho á los británicos.

A Poincaré le pronunció Corominas, en nombre de la Comisión, un discurso en catalán, di-

ciendo que aquella espada civil que depositaban en las manos civiles del Presidente de Francia, era un símbolo de la estrecha solidaridad que unía los sentimientos del nacionalismo de Cataluña con el pueblo francés.

Bien ajenos estaban los comisionados de imaginar que la espada civil, que tenía puño de oro y algunas piedras preciosas, había de prestar, con el tiempo, al Sr. Poincaré, un servicio nada guerrero, aunque sí muy estimable, pues cuando Poincaré, después del desastre, marchó á Buenos Aires, con el propósito de abrir bufete de abogado, pasó grandes apuros, salvando más de una vez la situación en el Monte de Piedad de la capital argentina, gracias á la espada de Cataluña.

Otro episodio interesante fué la visita de una Comisión magna del reformismo español, presidida por D. Melquiades, que quiso dar con este acto una nueva muestra de su intenso afecto hacia Inglaterra.

Tuvo aquella visita una consecuencia trágica, que merece los honores del relato.

Los pueblos eslavos, ardiendo en odio contra Inglaterra por la situación que les creaba la capitulación de la Gran Bretaña, resolvieron vengarse, y un servio muy acreditado en estos menesteres, que había tomado parte en el atentado de Sarajevo, consiguiendo librarse de la justicia de Austria, vino á la Península con el encargo de dar muerte al Soberano inglés.

El asesino se hallaba en Gibraltar, y el día de

la solemne recepción de los comisionados reformistas se apostó en las puertas de la residencia del Rey Jorge.

La Comisión del partido reformista español iba en unas carrozas de gala que les había enviado el Monarca.

De la primera descendió Pedregal, acompañado de Lamana, Llari y Tomás Romero.

El servio sabía que Jorge V, al huir de Londres, se había afeitado la barba, y al ver la figura melancólica de Pedregal, su palidez y los aires aristocráticos del personaje reformista, confundiéndole con el Soberano británico, le clavó en el pecho un puñal corvo, con la punta envenenada.

Pedregal, herido de muerte, fué á caer en brazos de Lamana, junto á la puerta del palacio del Rey de Inglaterra.

Su fin parecía un símbolo del sino de su partido: luchar sin tregua, pasando por todo y arrostrándolo todo, para morir de mala manera junto á la portería de un alcázar.

El agresor fué preso, y Jorge V derramó lágrimas sinceras junto al cadáver de Pedregal, de quien dijo D. Melquiades, en una elocuentísima oración fúnebre, que su muerte sintetizaba el programa sublime del reformismo español, dispuesto siempre á dar su sangre por las Monarquías verdaderamente democráticas.

Con motivo de la muerte de Pedregal se cambiaron sentidos telegramas entre la Corte de Gibraltar y la de Madrid, aprovechando Jorge V

la oportunidad para pedir de nuevo á Don Alfonso XIII un auxilio algo más eficaz que las simpatías platónicas. Le recordaba el Convenio de Cartagena, los pactos de alianza entre Inglaterra y España y los vínculos de familia.

El Monarca español contestó á estos requerimientos en términos muy afectuosos:

"Lo único que puedo ofrecer desde luego á Vuestra Majestad—decía el telegrama—, es el auxilio de algunas de las más preclaras figuras de la política española.

Hoy, por indicación mía, saldrán para Gibraltar el Sr. Labra, estadista hispano-americano de gran renombre; D. Gumersindo Azcárate, jurisconsulto eminentísimo y sabio; el invicto general Aznar, mi mejor jefe de Alabarderos, y el Marqués de Lema, diplomático de grandes talentos, con orden de ponerse á vuestra disposición y prodigaros la luz de sus consejos.

Doy lo mejor que tengo, y otra cosa no puedo hacer sin graves riesgos de trastornos en el país, que á todo trance me importa evitar."

A Jorge V le confortó un poco la llegada de los preclaros emisarios, prueba del afecto acendrado del Monarca de España, pero muy pronto un suceso inesperado le hizo ver claramente la horrible realidad de su situación.

Un buen día, glorioso para España, desde Gibraltar advirtieron que se realizaban trabajos de fortificación en Sierra Carbonera.

Inmediatamente el Gobierno inglés envió una

Nota, concebida en términos algo duros, recordando á España la prohibición de fortificar aquel territorio, y exigiendo que fuesen sin pérdida de tiempo desmontadas las piezas que se habían emplazado.

El Sr. Dato devolvió al embajador Hardinge la Nota, diciendo que la dignidad de la nación española no admitía un lenguaje tan amenazador.

—¿Pero es que pretendéis provocar una ruptura con Inglaterra?—preguntó lleno de altanería el representante británico.

—No me preocupa ni me importa; lo que sí quiero es rechazar el ultraje de vuestras amenazas—replicó el Sr. Dato.

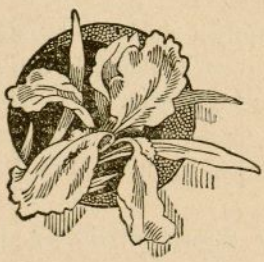
Hardinge comunicó á su Rey aquella salida de tono del jefe del Gobierno español, y Jorge V hubo de comprender, al fin, la magnitud enorme de la ruina de Inglaterra.

El mundo entero se revolvía contra el caído Imperio británico. La justicia de Dios era inexorable...

Sólo Muley Yussef, el Sultán de Marruecos, tuvo para Jorge V, el sinventura, frases de aliento en aquellos críticos instantes.

"Alá, que es grande, sabe muy bien cómo ha de ordenar sus cosas. No te acongojes, hermano. Más grande y poderoso que tu Imperio fué el Islam, y hemos venido á menos, y acaso volvamos á levantarnos algún día. Nosotros, como vosotros, fuimos vencidos por los bárbaros. Te queda el consuelo de haber luchado por la justicia y el

derecho, y esto siempre da cierta conformidad... En Rabat puedo ofrecerte un hospitalario asilo. Ten la seguridad de mi afecto y de mis oraciones, pidiendo que no falte nunca, ni á ti ni á los tuyos, la protección de Alá, infinitamente misericordioso.—*Muley Yussef.*"



EPÍLOGO

El castigo de Italia.—Víctor Manuel, en el destierro.—Un suegro bárbaro.—El Poder temporal y el Reino de Nápoles.—La Conferencia de la Paz. Magnanimidad alemana. — Los neutrales, recompensados.—Una torpeza de Dato.—Los aullidos de Churchill y los desmayos de Sir Grey.—Reparto del imperio colonial de los aliados.—La suerte de Bélgica.—El Príncipe del Congo.—Mísero fin de Jorge V. —El Reino de Polonia.—Un Gibraltar en Inglaterra.—Rusia, mutilada.—Solución al problema portugués.—El ideal ibérico.

La deslealtad italiana recibió merecido castigo. Dueños los austro-alemanes del Norte y del Mediodía de Italia, Víctor Manuel II huyó en compañía de su familia y de su suego Nicolás de Montenegro. En Génova, cuando intentaban embarcar con rumbo á España, usando nombres supuestos y fingiéndose una *troupe* de comediantes, fueron descubiertos por un capitán de *bersaglieris,* que los puso á disposición de las autori-

dades austriacas. Estas tuvieron que realizar sobrehumanos esfuerzos para sustraerlos á la cólera del pueblo.

Más tarde los deportaron á un islote del Adriático, donde se les instaló en un granja, asignándoles una pensión para que pudieran vivir modestamente con la contada servidumbre que quiso seguirles.

Víctor Manuel II fué muy desgraciado en aquel destierro.

Los disgustos familiares amargaron su vida, y en cartas dirigidas á las Cortes de Viena y Berlín, pedía constantemente que le librasen de la compañía de su suegro, que le atormentaba con sus brutalidades. En efecto; Nikita, que con los años y la proscripción se había vuelto más feroz, maltrataba de palabra y hasta de obra á su hija y á su yerno, que no podían defenderse, porque los escasos servidores que acompañaron en el destierro á la familia del último Rey de la casa de Saboya eran todos montenegrinos.

Entretanto, en Verona se negociaba, por diversos representantes de Italia, la reconstitución del antiguo Reino de Nápoles, ofreciéndose la corona á un Príncipe de la casa de Parma, y Austria y Alemania proclamaban la soberanía del Papa sobre Roma y Civitavechia, ofreciendo á Suiza, en justo premio á su honrada neutralidad, una extensión de territorio italiano que comprendía el puerto de Génova.

La gran Conferencia de la Paz, convocada por los Imperios centrales vencedores, se celebró en Ginebra.

Quiso Alemania que tuvieran representación en ella los países neutrales de Europa, algunas de las Repúblicas hispano-americanas y un delegado irlandés, designado por una asamblea de patriotas que se reunió en Dublín.

Una torpeza del Sr. Dato fué causa de que, con motivo de la Conferencia de la Paz, España sufriese un desagradable contratiempo que, gracias á los buenos oficios de los delegados alemanes y austriacos, pudo repararse sin graves consecuencias para el interés supremo de la Patria.

El Gobierno había designado para que nos representaran en la memorable Conferencia, al Marqués de Lema y á D. Melquiades Alvarez; el primero, en calidad de genio de la diplomacia ministerial, y el segundo, como emisario de las izquierdas dinásticas españolas. La Prensa del *trust* realizó campaña muy activa en favor del nombramiento de D. Melquiades, diciendo que convenía enviásemos como delegado á un orador capaz por su elocuencia de impresionar á los representantes extranjeros.

Dato cedió, y su debilidad fué causa de que pasásemos por la vergüenza de que von Bulow, presidente de la Conferencia, tuviera que pedir por telégrafo al Rey de España el envío de otros delegados más capaces, ya que Lema, por corto de palabra, y D. Melquiades, por ser todo lo con-

trario, no se amoldaban á la seriedad de una asamblea tan solemne y trascendental.

En la primera sesión D. Melquiades tuvo el fracaso más ruidoso de su vida, pronunciando un discurso en español, que sólo aplaudieron algunos delegados americanos, y en el que habló más de hora y media sin decir nada de interés.

La presidencia le llamó varias veces al orden, rogándole que abreviara, y al terminar la sesión, viendo que D. Melquiades pretendía que se le reservara el uso de la palabra para el día siguiente, fué cuando Bulow resolvió telegrafiar á Don Alfonso XIII pidiéndole que, en bien de España, enviara otros embajadores más competentes y sensatos.

Por iniciativa del propio Monarca, y con gran disgusto del Sr. Dato, se confirió entonces la representación de España á D. Antonio Maura y á D. Miguel Villanueva, nombramiento este último que produjo gran sensación, pues revelaba la certeza del rumor de que el Conde de Romanones, caído en el descrédito y en la desgracia, no había de volver á la jefatura del Gobierno ni á la del partido liberal.

El Marqués de Lema y Melquiades Alvarez quedaron agregados á la Misión española del Congreso internacional de Ginebra en calidad de secretarios asesores, sin voz ni voto, pero se resignaron con esta humillación por no perder las dietas, que eran crecidísimas.

Las deliberaciones del Congreso internacional

de la paz, seguidas con ansiedad febril por el mundo entero, fueron muy laboriosas. Se modificaba el mapa político del Universo, y cada sesión resultaba una formidable batalla, á la que ponían término los representantes alemanes y austriacos, amenazando con reanudar las hostilidades.

Entonces los yanquis, japoneses y británicos, generalmente los más obstinados, acostumbraban á ceder. Para los ingleses, cada sesión era un horrible martirio. El día que se fijó la indemnización de cien mil millones que debía pagar Inglaterra, Churchill aullaba de coraje, y cuando se acordó el reparto de las últimas colonias británicas, sir Grey, otro de los delegados, tuvo que ser sacado del local presa de un ataque de epilepsia.

Los Estados Unidos, que al principio defendían las pretensiones inglesas, acabaron por ser los mejores auxiliares de Alemania, después que se vieron favorecidos con la anexión del Canadá y de la mayor parte de las posesiones británicas en las Antillas y en el Pacífico. Alemania y Austria-Hungría fueron generosas con los países débiles, y, gracias á su magnánima iniciativa, Cuba, Chile y la República Argentina tuvieron participación en el botín colonial de las Malvinas y Bermudas.

Se fundó un imperio colonial alemán en la Oceanía, y se cedieron á Holanda considerables territorios, aparte del protectorado de los antiguos dominios ingleses en el Africa del Sur.

Austria y Alemania se repartieron la India inglesa, y Turquía extendió su imperio hacia Arabia. Egipto se convirtió en un Reino independiente, ocupando el trono el antiguo Kedive, que había sufrido la persecución de los ingleses.

Tripolitania pasó al dominio turco. Argelia se la repartieron Austria y Alemania, y en el Africa oriental inglesa se formó un Sultanato bajo el protectorado de Turquía.

Las posesiones italianas en Africa pasaron á engrosar el imperio colonial austro-alemán, y las posesiones portuguesas en la costa de Africa fueron cedidas á España, en unión de la zona de influencia francesa del Norte de Marruecos hasta Casablanca, y de Tánger á Gibraltar. Bélgica, ensanchada con el territorio del Norte de Francia hasta Calais y Reims, pasó á ser un Estado de la Confederación germana, ocupando el trono el Príncipe Enrique de Baviera.

Al ex Rey Alberto, compadecidos los vencedores de su crítica situación pecuniaria, le cedieron una parte del Congo belga, formándose un Principado hereditario, en el que Alemania se reservó el derecho de ejercer funciones de policía. El antiguo Rey de Bélgica pasó á denominarse Príncipe del Congo.

Jorge V, rechazado por sus súbditos, que no le perdonaban el hundimiento de la Gran Bretaña, tuvo que aceptar la hospitalidad de su pariente el Monarca español, que le ofreció un refugio en la isla de Cabrera, cerca de Alicante. Allí, entre-

teniendo sus ocios dedicado á la pesca con caña, pasó el resto de su vida, obscuro y olvidado, el hombre que en otro tiempo, ciego de soberbia, llegó á creerse dueño de los destinos del mundo.

Se formó el Reino de Polonia bajo la soberanía de un Hohenzollern, y la Rusia europea sufrió tremendas mutilaciones territoriales, que, unidas á la enorme contribución de guerra que tuvo que pagar, la dejaron abatida por muchos años.

Inglaterra, además de todos sus dominios, perdió á Irlanda, que pasó á ser un Reino independiente, y su orgullo fué castigado con la vergüenza de tener que soportar que la bandera de Alemania ondeara en Dower. Alemania, deseando garantizar su dominio en el Canal de la Mancha, se reservó la posesión de aquel puerto inglés. Dios justiciero castigaba de este modo la gran iniquidad de Gibraltar.

En el resto del país, después de una larga serie de turbulencias, se formó una República, cuyo primer Presidente fué Lloyd George.

La situación de Portugal se había hecho insostenible. Todos los días ocurrían revoluciones y atentados políticos, con el inevitable séquito de saqueos y matanzas de sacerdotes, y en vista de ello, Alemania, después de pacificar el país rápida y enérgicamente, restauró la Monarquía, colocando en el trono portugués al hijo primogénito del Duque de Cumberland, yerno del Kaiser.

El tacto de este Príncipe y una labor diplomá-

tica muy hábil, que encontró en España calor entusiasta, gracias á las rectificaciones políticas que la influencia del triunfo austro-alemán habían determinado, sirvieron de base para la obra de la Federación hispano-lusitana, realizándose, al cabo de unos pocos años, el más bello de nuestros anhelos patrióticos: el ideal grandioso de la unidad ibérica.

FIN

INDICE

Capítulos.		Páginas.
	Extracto de algunos de los más importantes juicios críticos que ha merecido este libro.....	IX
I	Desastre tras desastre.—Quejumbroso mensaje de Poincaré.—El pánico en Londres. — Desagradable percance que le ocurrió al Conde de Romanones.—Servicio obligatorio.—El Parlamento británico.—Un *ultimátum*...	23
II	La guerra en Francia.—De Burdeos á Marsella.—El desastre ruso.—Motines y revueltas.—Gestiones de paz á espaldas de Inglaterra.—Un mal negocio de Italia.—Inglaterra buscando apoyos.—Weyler es aclamado en Londres.—El fracaso de Miss Pankurst.....	33
III	La protesta neutralista.—El mitin de Price.—Miss Pankurst y D. Alfredo Vicenti.—Los oradores.—Intermedio grotesco á cargo de D. Emiliano.—El discurso del ciudadano Pablo.—Lerroux y la calderilla.—El ridículo de la Pankurst y la intervención caballeresca de Vicenti.—La espada de Joffre.....	41
IV	Progresos alemanes en Francia.—Peste y otros males.—Lo que importaron los indios.—*Neurorum camelli.*— Entre indios y franceses.—Grave suceso de Tours.—Millevoye, maltratado por un negro.—Tirantez entre Inglaterra y Francia.—Evacuación de Burdeos. Poincaré, apestado.....	51

OBRAS DEL MISMO AUTOR

MEMORIAS DE MUÑOZ VILLENA

(FANTASÍA DE COSTUMBRES POLÍTICAS CONTEMPORÁNEAS)

250 PÁGINAS, MAGNÍFICA
PORTADA DE «BAGARIA»
PRECIO, **2 PTAS.**

LA PEREGRINACIÓN DE LA LEALTAD

(EPISODIOS Y RECUERDOS DE UNA HERMOSA GESTA)
CON PROFUSIÓN DE GRABADOS
PRECIO, **UNA PESETA.**

EN COLABORACIÓN CON ARRUFAT MESTRES

LA REPÚBLICA ESPAÑOLA EN 191...

(SEGUNDA EDICIÓN)

EL MAYOR ÉXITO DE LIBRERÍA
DE ESTOS ÚLTIMOS TIEMPOS
PRECIO, **2 PESETAS.**

De venta en la Administración de EL CORREO ESPAÑOL, Pizarro, 14, teléfono 294. Apartado 180.

La primera edición de esta obra ha sido traducida á los idiomas alemán y sueco.